Sam Shepard

Rolling Thunder

Con Bob Dylan en la carretera

Fotografías inéditas de Ken Regan

ANAGRAMA
Colección Compactos

ROLLING THUNDER

CON BOB DYLAN EN LA CARRETERA

SAM SHEPARD

ANAGRAMA
Colección Compactos

Título de la edición original:
Rolling Thunder Logbook

Edición en formato digital: junio de 2018

© De la traducción, Fernando Fernández Corugedo, 2006
© Del prefacio, Sam Shepard, 2004
© Del prólogo, Joseph Henry Burnett, 2004
© De las fotografías, Ken Regan/Camera Five

© Sam Shepard, 1977, 2004

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2006
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3950-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

Este libro está dedicado a la «Segunda Unidad» del equipo de rodaje de la Rolling Thunder Revue: Dave Myers, Larry Johnson, Tom Stearn y George Stephanson; y a Rudy Wurlitzer, que me ayudó en el primer esfuerzo de esta movida.

PREFACIO

bastante más allá
no hay conexiones
mirar atrás
dejar palabras
caminos madereros
Ramblin’ Jack
no hay tiempo para eso
y entonces ese joven Trovador
aparece
desaparece
aparece de nuevo
perdiendo el rastro
nunca lo he visto cara a cara
nunca lo he visto en carne y hueso
se ha ido y entonces
a qué hora era eso
seis ocho
cuatro cuatro
hasta el cielo
condenado
mediados de los setenta
antes
Kerouac muerto
Phil Ochs salvaje

indios de cera
la Bruja del Violín
máscara de Nixon
Dr. Sax
qué pasó con
qué se hizo de toda aquella mezcla
y patada en el culo de Howie patea tambor
Mansfield Stoner Rix
Huracán Kaddish
T-Bone
alucinante
volcando las mesas
vueltas de California
y el dulce viejo Al
deja tu montaña
deja tu trueno
resuena la lluvia
retumba el trueno
nunca lo he visto al sol
nunca lo he visto en un relámpago
se ha ido
y entonces de nuevo
aparece
otra vez
deben de haber sido
Isis y Osiris tal vez
mirando atrás
una mirada alrededor pero
no hay conexiones
debe de haber sido
perdiendo el rastro
no hay tiempo para eso
pero dónde anda ahora tanta carretera

tanto Vietnam
y muerte de Panteras
asesinato terrorista
los Weathermen
el Dios Napalm
Billy Graham
la misma mierda republicana de siempre
de Dios y Guerra
y rigidez moral
la misma canción de siempre
el mismo baile de siempre
y entre toda esa muerte
entre todo ese desorden y ese horror
sangre tripas y la Bandera
de Barras y Estrellas
ese joven Trovador
aparece allí luminoso
reluciente como los diamantes
reluciente como el oro
y auténtico y auténtico
y auténtico
se desliza por los
suelos de roble de graneros acabados
las reinas de Dairy Queen
se mecen en el Greyhound
justo por los montes Pocono
y Bangor Maine
pícara sonrisa y tímida
oculta la mejilla huesuda
tras la enorme caja negra de la Gibson
y aúlla justo
por los pasillos machacados
de la América rota

todavía está en ello
Todavía
Dios bendiga su inmenso inmenso corazón

SAM SHEPARD
28 de abril de 2004

PRÓLOGO

Por supuesto que andaba enloquecido. Desde que salí del instituto de secundaria Paschal de Fort Worth, Texas, hace diez años, iba dando tumbos por estudios de primera y locales de última de la Norteamérica bohemia, haciéndome sopas de tomate con ketchup y durmiendo en cuartos de amigos, así que llevaba muy buen camino para llegar a ser un perfecto inútil crónico de primera cuando Bob Neuwirth me llamó para que fuera a tocar con él en The Other End del Village. Acabamos compartiendo escenario con Bob Dylan, Joni Mitchell, Ramblin' Jack Elliot, Allen Ginsberg, Ringo Starr, Muhammad Alí, Caroline Kennedy -que era la ayudante del fotógrafo Ken Regan-, y podría seguir más tiempo con esta lista, pero permítanme decir sólo que aquello fue una experiencia de aprendizaje total. Nos divertíamos más de lo que permite la ley. Mucho más. Había escritores con talento por todas partes. Era un autobús repleto de músicos y cantantes y pintores lanzado a toda marcha a altas horas de la noche, alimentados con petas de colombiana y otras cosas, haciendo una película, escribiendo canciones y tocando -las noches en que encontrábamos la combinación justa- una de las piezas de rock & roll más incendiarias, intensas e inspiradas de antes o de después. Como prueba, vean por favor la versión de «Isis» en el DVD de la Rolling Thunder Revue *Bootleg Series*. Comprueben cómo lee Dylan «If you want me to, yes» [«Si me quieres así, sí»]. A mí aquello me bastó. Ese «sí» lo encerraba todo. La alegría, la sorpresa, la rabia, la lujuria, el gozo, el asombro, la cuasilocura de toda la gira. Tocábamos sobre todo las canciones de los dos grandes álbums de Dylan de entonces, *Desire* y

Blood on the Tracks. Dylan estaba en un estado alterado. En las funciones tocaba con un micrófono sólo para la voz y la guitarra acústica, como Johnny Cash en los días de la Sun, levantando la guitarra hacia el micro para darle más intensidad, cantando una versión de «Sarah» absolutamente emocionante. Cogía la armónica y sonaban un par de notas y el público se derretía. Luego cogía la Stratocaster y hacía sonar la historia de cualquiera de aquellos preciosos viejos teatros de Nueva Inglaterra en los que actuábamos uniéndola con una de las muchas canciones clásicas que todos veníamos escuchando los últimos años. Y la iba destrozando.

Recuerdo que justo antes de la reunión para ensayar, que Sam relata en el capítulo titulado «La primera superestrella» (la primera superestrella de verdad fue, como sé ahora y ya sabía entonces, Louis Armstrong), Bob estaba sentado en una silla leyendo un ejemplar de *Time Magazine* que en la portada vaticinaba «El próximo Bob Dylan». Pregunté a Bob cómo sentaba eso, tener todos esos «próximos Bob Dylan» por ahí. Me dijo «cualquier cosita es una ayuda». (Al final, por supuesto, aquel cantante resultaría ser algo más que «El próximo Algo», acabó siendo «El auténtico Bruce Springsteen».) Pero *Time* consideraba a Dylan lo bastante importante como para poner en portada a quien les parecía que iba a ser su sustituto. Y esto sucedía en un tiempo en el que *Time* era la revista nacional, antes de *Self* o cualquiera que sea hoy día la revista nacional, sé que sigue habiendo algo así. No hay un modo de alabar adecuadamente ni con precisión a Bob Dylan. Es el Homero de nuestro tiempo. El próximo Bob Dylan no aparecerá hasta dentro de uno o dos milenios más, lo que hace altamente improbable que llegue a suceder nunca.

Aquél era un Dylan de una generosidad total. Había ofrecido su escenario a viejos amigos, nuevos conocidos y, en algunos casos, completos extraños. Al pasar por algunos pueblos, si Neuwirth oía a algún grupo de Bluegrass francés cantando en una esquina, les invitaba a que por la noche subieran y tocaran una canción.

Algunos estaban allí para cantar, otros para inventar nuevos recursos, otros para recitar poesías a ratos perdidos, otros para

asegurarse de que teníamos ropa suficiente, otros para pintar cuadros de sitios en los que hasta entonces nadie había pensado pintar. Había un chico para garantizar que los paraguas especiales estaban todos en buen estado y unos cuantos más que nunca descubrimos por qué estaban allí, pero todo el mundo estaba para encontrar algo.

Yo creía que Sam estaba para escribir una película. Una de las cosas que descubrí fue que lo que hacía era escribir este libro. Si lo hubiera sabido me habría mostrado un poco más cauteloso en nuestras conversaciones. De todos modos, le estoy profundamente agradecido por haber hecho la crónica de aquella temporada extraordinaria. Ninguno de nosotros volvió a ser completamente el mismo.

T-BONE BURNETT
Los Ángeles, California

DEJÉ LA CARRETERA
Y VEÍA DOBLE
PERO SEGURO QUE FUE
UN VIAJE FENOMENAL.
B. D.

INTRODUCCIÓN

Este libro no ha adoptado una forma tan fragmentada en beneficio del «arte» y la experimentación, sino más bien porque esa forma es el resultado directo de una memoria fracturada. Inicialmente, me contrataron como escritor para trabajar en una película que proyectaban de la Rolling Thunder Revue, pero ese papel quedó rápidamente disuelto en el fondo y fue sustituido por una situación mucho más valiosa. Me encontré metido en medio de toda aquella gente en marcha colaborando en un torbellino de imágenes e ideas cambiantes. Todos nosotros trabajábamos juntos con un mismo objetivo: tratar de vivir en movimiento constante durante una gira de seis semanas viajando por carretera, haciendo música, filmando esa música en el entorno de una historia norteamericana fracturada por las pequeñas ciudades de Nueva Inglaterra en pleno invierno. Cualquier razón que estuviese detrás de esta razón no parece importar. Lo único que importa es que sucedió. El propósito de este libro no es mostrar una laboriosa relación pormenorizada de la secuencia de los acontecimientos, ni fisgonear las vidas privadas de las estrellas sino transmitir a los lectores el sabor de toda la experiencia. Si lo consigo, el libro está vivo.

CALIFORNIA

Johnny Dark va al volante. El Chevy Nova blanco está atravesando San Anselmo, un pueblo de California pijo e indolente. Salones recreativos para quinceañeros, artículos deportivos. Gasolineras Arco. Llevamos la trasera del coche arrastrando por el peso de los rollos de empapelar y clavos galvanizados.

-Es difícil ver a Dylan volviendo a ser lo que fue en los sesenta -suelta Johnny como saliendo de la nada-. Quiero decir, supongo que no está en las cartas ni nada de eso. Supongo que se pasó su momento.

Voy soñando despierto en el alquiler por tres años de un rancho de caballos de ocho hectáreas en el que acabamos de embarcarnos y pensando en todo el trabajo que nos queda por hacer hasta que podamos meternos allí. Nos queda menos de una semana para hacerlo todo y la idea de Dylan me parece un fantasma lejano. Hay un largo camino de regreso a mediados de los sesenta y a bailar desnudo «How Does It Feel?» en la alcoba de una mujer mayor que yo.

-Quiero decir, todavía escribe algunas canciones buenas, pero ya no es como entonces. La primera vez que vi «Everybody Must Get Stoned» en una máquina de discos no me lo podía creer. Quiero decir que estaba allí, en la máquina de discos, allí delante de todo el mundo: «Todo el mundo debería colocarse.» Allí mismo, en un restaurante de la calle Christopher. No me podía creer que se pudiera poner esa clase de música en público mientras te comías una hamburguesa con queso.

Johnny sigue cambiando de marchas y hablándole al parabrisas. Yo me siento invadido por una mezcla del pasado y de toda esta nueva vida que me viene ahora. Reparar tejados, instalar estufas de leña, vallas, corrales para los potros, prepararse para las lluvias.

Dejamos la autopista por la salida de Paradise Drive, pasados Big 4 Rents, Denny's, North Bay Lumber Company. Johnny sigue enrollándose sobre las expectativas de vida de una estrella y cómo «incluso los acontecimientos tienen nacimiento, vida y muerte». Nos detenemos en los suburbios. Alojamientos temporales. Una zona cuyo aspecto parecía resultado de una batalla reciente entre bandas enemigas de arquitectos paisajistas, que no tiene nada que ver con la disposición original del territorio. Dentro, sobre una mesa de pino, hay una nota en un papel verde: «Llamó Dylan. Volverá a llamar.» Estoy allí de pie mirando aquello, rodeado por todas partes de cajas de cartón llenas de libros, juguetes, todo reunido para la gran mudanza.

-¿Llamó Dylan? -La cosa no me casa. Algo no cuadra.

-Justo estábamos hablando de él -grita Johnny desde el cuarto de baño haciéndose oír por encima de un chorro de pis.

-¿Que Dylan llamó aquí? ¿Por qué iba a llamar Dylan? Si ni siquiera le conozco.

Voy esquivando cosas por la cocina andando de lado y volviendo a leer la nota en voz alta. Por fin poso la vista en un número de teléfono de Los Ángeles en la parte de abajo de la nota. Llamo allí pero no consigo hablar con Dylan. En cambio, me va enredando una serie de secretarias, abogados, representantes, a cada cual más receloso.

-¿Shepard? ¿Qué Shepard? ¿Es usted el que mató a su mujer?

-No, soy el astronauta.

-Oh. Bueno, ¿de qué se trata? ¿Por qué le llamó a usted Dylan?

-Por eso le llamo a usted.

-Oh. Bueno, un momento. Veré si encuentro a alguien.

El teléfono queda en silencio y luego se oye una voz nueva. Voz de hombre. Luego otra vez silencio. Luego una voz de mujer. Luego otra vez un hombre.

-Sí, señor Shepard. Déjeme que se lo explique. Bob va a hacer una gira por el nordeste. Es secreto. La llama Rolling Thunder [El trueno que rueda], la Rolling Thunder Revue.

Hay algo en la manera que tiene ese memo de llamar «Bob» a Dylan que me produce un rechazo inmediato, combinado con cierta confusión al intentar imaginar dónde demonios está exactamente el nordeste. Antes de descubrirlo, de mi boca sale una frase hostil.

-Si es tan secreto, ¿cómo es que me habla de ella?

Esto no sienta muy bien al otro lado. Largo silencio. Intento suavizar la entonación todo lo que puedo.

-Bueno, ¿y para qué me busca? Tengo aquí delante un papel verde que dice que me llamó.

-Sí, verá, van a hacer una película de la gira y necesita un escritor.

¡Ajá! ¡Un escritor! Ése soy yo. El escritor.

-Muy bien, ¿y cuál es la primicia? -digo con mi mejor estilo de reportero de Chicago.

Viene entonces una larga serie de vaguedades sobre un proyecto de película en la que yo prepararía sobre el terreno diálogos para todos los pesos pesados.

-Va a vivir una situación de mucha presión. Está usted acostumbrado a trabajar bajo presión, ¿verdad?

-Oh, sí. Claro. No me asusto con facilidad, si se refiere a eso.

-Bien. ¿Cuándo puede salir?

Así funciona esto, ¿verdad? Dylan te llama y tú lo dejas todo. Como el canto de las sirenas, o algo así. Todo el mundo deja la cosecha a medio coger y sale zumbando hacia algún lugar del nordeste. Me quejo al teléfono:

-Me ofrecen esto en el peor momento. Estoy justo en mitad de una mudanza, me voy a un rancho de caballos…

Nada al otro lado. Absolutamente nada. El tipo debe de haberse quedado inconsciente con eso del «rancho de caballos».

-¿Sigue usted ahí?

-Y entonces, ¿cuándo puede salir? -dice la voz-. ¿Mañana?

La presión ya está en marcha y todavía ni he cogido el cepillo de dientes. Hace media hora todo estaba controlado. Estaba metido en mi vida. Y ahora es como si un huracán me hubiese golpeado los intestinos.

-Escuche, necesito un poco de tiempo para pensarlo. -Tengo el estómago como si Luca Brasi acabase de llamar a mi puerta para cobrarme las deudas-. Además, no cojo aviones. Sólo trenes. No he ido en avión desde 1963 en México.

Una respiración fuerte, exasperada, al otro lado, como si el tipo estuviera convencido de que tiene a un gracioso al teléfono.

-Dios mío, entonces tardará una semana en llegar allí. Salen de Nueva York a finales de semana. Tiene usted que partir

inmediatamente.

Tengo un calambre en el brazo izquierdo de tanto apretar el teléfono.

-De acuerdo, de acuerdo, se lo haré saber a primera hora de la mañana.

Los teléfonos se cuelgan y abro la boca en busca de aire.

SANTA FE

El Santa Fe se ha ido. La era de la competición entre los grandes ferrocarriles se la ha tragado entera el gobierno y la ha vuelto a escupir bajo el nombre de ciencia ficción de Amtrak. Los mismos trenes, distintos colores. Distintos símbolos. Se acabó el bonito jefe indio rojo y naranja de plumas flamígeras, nariz aguileña marrón apuntando a los raíles. Ahora es un símbolo de línea dura, una flecha azul y roja. Negocio puro. Transporte. Al mismo nivel que los metros. El estado traslada su cuerpo de un lugar a otro. Nada de perder tiempo. Después de todo, las Grandes Llanuras no son más que un espacio en blanco para cruzar de este a oeste. Quién necesita sentir que viaja de verdad a través del país. Una vez dentro, la sensación es la misma. El mismo movimiento de balanceo espasmódico. Los mismos vagones de hace cuarenta años. Rápido cambio de equilibrio en el cuerpo para no salir navegando hacia la comida de alguien. Avanzar dando tumbos por los estrechos pasillos. Caer entre las cortinas de los compartimentos de camas. El mejor sitio para oír las ruedas es al vaciar el agua del retrete, cuando la bandeja de aluminio sucia del fondo se levanta y bosteza y ves la pura tierra.

Ahora sí que estoy metido de verdad en ello. El caballo de hierro rumbo al este. Sacramento, Cheyenne, Chicago. Antes pensaba que el único sitio donde se podía escribir era el tren. Entorno temporal perfecto. De camino para ver al «Mago».

ENLACE CHICAGO

He hecho el enlace en Chicago. Otra vez rodando. Esta vez la cama está paralela al tren y el insomnio es total. Ventanilla negra. Los mozos de los coches cama son todos negros otra vez, pero ahora contagiados de ese cinismo neoyorquino tan familiar. Todo en este tren produce sensación de Nueva York. Es como una pista de pruebas antes de caer sobre Manhattan. Sólo para ver si puedes con ello. Yo lo hago tumbado. Me encierro. Salgo para comer y ya está. Estoy sentado en el coche restaurante con un chaval negro de Baltimore. Gafas de sol, sombrero flexible, ojos de locura paranoica, dedos largos. Habla como un viajero de tren curtido.

-Voy a traerme a la mujer de Japón. Me casé con ella allí y voy a traérmela para aquí y de regalo haremos un viaje en tren. La meteré en este mismo tren.

Se saca un retrato en color de su novia blanca y lo planta encima de la plata sin dejar de sonreírme. Luego pasa a las historias de tías. Historias de tías de la gran ciudad. Del estilo que sólo puede contar un chaval negro.

-Conocí a una tía, tío, te comía vivo. Te lo juro por Dios, tío, te destrozaba el culo. Se metió en líos, sabes. Se equivocó de número y total, que algún macarra se la enchufó por todas partes menos de lado. Después tuvo el crío, sabes. El macarra se largó, pero la tía fue a cazarlo y trincó al tronco para casarse, entiendes. Lo obligó. Y después se volvió a Baltimore. El tío se quedó por el Sur, en algún sitio, y ella se volvió. Y como al macarra le dan no sé qué cheque del gobierno, sabes, el tío le manda un poco a ella para ayudarla con el crío, entiendes. Así que ella cobra aquella miseria una temporada,

pero luego descubre que si el otro desaparece del mapa la tía se quedará con todo, ¿te lo puedes creer? Así que reúne a sus chicas y las manda allá abajo y acaban con el pájaro. Lo liquidan tal que así. Y entonces ella cobra la totalidad. ¡Se lo cargó sólo para cobrar el cheque! La verdad, tío, te lo digo, las tías de Baltimore te quitan de en medio por cinco céntimos. En serio. Lo hacen, tío. Y además era una tía joven. Puede que tuviera unos dieciséis años.

No reacciono. Mi estómago lo va asimilando al mismo tiempo que la hamburguesa con queso crujiente. Vuelve la cara hacia la ventanilla y contempla Ohio. Enormes campos fríos. Una corteza de escarcha sobre los tallos del maíz ya segado. Mueve la cabeza ante la ventanilla.

-Tío, no me gustaría nada quedarme atascado ahí fuera.

Me escabullo de vuelta a mi compartimento y me quedo en medio de él, balanceándome con el tren.

ESTACIÓN GRAND CENTRAL

Finalmente llegamos a la estación de Grand Central a través de un largo túnel grasiento. Como la galería de una mina. Los hombres que trabajan en las vías llevan incluso luces en los cascos, igual que los mineros de Pennsylvania. Por alguna razón me quedo simplemente sentado en mi compartimento mirando afuera. Incluso cuando el tren ha parado del todo y la gente va arrastrando su equipaje por los pasillos para salir. No puedo creer que vuelva a estar aquí. Esto es un eco muy distante del rancho de caballos en la ladera de una montaña del norte de California. Me muevo hacia la puerta como un zombi, salgo al pasillo, bajo los escalones de hierro hasta el duro cemento. Vapor azul de ferrocarril. Movimiento humano en todas direcciones. ¿Aquí es donde tiene que aparecer alguien y presentárseme y guiarme y sacarme de aquí y llevarme en coche? Pues así es. Y todo el ritmo del Rolling Thunder se pone en marcha como un avión a reacción sobre la pista. Desde el mismo instante en que piso el pavimento.

LOU KEMP

De oficio, pescador. Lleva una planta enlatadora de salmón en Alaska a tiempo completo cuando no anda maniobrando por la industria del rock & roll. Es uno de los amigos de infancia de Dylan en Minnesota y le han llamado para supervisar la marcha de la Rolling Thunder. Tiene una notable habilidad para decir palabras sin mover los labios. Como ventrílocuo, hubiera ganado al mismo Edgar Bergen sin despeinarse. Lou es el primer «peso pesado» que me presentan. Y de hecho estoy en su habitación del hotel, con las persianas marrones bajadas, el sol de mediodía filtrándose entre ellas. Lou está levantándose. El teléfono ha sonado seis veces y tiene un brazo rígido por el aire en busca del auricular. Alrededor de la cama hay montones de chaquetas de ante, bolsas de cuero, camisetas, ropa blanca diversa y cubos de hielo. Hunde el teléfono en el cuello al mismo tiempo que se sube la cremallera. Evidentemente, la noche anterior, en medio de una atmósfera de bienvenida en el Gerty's Folk City se las arregló para comprar un cupé Packard de 1934 y ahora está tratando de atar los cabos sueltos.

-No, ya le dije que quería conservar la matrícula de Jersey. Sí. Que dejen las matrículas de Nueva Jersey puestas. No quiero tener que comprar otras nuevas. Sí. Así no podrán seguirme la pista para mandar las multas de aparcamiento. No, quiero que lo metan en un garaje. No me lo llevo a la gira. Escucha, sólo tienes que hacer el seguro y encerrar el trasto en un garaje. ¿De acuerdo? Bueno.

Cuelga. Respira fuerte, imagino que todavía se está recuperando de una noche movida.

-Te perdiste lo de anoche, Sam. Filmamos cosas estupendas. Bette Midler estuvo tremenda. ¿A ti qué te parece?

-No la he oído nunca.

-Bueno, pues es tremenda. Estaba pensando en pedirle que se viniera a la gira. ¿Tú qué piensas?

-No lo sé.

-Bueno, mira, ¿sabes qué deberías hacer? Deberías ir hasta allí y echar una ojeada a la película que tenemos. Echarle una ojeada para que luego podamos hablar un poco más. ¿Ya has visto a Bob?

-No.

-Bueno, ya lo verás. Ahora anda ocupado, pero él te explicará todo lo de la película. Tiene sus propias ideas al respecto.

RAVEN

Entra en la habitación mientras Kemp se pelea con una camiseta. Raven es un chaval bajo, moreno, parece indio, con unos brazos musculosos y el cuello corto y grueso. Sus ojos recorren fugazmente la habitación absorbiéndolo todo. Lleva una cartera de mano y un montón de papeles. Resulta que éste es el chico con el que Kemp acaba de hablar por teléfono sobre el Packard. Debía de estar en la habitación de al lado en el mismo pasillo. Ésta es la primera dosis que recibo de la locura telefónica que parece apoderarse de todo el mundo en cuanto llegamos a un hotel. A mitad de una conversación con alguien, tienes la impresión nítida de que os estáis comunicando, pero el tío coge el teléfono a media frase y llama a alguien. A cualquiera. Sin dejar de mantener la conversación. O también, se para el coche en mitad de la autopista y hay alguien que sale corriendo hacia una cabina de teléfonos como si acabara de morirse su madre.

Raven despliega sobre la cama todos los papeles del Packard. Es evidente que ya ha cumplido esta misión de «ocuparse del tema» antes. Se sabe todos los movimientos. No se pone nervioso. Simplemente recibe todas las órdenes de Kemp e inmediatamente mete una marcha. Empuja los papeles dentro de la cartera y vuelve a salir zumbando por la puerta. Lou está cepillándose el pelo.

EN MEDIO DE LA CIUDAD

En medio de la ciudad, de noche, cruzamos puertas de cristal, pasamos junto a guardias de seguridad que no parecen guardias de seguridad, más bien tipo asociación universitaria de fútbol americano, entramos en unos ominosos montacargas lúgubres con cien botones, bajamos a los sótanos, cruzamos pasillos acolchados, luego de repente una alfombra amarilla de lado a lado y una verja de hierro negra con uno de esos timbres eléctricos de caja negra. El tipo de verja que te encuentras en la entrada de coches de la finca

de un senador de Virginia. Más seguridad al otro lado de la verja, comprobación de identidad, pases, quién es quién, ruido apagado de música que llega desde algún sitio aún más secreto que éste. Nos dejan entrar, la verja se cierra tras de nosotros con un chasquido eléctrico, las bóvedas subterráneas de la Casa Blanca ahora, cruzar una doble puerta insonorizada, un fuerte olor dulce a incienso indio, Allen Ginsberg apuntando cosas en un cuaderno azul grande, parece el mago Merlín, gente que pulula por allí con un café en la mano, algunas personas parece que pensaran que les van a pedir que se marchen en cualquier momento. Cesto de fruta sobre la mesa, una banda completa en marcha en el escenario. Una banda que visualmente parece exactamente lo que es: un conjunto, cada miembro tiene pinta de que se podría organizar otra banda completa en torno a él. Me siento y observo desde el nivel del suelo. Tengo una sensación como de que «esto es», pero no sé todavía qué es «esto». Bobby Neuwirth me saluda desde el fondo tan lejano de los sesenta. La memoria saca un flash instantáneo de Bobby vertiendo café en el regazo de un mafioso junior en el Max de Kansas City. (Qué gran contragolpe del karma si hubiera resultado ser Joey Gallo. Pero no lo era.) Ginsberg no consigue acordarse de dónde o cuándo nos conocimos. Es embarazoso tratar de hacérselo recordar. Yo había trabajado con Robert Frank en una película titulada *Me and My Brother*, y Allen nos había ayudado con el material de investigación sobre Julius, el hermano de Peter Orlovsky, al que los bobos de los especialistas etiquetaban de «clínicamente catatónico». Por fin recuerda. El despliegue del pensamiento íntimo de Julius. Lo perdido que estaba en Nueva Jersey. Sus vagabundeos descalzo por el puente Verrazano. Criado en cooperativas avícolas. Con el cerebro chamuscado con todas las posibles formas «modernas» de coacción eléctrica, farmacológica y psíquica. Pero eso fue hace mucho, y aun cuando la promoción previa en los medios afirma que la Rolling Thunder Revue es una vuelta a los sesenta, no es así como ahora mismo lo vivimos. Ahora mismo, hay música derramándose sobre nosotros. Una banda de ases aquí mismo en el puro presente. Joan Baez marcándose un boogaloo pre-bop delante del todo. Es increíble verla. Nunca antes se me había ocurrido pensar que era sexy, pero

lo es, sin la menor duda. Se acabaron las relamidas baladas escocesas folkies sobre la paz. Se ha transformado en una discotequera mexicana de pelo rapado que no está para bromas. La banda se pasa a rápidos compases de un rythm & blues satírico, que expresan su talento en todas las direcciones, entra y sale la gente, Ronee Blakely se presenta con una boina negra y algo que parece una carpeta negra lo bastante grande como para albergar un piano pequeño. Alguien me pregunta si quiero conocer a Dylan, así que le sigo. Salimos otra vez por los vestíbulos, pasamos unas máquinas oscuras de Coca-Cola y llegamos a un cuarto de atrás, y allí está él, tumbado sobre una silla plegable de metal como si estuviera practicando un número de levitación, con las botas de vaquero gastadas puestas encima de una mesa de oficina metálica. Es azul. Es lo primero que me choca. Es todo azul, desde los ojos claros pasando por la ropa. Lo primero que me dice es:

-No tenemos que hacer ninguna conexión.

Al principio no estoy muy seguro de si habla de nosotros dos personalmente, o de la película.

-Nada de esto tiene que conectar. En realidad, es mejor si no conecta.

Empiezo a mover la cabeza para asentir dando por hecho que soy lo bastante enrollado como para entenderlo, deslizando algo medio elaborado sobre «surrealismo». Le miro. Me mira. Comprendo en un rápido flash lo injusto de la situación. A él le conoce por las fotografías cualquier persona con la que esté. Pero puesto ante él en carne y hueso, me cuesta trabajo quitarme de la cabeza las fotografías y verle exactamente a él. Durante unos seis minutos todo lo que veo son portadas de discos. Luego lo voy enfocando lentamente. Detrás de él, con un teléfono pegado a la boca, Jacques Levy, que fue coautor de la canción «Hurricane Carter», discute acaloradamente con un abogado sobre la posibilidad de que haya libelo en alguna de las letras. Está rehaciendo las letras al teléfono, intentando ponerse de acuerdo. El single «Hurricane» va a salir en menos de una semana y la posibilidad de que les demanden por

libelo tiene a todo el mundo en ascuas, excepto a Dylan. Él toma café y se echa el sombrero gris de gaucho hacia delante.

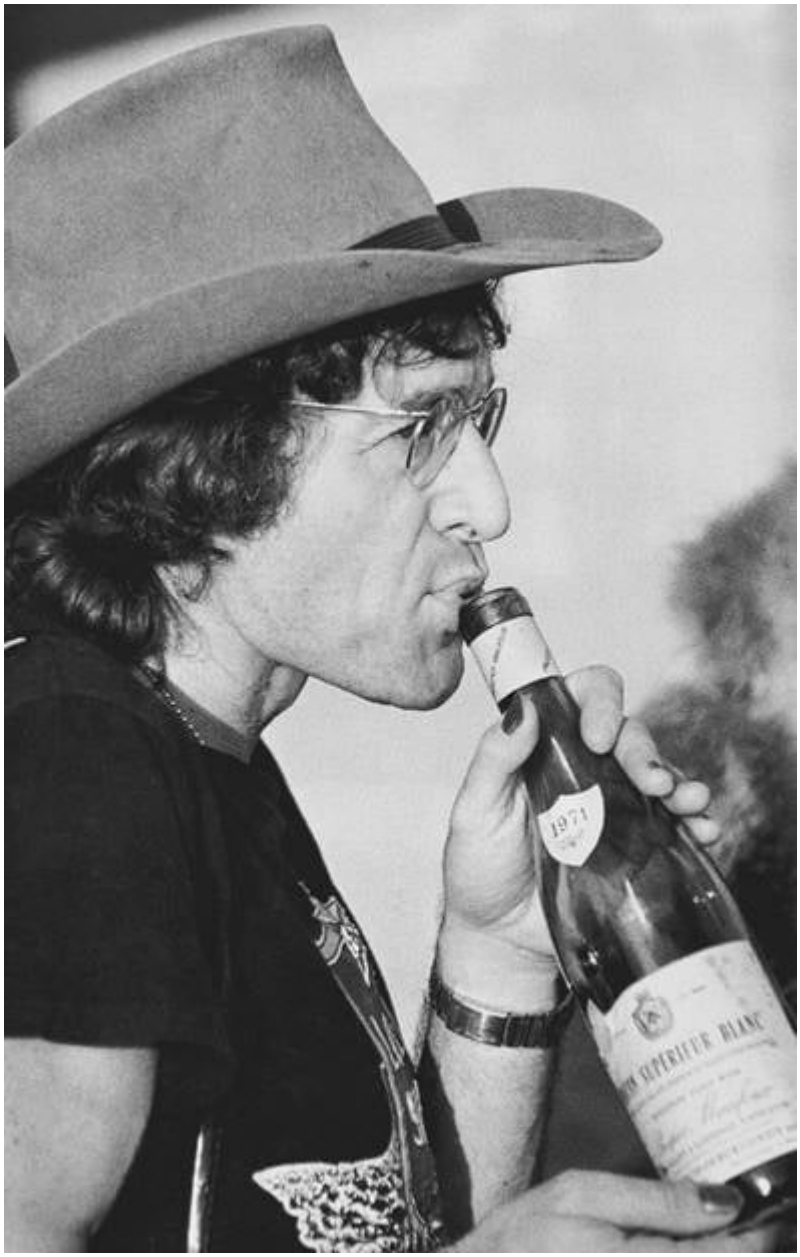
-¿Has visto alguna vez *Les Enfants du Paradis*? -dice. Admito que sí, pero hace mucho tiempo; la vi con una chica que lloró todo el rato así que es difícil saber mi impresión exacta-. ¿Qué me dices de *Tirad sobre el pianista*?

-Sí, ésa también la he visto. ¿Es ése el tipo de película que quieres hacer?

-Algo así.

Se da la vuelta y mueve el pie. Es la primera vez que tengo una verdadera apreciación de su capacidad de silencio. De no sentir ninguna necesidad de llenar los huecos. De dejar que las palabras simplemente cuelguen en el aire de modo que puedas volver a oírlas en tu cabeza. Le digo que estamos pensando en rodar un poco con Ramblin' Jack en el cuarto de baño del hotel. Se ilumina por un momento.

-Hay que esperar a que nos larguemos de esta ciudad. Ahora mismo sólo tengo ganas de marcharme de aquí. En cuanto estemos en marcha ya podremos meternos más a fondo en la película. Ahora sólo estoy esperando a que nos marchemos de aquí.


1971

RAMBLIN' JACK

Jack Elliot era increíblemente amable con la gente. Enseguida te parecía que hacía años que lo conocías y que simplemente continuabais donde lo habíais dejado la última vez que os habíais visto. En mi caso, yo nunca le había visto hasta aquel momento, ni siquiera en un escenario, así que su afabilidad fue verdaderamente una sorpresa. Nos embarcamos de inmediato en las leyendas de camioneros, bajando por los estrechos caminos madereros del norte de California, donde él conducía por la izquierda porque «así es como lo hacen por allí».

-Los caminos madereros son para los camiones madereros, y los coches no tienen ningún derecho a pasar.

Me cuenta que ha estado ahorrando para comprarse un camión Peterbilt nuevo a estrenar en el cual planea vivir el resto de su vida. Su sabiduría técnica sobre camiones es toda una inspiración. Le viene un veloz recuerdo de Pecos Bill. Vaquero de leyenda infantil, nadando con su sombrero blanco de copa alta, zahones de piel de pony blanco y negro, leyendas de cactus que murmuran, canciones de coyotes y perros de las praderas, partiendo rumbo al cielo a lomos de cualquier caballo que dé saltos. Un auténtico trovador americano, mítico, errabundo. Jack continúa apegado a los relatos de postas de caballo, camiones diesel cruzando tormentas de nieve en Dakota del Sur. Transforma la habitación de hotel con sus paisajes de América mientras el equipo de rodaje se afana embalando el material. Para Jack nunca ha habido tiempos mejores que los presentes para rodar a todo gas camino de cualquier vieja leyenda. Lo que sucede en el entorno inmediato no importa; lo único

que cuenta es una historia, e incluso mejor, un intercambio de historias. Yo he tenido cantidad de experiencias en el Lower East Side haciendo de público de anfetamínicos entusiasmados. Escuchar sus alucinaciones mentales mientras tratas de escaparte de ellos todo el rato. Sin embargo con Jack es distinto. No es egoísta y no tiene ese modo de exigir tu atención con parrafadas dementes. Su placer es vagabundear al albur de la imaginación y simplemente llevarse a alguien para que pasee con él. Nos dirigimos al ascensor del Gramercy Park y yo voy pensando en los vaqueros. En la condición de vaquero. En la «vida real» y la «fantasía». En rehacerte a ti mismo a partir de todo lo que alguna vez te afectó. De Pecos Bill a la Rolling Thunder Revue.

VOLADO

Calle Octava, Nueva York

Phil Ochs está totalmente pasado e intenta reconstruir la línea argumental completa de la película *El luchador* para Dylan, que parece a punto de hacer el salto del ángel desde el balcón de un apartamento de la calle Octava. El apartamento es uno de esos espacios suaves, pensados para fiestas con gente rubia dispersa por todo el mobiliario. David Blue va repartiendo indiscriminadamente tranquilizantes para animales con su traje cruzado de gángster de raya fina. Físicamente parece el único tío capaz de poder manejar en serio a Phil Ochs si la cosa acabase por ponerse turbia. Dylan está zumbado con algún tipo de producto químico y no deja de seguir algún ritmo interior con golpes de todo su cuerpo. Sus ojos reptan por toda la habitación intentando encontrar una salida. Está arrinconado por un objetivo de dieciséis milímetros, un micrófono de jirafa, una chica bajita que no deja de hablar de matrimonio, y varios pulsadores de guitarra acústica al fondo, fingiendo que está fuera de campo auditivo. Debajo están preparando otra escena de la película en la que aparece T-Bone Burnett vestido de profesional del golf, con todo el equipo, bolsa de palos y gorra incluidos. Aquí todo son chifladuras. Fuera, Ginsberg grita desde la acera, un piso más abajo, que está listo para que le filmemos leyendo uno de sus poemas. No parece que nadie le oiga. El equipo de rodaje suda a mares bajo el calor de los focos y más y más gente se apretuja en aquel espacio. De vez en cuando, la novia de alguien consigue entrever a Dylan e intenta hacer que su novio mire arriba del todo de la escalera. Está

encogido como un murciélago con su chaqueta de cuero negro y mastica tabaco Red Man. Le alarga un trozo a una de las chicas que tiene al lado y que se siente obligada a darle un mordisco. La chica lo escupe entero a la terraza. Por los pelos no cae en el Tom Collins de alguien que no parece enterarse. El fuego eléctrico de la chimenea está encendido como motivo de fondo. T-Bone intenta embocar un putt sobre la alfombra persa. Y ni siquiera hemos salido todavía de la ciudad.

UNA BANDA DE ASES

Un camerino marcado «Guam»

T-Bone Burnett: Fort Worth, Texas, dos metros diez de estatura, «El estrangulador de guitarras solitario», salía a escena muchas veces disfrazado de mago Merlín. A menudo le echaba el lazo al cuello a Roger McGuinn al concluir «Chestnut Mare», la famosa canción de Roger. Fue responsable del misterioso regalo de una performance de Action Painting que incluía diversos multimedia entre bastidores, tales como: escupir cerveza (Miller High Life), aplastar tizas, Pepsi espumosa, orina fresca, fruta fresca, queso de untar, nata montada, orejones, nueces enteras, negativos de polaroid (es decir, fotos polaroid antes de que se positivasen), Gibsons Les Paul rotas, y otros varios ingredientes demasiado numerosos para entrar en detalles. También era un hombre de hambres instantáneas. Si cuando le atacaba el hambre no le servían algo, se ponía sistemáticamente a destrozar el restaurante entero, empezando con los menús y siguiendo hacia arriba hasta llegar a las lámparas. En una ocasión se comió una mesa entera.

Howie Wyeth: Tambores suaves. Antiguo piano sagrado americano. El tipo más meloso que he visto en mi vida. Un gorro de lana blando que parecía que le salía de la cabeza. Nunca lo vi sin él. Platillo chino puesto del revés. Zapatillas de tenis negras. Disfrutaba tocando música como nadie.

Dave Mansfield: Un genio. Lo tocaba todo menos el fregadero de la cocina. Allen Ginsberg se refería a él a menudo como «el chico de la cara de Botticelli».

Steve Soles: Tiene un Ford del 52, credencial suficiente para cualquier persona.

Rob Stoner: Bajo ametralladora. Como un Gene Vincent en gángster. El cerebro de la operación. El hombre que coordina. Responsable de al menos una gran canción («Wasted»). Le enganchaba las armonías a Dylan como un hermano siamés.

Luther Rix: Alma del jazz. Meditación antes de cada escena. Toque delicado en la percusión. Congas a tope en «Hurricane». Mujer muy guapa.

Mick Ronson: Héroe de la guitarra inglés. El tipo de chico contra el que todas las madres previenen a sus hijas. Instigador principal de la manía por el «maquillaje» que prendió por la Rolling Thunder como un fuego de rastrojos. ¡Da da!

Scarlet Rivera: Misteriosa dama oscura del violín, con quien nunca crucé más de tres palabras, no porque yo no quisiera sino porque no sucedió nunca. Llevaba maquillaje de serpiente y en el escenario siempre llamaba la atención a causa de su extraordinario sentido del ritmo y su capacidad para mantener las líneas melódicas mientras se balanceaba en vertical.

Scarlet Rivera, Dylan y Ramblin’ Jack Elliot

ALQUILER DE FURGONETAS ROJO

Dylan salió zumbando en mitad de la noche al volante de su autocaravana. Se rumorea que asaltaron su vehículo y le afanaron la televisión en color. Nuestro equipo de filmación está haciendo tiempo en la autopista de Nueva Inglaterra en un trasto de alquiler. De esos con el volante colocado por delante del eje delantero, así que tienes la sensación de que vas conduciendo una tabla de buceo. El chasis entero tiembla con violencia cada vez que nos acercamos a los ochenta por hora. George Stephanson, que es el que conduce, tiene una técnica que consiste en pisar a fondo para pasar de los ochenta por hora directamente a los ciento veinte. Su teoría es que si la furgoneta revienta nos dejan otra nueva. De momento el trasto aguanta su pie en el acelerador. En su tiempo libre George pilota planeadores, y está terminando una lista de todos sus peligros potenciales. La furgoneta va cargada hasta los topes con equipo de filmación. Y todos vamos como sardinas unos encima de otros habilitándonos pequeñas madrigueras cada uno, probando a ver cómo encaja nuestra columna en los diversos huecos de la carga. Connecticut va deslizándose ante nosotros con el sonido de Randy Newman en casete.

El equipo de filmación de la «Segunda Unidad» (no me pregunten cómo tomaron la decisión de quién era la «Primera» y quién era «Segunda») es el primero que llega a Falmouth, con Dylan pegado a sus talones. Dylan entra despendolado en el aparcamiento y se acerca al equipo.

-¿Sacasteis algún río? Vamos a necesitar montones de ríos. Y trenes. ¿Sacasteis algún tren?

PLYMOUTH, MASSACHUSETTS

Plymouth es como un donut en ciudad. La clase de sitio del que aspiras a largarte en el mismo instante que descubres que has tenido la desgracia de crecer allí. Es un asco incluso desde el punto de vista de la «significación histórica». Las mujeres mayores visten con ropa de los Padres Peregrinos y están detrás de los mostradores de unos edificios falsos y disfrazados para que su aspecto sea «igual al de los tiempos en que nuestros antepasados pusieron el pie por primera vez en este gran continente», y venden mapas de cómo llegar a todos los tediosos lugares de alguna importancia. Se quejan del «maldito sombrero de peregrina», unos pequeños bonetes blancos que se les deslizan cuello abajo todo el rato. Pero no se atreven a quitárselos por si acaso aparecen los inspectores. Lleva todo el día lloviendo con fuerza y también hace frío. Llega la noche y me meto en el Plymouth Memorial Hall, un gran edificio macizo de ladrillo. En el interior hay un gimnasio donde se celebran los combates de boxeo locales. El cántico religioso de Ginsberg que hacía de final se ha suprimido del espectáculo y él está con Peter sentado en la primera fila y mira desalentado cómo los técnicos preparan las pruebas de sonido en el escenario. Aunque la visión optimista que en general tiene Allen es un asombro permanente para mí. Parece estar decidido a capear el temporal y se las arregla para volver a levantarse cada vez sin andar echando pestes ni despellejar a alguien en el proceso. Me paseo por todo el pabellón y vuelvo a salir a la noche. Sigo andando hasta dar con las calles. Busco el centro de la ciudad, si es que lo hay. Pensando en comprar un par de botas para la lluvia. Acabo metiéndome en un

Woolworth’s. No hay botas. Un tipo negro con pinta de demente está comprando empalmes de tubería y le pregunto si sabe dónde puedo encontrar botas de lluvia en Plymouth. Conoce un sitio y dice que me llevará en coche hasta allí, si no está cerrado ya. Le espero y le pregunto a una de las chicas de la caja si va a ir esa noche al concierto.

-¿Qué concierto?

-El de esta noche, aquí en el pueblo. Bob Dylan, Joan Baez, ya sabes. Toda esa gente.

-No, no voy a ir. No conseguí entradas. Además, ni siquiera sé quién es esa gente.

ROYCE

Y aquí estoy, metido en este coche con Royce, un chico negro que resulta que es testigo de Jehová y encima fontanero. Ha estado todo el día trabajando con su padre y dice que está demasiado cansado para ir a ninguna clase de concierto. Sin embargo sí que ha oído hablar de Dylan. Y de Joan Baez. Tenía un par de discos de ellos. Vamos circulando, de noche, junto al agua, buscando el sitio donde venden botas de lluvia, pero resulta que está cerrado así que me lleva de vuelta hasta el ayuntamiento. Conforme nos acercamos, se pone a recordar las reuniones de los testigos de Jehová a las que solía asistir de muy pequeño en ese mismo edificio. Detiene el coche y contemplamos las filas de jóvenes que se van congregando fuera, apretándose unos contra otros a causa del frío.

-Sí…, celebrábamos nuestras reuniones aquí cada miércoles. Algunas eran estupendas.

Le pregunto si todavía cree en Dios y me asegura que así es. Después le pregunto si piensa que Dylan cree en Dios.

-Bueno, no lo sé. Hay algo en su poesía que suena a eso, pero la verdad es que no sé si es una persona religiosa o no. No podría decirte.

Le doy las gracias por el paseo por la ciudad y me bajo del coche. Cruzo por la hierba mojada y paso entre grandes grupos de chavales, subo las escaleras y, en cuanto pongo las manos en la puerta principal del edificio, se me echan encima tres tipos enormes con camisetas de color naranja que llevan alguna palabra impresa en negro sobre el pecho.

-Tengo que ver algún carnet tuyo, colega -suelta uno de ellos.

Rebusco hasta encontrar el pase mientras que el otro empieza a hacer su imitación de Jack Webb registrando a un yonqui.

-¿Lleva alguna cámara? ¿Grabadoras? ¿Alguna cosa de ésas?

-No, ni siquiera una tele. ¿Y vosotros quiénes sois, por cierto?

-Nos ha contratado la compañía.

-¿Qué compañía?

No los había visto nunca, pero al parecer el estudio de promoción de Boston ha contratado a estos animales para que acosen a los chavales antes incluso de que entren en el pabellón. Llevan varias horas de pie con este frío gélido, esperando para entrar, sólo para encontrarse tanto ellos como sus novias con un puñado de aspirantes a estupas que les ponen las zarpas encima. Tremendo. Por fin consigo entrar. Hay una enorme diapositiva en blanco y negro de Rubin Carter proyectada en la pared de atrás. Han protegido todas las barandillas de hierro con gomaespuma y cinta aislante, como si las autoridades se esperasen una estampida. Entre bastidores, los camerinos están en realidad dentro de los vestuarios del gimnasio. De hecho, los camerinos son los vestuarios. Es muy extraño ver mesas llenas de rosas rojas y amarillo brillante, chocolatinas surtidas y frutos secos expuestas sobre un fondo de taquillas verde militar y bancos con manchas de sudor por los que los boxeadores locales han restregado las coquillas. El guarda del pabellón no deja de decir chorradas porque el sabueso de Dylan se ha cagado por toda la moqueta de una de las salas de atrás. Va soltando tacos entre dientes como un loco.

-¿Quién demonios se cree que es esta gente? Mira que meter aquí el maldito perro y dejar que lo llene todo de mierda. Nunca habíamos tenido gente así, se lo aseguro. Aquí siempre hemos tenido gente bien educada. Nunca nada como esto.

Lleva una pala llena de cagadas de perro en las manos delante de él como si fuera una linterna en la noche.

«KADDISH», EN EL CIRCUITO DEL MAHJONG

Hotel Seacrest, Falmouth, Massachusetts: antes de que lleguemos ya hay cientos de señoras judías un tanto exageradas firmemente atrincheradas allí. Están totalmente entregadas a un extraño (para un irlandés) juego de dominó chino que se llama *Mahjong*. En realidad, están haciendo algo sólo comparable a unas finales del campeonato del mundo con dinero en juego. El hecho de que unas superestrellas compartan el terreno con ellas no es más que una emoción complementaria para esas señoras. Están obsesionadas con su juego. De modo que imaginen su sorpresa cuando una noche, tarde, en mitad de la fiebre de la competición, el gerente del hotel anuncia que «uno de los más famosos poetas de América, ¡el señor Allen Ginsberg!», va a hacer una lectura especial de poesía. Cálido tributo de aplausos sonoros. También él pertenece a su fe, después de todo. Allen se acerca al estrado con su traje marrón, los papeles en la mano, con un aspecto que a todo el mundo le parece el de un Walt Whitman muy actual, con adornos negros en vez de grises. Se sienta en un taburete alto y se inclina hacia el micrófono. Las señoras sonríen caritativamente y Allen comienza su poema. Su larga, terrorífica, dolorosa plegaria a su madre. Aquéllas son madres también, pero la aguja está demasiado cerca de la vena. Las madres pasan de la aquiescencia paciente a las risitas incómodas y la indignación absoluta mientras Allen sigue y sigue recitando para ellas. Esos sonidos vocálicos suyos en rumor sostenido se van haciendo más y más fúnebres y persistentes. Dylan está sentado al

fondo, con la espalda apoyada en la pared, el sombrero bajado sobre los ojos, escuchando sin moverse. Dado que yo fui educado como protestante, hay aquí algo en el aire que no capto del todo, pero que produce una sensación próxima a lo volcánico. Alguna cosa que viene de generaciones, de madres, de ser judío, de ser educado como judío, del *Kaddish*, de la oración, incluso de América, de poetas y de lenguaje, y no menos de Dylan, que se creó a sí mismo como personaje de algún modo ajeno a la religión en la que nació. Que hizo de sí mismo un trovador vagabundo y que ahora se sienta de cara a sus propios comienzos. A su legado. Y Ginsberg, que adopta esos comienzos tanto como para atravesarlos y pasar al otro lado con una extraña mixtura de misticismo oriental, meditación de ángel del infierno, ácido, política y la música de las palabras. Las señoras asisten a todo ello. Atrapadas en su propio refugio de vacaciones en la costa. Un lugar al que todas habían venido para escapar de algo y en él están ahora encerradas. Allen sigue golpeando. Los cámaras van y vienen por los pasillos, se suben a las mesas, escrutan los rostros de las matronas. Dave Myers, el operador jefe, se siente un poco disgustado y agobiado por el ambiente. No es su estilo tomar el contenido emocional de una escena tan evidentemente forzada. Las mujeres hacen muecas según las estrofas épicas del «cáncer» se van abriendo camino hacia el final. Entonces todo termina y se produce un sorprendente estallido de aplausos. Allen les da las gracias, baja de allí y sale al trote. Presentan a Joan Baez, que es recibida con gran alivio. Hace un «Swing Low, Sweet Chariot» *a capella* que enloquece a las mujeres. Dave Mansfield, el joven genio, sube a escena con su violín y parece el Pequeño Lord Fauntleroy dejando a todo el mundo impresionado con su técnica para el violín clásico. Su expresión nunca cambia. Incluso cuando toca con la banda sus incomparables riffs a la guitarra slide, su expresión es la misma. Es una expresión de escuchar. Escuchar a propósito el contenido interno de la música. Es un as musical, sin duda. Y entonces llega el superventas. Dylan sube al estrado y se sitúa ante el viejo piano vertical, un trasto que durante años sólo se ha utilizado para interpretar idioteces de clase media con sonido de las grandes orquestas de los años treinta y

cuarenta. Se sienta, planta sus dedos huesudos sobre el marfil y empieza a aporrear una versión de «Simple Twist of Fate». Aquí está él. El maestro incendiario. En cinco minutos aquel lugar echa humo. Las señoras saltan y se remueven a fondo en sus corsés. El piano entero tiembla y parece a punto de salirse de la tarima de madera con esos saltos. El tacón de la bota vaquera de Dylan abre un agujero en el suelo. Aparece Roger McGuinn con su guitarra, Neuwirth, toda la banda se une a ellos hasta que revientan todas las moléculas del aire del local. Ésta es la verdadera magia de Dylan. Dejando a un lado por un segundo su genio lírico, hay que contemplar la transformación de energía que lleva dentro. Hace sólo unos minutos este lugar tenía una atmósfera mortalmente espesa de tensión y de incomodidad, y ahora, en un momento, le ha quitado el tapón. Ha inyectado en la sala una emoción vivificante de gran fuerza. No es el tipo de energía que aparta a la gente de las profundidades, sino de la que aporta coraje y esperanza y sobre todo trae al primer plano la vida que late. Si es capaz de hacer esto aquí, en el puro invierno, en un hotel de la costa fuera de temporada y repleto de menopausia, no es ninguna sorpresa que pueda conmover a toda la nación.

EL CIELO DEL ROCK & ROLL

Tenemos una idea que brotó de la obsesión de T-Bone y Rob Stoner por ciertos héroes del rock & roll del pasado. El favorito de Stoner es Gene Vincent, y el de T-Bone es Buddy Holly. Montamos un ambiente de Cielo del Rock & Roll en la terraza de la habitación del motel de Mel con vistas a una larga playa. Stoner está completamente cubierto de pies a cabeza de charol negro, sentado en una tumbona, mientras Mick Ronson le arregla el pelo con todo, incluidos secador y laca. A través de la cristalera de la ventana que tiene detrás de él una chica larguirucha que lleva una toalla blanca enrollada se hace la manicura. Stoner está preocupado por si le aceptarán en el Cielo del Rock & Roll sobre la base de su último disco (de Vincent). Ronson asegura que todo está en orden. «Buddy Holly» aparece en escena y se queda anonadado al descubrir que «Gene Vincent», su gran héroe, ha llegado antes que él. Se sienta para que le rebajen también por las orejas. Entonces aparece Ramblin' Jack disfrazado de Hank Williams, el guardián de las puertas del Cielo del Rock & Roll.

Así que aquí es donde este experimento de la película empieza a ponerse interesante. Hemos abandonado la idea de desarrollar una historia cinematográfica bien pulida o incluso un guión de rodaje por secuencias, puesto que es evidente que estos músicos no van a gastar su tiempo libre en esforzarse por memorizar unas frases. Se pasan la noche entera ensayando, o haciendo un concierto, o improvisando, y luego acaban derrumbados a las seis o las siete de la mañana. Es casi imposible juntar a dos o más delante de la cámara al mismo tiempo. Así que viramos hacia la idea de improvisar

escenas en torno a situaciones sueltas. Lo que sucede esta vez es que todos los de la gira se han olido algo de esta escena entre T-Bone y Stoner, y de uno en uno empiezan a incorporarse a ella. Baez aparece de repente con una peluca roja, pantalones muy cortos, botas, y mascando una gran bola de chicle. Representa a una groupie buscona, una caliente que acosa a Gene Vincent. Neuwirth se mete en el rollo haciendo de traficante con una bolsa llena de cosas. Va echando botes llenos de pastillas de vitaminas por toda la terraza. «Tengo aquí unos tranquilizantes para ti. Hidrato de cloral, el favorito de Hank. Y aquí tengo una bolsa llena de pastillas de California.» Las pastillas vuelan por toda la terraza. Todo el escenario empieza a explotar y llenarse con los brincos de todos aquellos personajes, hasta que ni siquiera con las cámaras de mano pueden cubrir el territorio lo bastante deprisa. Pasan demasiadas cosas. Unas parejas de ancianos que están dando un paseíto de media mañana por la playa se quedan sorprendidos con lo que pasa. La gente que vuelve de nadar, chorreando, echa una ojeada. No hay oportunidad ninguna de dirigir la escena, ni siquiera de pararla el tiempo suficiente para ajustar los ángulos de cámara. Se ha destapado el material de los hermanos Marx. No hay nada que hacer más que dejar que suceda y confiar que acabe quedando en la lata algo tan bueno como parece serlo. Finalmente, todo va amainando y uno tras otro se van a almorzar, dejando un rastro de pastillas de vitaminas multicolores, pelucas rojas, secadores de pelo dispersos bajo el sol.

FALMOUTH, MASSACHUSETTS

Todas las mañanas Jack Elliot sale a correr por la playa con una toalla al cuello, bañador y algunas veces el sombrero vaquero. Tiene un ritmo constante. Corre incluso cuando llueve; algunas veces va directamente hasta el océano y se deja caer boca abajo en el Atlántico helado. Además, se levanta temprano. Su aguante es asombroso. Todos los que toman el desayuno dentro están asombrados.

Todas las mañanas Allen y Peter se sientan a meditar en su habitación del hotel. Yo estoy en la habitación vecina de la de Ginsberg y me despierto con sus melopeas de cánticos orientales y música de armonio.

Todas las mañanas Barry Imhoff, nuestro productor, se toma su extraña dieta de bacon crujiente mojado en mayonesa.

Este sitio es fundamentalmente un lugar de veraneo, pero nosotros estamos aquí en invierno. Es como ocupar una ciudad fantasma. Durante un tiempo los únicos huéspedes aparte de nosotros eran las señoras judías de mediana edad. Ahora estamos solos. El dueño de este sitio es un individuo enorme al estilo de Peter Ustinov, que lleva anillos de oro en los meñiques regordetes y un medallón de plata colgado de una cadena al cuello, y tiene unos andares afectados con el centro de gravedad en la barriga. Un reportero de *The Village Voice* se las arregló para colarse esta mañana en el hotel y a Lou Kemp se le ocurrió una solución brillante. Encerrar al macarra ese en una habitación y poner en la puerta un letrero diciendo que está en cuarentena. A quien le interese cotorrear con la prensa puede acudir directamente a él sin

tener que preguntarse cuándo va a saltarle encima por la espalda. Creo que el tipo se pasó el día entero allí dentro andando arriba y abajo y sin nadie con quien hablar.

Bob Neuwirth, Roger McGuinn, Bob Dylan, Ramblin' Jack Elliot y algunos amigos a bordo del *Mayflower*

EN LA ROCA

Un viento frío y cortante azota la playa cuando intentamos maniobrar un bote en el que van Neuwirth, Ramblin' Jack, Peter Orlovsky y Dylan al timón. Toda la escena parece sacada directamente del cuadro *Washington cruzando el Delaware*, sólo que en este caso todos los pasajeros se aferran al costado de la barca, tiritando de frío y con aspecto de sentirse completamente hartos de estar allí fuera enfrentándose a los elementos en vez de bien calientes metidos en el hotel. En la playa intentamos encontrar un modo de meter a Ginsberg entre los barrotes negros de hierro que rodean La Roca de Plymouth como si estuviera pensando en ir a algún sitio ilegal. La roca en sí es lamentable. Sólo sale de la arena una puntita con una placa de bronce, un tejado por encima para protegerla de la erosión, me imagino, y filas de peatones agarrados a las barandillas intentando echarle una ojeada. El equipo de rodaje va corriendo de Ginsberg a la roca y a Dylan y el bote intentando registrar algún plano bueno. El bote corre peligro de que la marea lo arrastre mar adentro y todo lo que podemos hacer es aguantarlo en la orilla. Ginsberg ya está cantando y haciendo sonar un juego de campanas tibetanas, y la tripulación del bote va dando tumbos por la playa hacia él. La gente de las colas no parece reconocer a Dylan. En realidad, no parece que reconozcan nada que no esté bien sujeto y lleve una placa de bronce.

«DEJA TU MONTAÑA» (Escrito en la lengua)

Deja	Deja tu Montaña	Deja a Dios
Deja	Deja tu música	El amor deja estar
Deja	Deja tu odio	Deja estar tu ser
Deja	Deja tu Nación	Deja tu pie en la Roca
Deja toda tu Creación		Deja estar tu Mente
Deja tu Imperio		Deja estar todo tu mundo
Deja	tu alma para siempre	Deja estar tus visiones
Deja	tu cuerpo brillante	y tu pesada corona de oro
Deja	tu Magia ¡Eh! Alquimista	Deja bien claro
Deja	tu Práctica precisamente	Deja tu Sabiduría querido
Deja	Deja tu Cámara	Deja tu Imagen bien
Sí Deja tu Imagen		Deja caer Luz.

ALLEN GINSBERG
1 de noviembre de 1975

ESCENA PARA LA ROCA DE PLYMOUTH

Película

(El MAGO [Ginsberg] sentado en la Roca de Plymouth. El VAQUERO [Ramblin' Jack] se le acerca como si hubiera recorrido una larga distancia para encontrar este lugar.)

VAQUERO: ¿Esto de aquí es el Reino?
MAGO: Esto es la Roca.
VAQUERO: ¡Oh! ¿Quiere decir que esto no es el Reino?
MAGO: Ésta es la Roca en el Reino.
VAQUERO: Bueno, entonces ¿dónde está el Reino?
MAGO: Buena pregunta.
VAQUERO: He hecho todo este camino sólo para encontrarlo.
MAGO: Bueno, se dice que aquí es donde empezó.
VAQUERO: ¿Pero no está seguro de si lo es o no?
MAGO: Tengo la sensación de que pudiera serlo.
VAQUERO: ¿Quién es usted, si no le importa que le pregunte?
MAGO: Soy el Rey.
VAQUERO: ¿Es usted el Rey?
MAGO: Y tú eres el Vaquero.
VAQUERO: ¡Es verdad! Pero ¿cómo lo ha adivinado?
MAGO: ¿De dónde vienes?

VAQUERO: Del Lejano Oeste. He recorrido todo este caminosólo para llegar aquí y verlo por mí mismo.

MAGO: Y ahora que estás aquí, ¿qué te parece?

VAQUERO: Bueno, está muy bien, supongo. Un poco decepcionante.

MAGO: ¿Qué esperabas?

VAQUERO: Bueno, había oído que era un territorio por descubrir. Una nueva tierra, ya sabe. Campo abierto. Todo esetipo de cosas.

MAGO: Bueno, y lo es, ¿no?

VAQUERO: Pero se supone que usted es el Rey.

MAGO: Sí, soy el Rey.

VAQUERO: Pues entonces, si usted es el Rey ya ha sido descubierto.

MAGO: Pero todavía no hemos encontrado el Reino.

VAQUERO: Oh, sí.

MUSEO DE CERA

En la planta baja hay un decorado a tamaño natural de la arribada del *Mayflower*, incluyendo un barco que se balancea, lluvia por ordenador y una narración grabada que se pone en marcha en el instante en que aprietas un botón negro de la pared. Hemos pasado horas colocando las luces para una escena con Ginsberg y Jack Elliot. Allen está sentado meditando en la postura del loto en medio de varios indios de cera que se ocultan detrás de unas enormes hojas también de cera para espiar a los Peregrinos Blancos. Jack está metido en el decorado en sí, estrecha la mano a todos los Peregrinos y les da la bienvenida a la nueva tierra. Y les advierte: «Nunca den su dirección a las malas compañías.» Luego se da un toque en el sombrero vaquero y sale de plano. Debido a la mala iluminación no conseguimos que el plano quede bien, de modo que Jack tiene que repetir la acción y decir «nunca den su dirección a las malas compañías» una y otra vez hasta que llegas a desear que uno de los Peregrinos de cera le responda que se calle de una puta vez. Jack empezó a dar un poco de vida a la escena en cierto modo al encontrar una pequeña tarima de la que saltar para aterrizar justo detrás de la pequeña embarcación peregrina, haciendo que la proa se apartase. «Chicos, parece que tendréis que achicar.» Se pone a achicar agua con el sombrero vaquero y el cámara le grita que se le ha acabado la película. Jack no llega a oír esta información debido al chaparrón informatizado que le interrumpe junto con el relato grabado en la cinta. Sigue achicando agua con el sombrero y repitiendo la frase «nunca den su dirección a las malas compañías» una y otra vez. Allen espera pacientemente en su rincón a que el

operador recargue. Una clase completa de una escuela baja en estampida las escaleras, conducidos desde atrás por dos mujeres de cara muy severa que resultan ser las maestras de los niños. Jack sigue achicando agua de la barca. Los críos llegan hasta la barandilla del decorado como una banda de gibones y gritan: «¡Eh, mirad, hay uno vivo! ¡Mire, ése está vivo, señora Thornwall!» La señora Thornwall va despegando a los críos de la barandilla, sintiendo de inmediato que las cosas no son como deberían ser en esta exposición en particular. Finalmente, el conjunto narración-chubasco se queda en silencio y a Jack se le ocurre una gran idea. Saca la guitarra y canta un viejo cantar marinero a los chicos metido en medio de los maniquíes de cera. Esto es auténtica historia de América.

COMERCIO EN TRIÁNGULO

Película

¿Quieres saber cómo lo hicimos aquellos días, hace ya mucho tiempo? Enviamos unos barcos hasta las Indias. Allá muy lejos, hasta aquellas islas del azúcar. Y aquellos barquitos iban cargados de bacalao y vacas y un poco de madera de los árboles. Y entonces cambiamos todas estas cosas por azúcar y melaza, y aquel azúcar y aquella melaza fueron convertidas en ron, y ese ron se envió muy muy lejos hasta lo más negro del África negra a cambio de algunos esclavos, y esos esclavos fueron vendidos de regreso a las Indias a cambio de un poco de oro, y ese oro se empleó para comprar mercancías de la más blanca Inglaterra blanca. Y así es como lo hicimos aquellos días, hace ya mucho tiempo.

PALABRAS DE UNA CHICA QUE ESTÁ EN MEDIO DEL FRÍO GÉLIDO DELANTE DEL EDIFICIO DE LADRILLO ROJO DEL AYUNTAMIENTO DE PLYMOUTH, MASSACHUSETTS

«Nunca lo he visto en carne y hueso. Nunca he visto a Dylan. Verle en la misma habitación, en realidad. Así que tenía curiosidad por esta persona que no he visto nunca pero que no deja de salir en mis sueños. Me imagino que si sigue saliendo así, por la noche, si sigue apareciendo en mi vida mientras duermo, entonces debería intentar verle de verdad cuando estoy despierta. Por eso vine. Tuve un sueño en el que voy andando por una carretera en medio de ninguna parte. No surrealista ni nada. No como un sueño, pero estaba esa carretera y yo voy andando por ninguna razón especial y veo que Dylan viene hacia mí. Lo veo venir y sé que es él incluso antes de verle la cara. No sé cómo pero le reconozco y nos vamos acercando más y más y entonces empiezo a dar saltos en medio de la carretera y entonces él me ve y se pone a saltar. Y los dos estamos así, saltando y sin decir nada. Sólo saltando. Y empezamos a saltar más y más alto hasta que saltamos como quince metros de alto. Subimos todo eso y luego bajamos y volvemos a subir. Y sin esfuerzo de verdad. Realmente fácil y ligero.»

REFERENCIAS DE PERSONAJES

Alquimista
Mago
Predicador
Poeta
Maestro
Curandero
Hechicero
Santo
Demonio
Bruja
Pistolero
Boxeador
Profeta
Ladrón
Vaquero
Diablo
Asesino
Novia
Amante
Camionero
Peregrino
Rey/Emperador
Pescador
Bala perdida
Mensajero
Don Nadie
Sacerdote
Reina
Chamán
Idiota

NUEVA INGLATERRA EN GENERALNUEVA INGLATERRA EN GENERAL

La locura del bicentenario está infectando Nueva Inglaterra, como si intentase desesperadamente resucitar el pasado para convencernos de que surgimos de alguna parte. Un sentimiento de

que por lo menos en el pasado existió algún tipo de estructura y que de algún modo los fantasmas podrán curar nuestro estado de locura actual. Por todas partes venden réplicas históricas. La gente en los pueblos va disfrazada, ondean banderas. El pasado va tragándose entero al presente. En medio de todo esto, también Rolling Thunder anda buscando algo. Tratando de establecer conexiones. Encontrar alguna clase de mojones a lo largo del camino. No es simplemente otra gira de conciertos, sino más bien una peregrinación. Nos buscamos a nosotros mismos en todo. En cualquier sitio que paremos. Incluso cuando estamos en marcha. Intentando localizarnos en el mapa. En el tiempo y el espacio. La escuela que está detrás de todo esto es fundamentalmente la película. Ir a la caza de localizaciones, personajes, situaciones. Todos estos ingredientes básicos formulan preguntas sobre quién y qué somos. ¿De qué trata todo este asunto? ¿Es algún tipo de permanencia espiritual? ¿Otra simple gira de rock? ¿Qué coño estamos haciendo aquí fuera buscando habitaciones de hotel en la América ciega? ¿Qué tipo de película estamos haciendo? Simplemente el hecho de que estemos en Nueva Inglaterra, la tierra de los antepasados de alguien, produce un efecto en cada cosa que hacemos. El pasado es este momento que huye.

CAFÉ A LAS AFUERAS DE FALMOUTH, MASSACHUSETTS

Nos van siguiendo unos guardias de seguridad. Nuestro chófer, «Big Jack» del Bronx, ha dejado de lado cualquier pretensión de conducir con sensatez y parece centrado en conseguir que el jodido acelerador perfore el panel del suelo. Nunca cede, ni siquiera cuando entramos a toda marcha en una de esas pintorescas «rotondas» o «cruces circulares» o «ruedas» o como quiera que se llamen esas curvas de Nueva Inglaterra. Es una resaca directa desde esa Madre Patria, de la que los yanquis nunca pueden despegarse del todo. En cualquier caso, son peligrosas, sobre todo cuando se negocian a ciento treinta por hora sobre dos ruedas. La demencia de la situación sólo se me aparece parcialmente, porque estoy demasiado concentrado tratando de que mi cuerpo esté en contacto con al menos alguna parte del asiento. Aquí tenemos a un famoso cantante que ha sufrido durante años fobia a ser vigilado y seguido y que ahora está siendo perseguido de verdad por personas que él ha contratado, o había contratado, para que le sigan profesionalmente. Dejando un gran rastro de neumáticos quemados por el centro de lo que parece *Nuestra Ciudad*, Jack conduce el poderoso Plymouth Fury hasta frenarlo jadeante justo frente a la biblioteca del pueblo. Nadie habla ni se mueve durante cinco minutos. Estamos todos paralizados por la experiencia excepto Jack y Dylan, que ya se han bajado y brincan entre las hojas doradas del otoño. El operador y su equipo están ocupados maldiciendo y buscando los elementos de su material que están dispersos por todo el vehículo. Un puñado de

parroquianos de revista han ido saliendo poco a poco de la farmacia del otro lado de la calle y se quedan contemplándonos como medio esperando que haya un asesinato o alguien se ponga a mear en la calle. En vez de eso, lo que sucede es que el coche de seguridad aparece ligero como un gato, lleno de guardias de seguridad gordos y sonrientes, todos disfrazados de zánganos de universidad. Aparcan su coche desafiantes en la plaza del pueblo y se quedan sentados, dejando claro que no van a salir. Dylan va hasta ellos como un murciélago en miniatura y mete la cabeza por la ventanilla del coche. Suelta una risita y les pregunta que cómo es que le andan siguiendo. «Barry nos dijo que no te perdiésemos de vista.» Dylan da media vuelta, se aparta del coche y se dirige al interior del café.

El interior del café parece sacado de otro tiempo. Casi hasta el punto de que se podría decir que es un mal decorado. Hay un mostrador estrecho con la encimera de mármol, taburetes ya se han bajado y brincan entre las hojas doradas del otoño. El operador y su equipo están ocupados maldiciendo y buscando los elementos de su material que están dispersos por todo el vehículo. Un puñado de parroquianos de revista han ido saliendo poco a poco de la farmacia del otro lado de la calle y se quedan contemplándonos como medio esperando que haya un asesinato o alguien se ponga a mear en la calle. En vez de eso, lo que sucede es que el coche de seguridad aparece ligero como un gato, lleno de guardias de seguridad gordos y sonrientes, todos disfrazados de zánganos de universidad. Aparcan su coche desafiantes en la plaza del pueblo y se quedan sentados, dejando claro que no van a salir. Dylan va hasta ellos como un murciélago en miniatura y mete la cabeza por la ventanilla del coche. Suelta una risita y les pregunta que cómo es que le andan siguiendo. «Barry nos dijo que no te perdiésemos de vista.» Dylan da media vuelta, se aparta del coche y se dirige al interior del café. El interior del café parece sacado de otro tiempo. Casi hasta el punto de que se podría decir que es un mal decorado. Hay un mostrador estrecho con la encimera de mármol, taburetes cromados, una batidora de pedestal verde, vasos de aluminio y un chaval de instituto con gafas gruesas, cinta roja en el pelo y camiseta que

despacha refrescos. Dylan se mete rápidamente en el servicio de hombres y se pone a gruñir y a piar como un pájaro. El chaval de los refrescos nunca ha oído hablar de Dylan, pero dice que su hermano mayor tiene todos sus discos. Después de veinte minutos de colocar luces potentes para la secuencia, Ernie Eagle se pone a tamborilear con los dedos en la puerta del servicio de hombres y apoya su oreja gigante en ella. Tras unos cuantos intentos prueba a abrir, sólo por si algo va mal dentro. Dylan se ha ido, dejando una ventana abierta que enmarca el azul pálido de un cielo de otoño.

ESCENA DEL ALQUIMISTA

EMPERADOR (Ginsberg): Me dijo un pajarito que tiene usted ciertos poderes.

ALQUIMISTA (Dylan): Oh, no soy yo, pero ya sé a qué se refiere.

EMPERADOR: ¿No es el Alquimista?

ALQUIMISTA: No, pero lo he visto andar por aquí con sus bolsas llenas de botellas. Hablamos de vez en cuando.

EMPERADOR: ¿Y qué dice?

ALQUIMISTA: Nada especial. Le he visto realizar ciertos gestos misteriosos, sin embargo. Nunca le digo nada. Sólo lo miro.

EMPERADOR: ¿Y qué hace?

ALQUIMISTA: Unas veces cosas muy pequeñas y otras veces muy grandes.

EMPERADOR: ¿Como qué?

ALQUIMISTA: Bueno, una vez lo vi transformar fuego en hielo. Fue interesante. Todo el lugar se fundió.

EMPERADOR: ¿Estaba justo allí?

ALQUIMISTA: Justo en medio. Pero me quedé muy quieto para no perturbar su actividad. La mayoría de la gente salió corriendo del local, pero yo me quedé allí mirando.

EMPERADOR: ¿Y qué pasó entonces?

ALQUIMISTA: Bueno, pues sin saber cómo estábamos rodando sobre el hielo. Pero él hacía una suerte de danza. Me enseñó también otras cosas, pero no las digo.

EMPERADOR: ¿Y eso?

ALQUIMISTA: Porque quiero que vuelva y me enseñe algunas más.

EMPERADOR: Bueno, la razón por la que le pregunto es porque estoy un poco preocupado por el Imperio.

ALQUIMISTA: ¿Y eso por qué?

EMPERADOR: Todo el mundo está entrando en bancarrota, y teniendo en cuenta que yo soy el Emperador considero que es mi deber sacarles del apuro de algún modo.

ALQUIMISTA: Bueno, pues quizás yo pueda hablar con él a su favor. ¿Necesita oro o rayos?

EMPERADOR: Algo que sirva para pagar las facturas.

ALQUIMISTA: Bien, ¿y a quién le debe?

EMPERADOR: A ciertos seres invisibles. Nadie está seguro.

ALQUIMISTA: ¿Y cómo se metió usted en esa situación?

EMPERADOR: La heredé.

ALQUIMISTA: Bien, veré qué puedo hacer por usted, pero ya he dicho que no soy él.

EMPERADOR: Se lo agradeceré de verdad.

GRAN IMPULSO PARA LA SOLICITUD DE UN NUEVO JUICIO A HURACÁN CARTER

Trenton, N. J. (AP) - La solicitud hecha por Rubin «Huracán» Carter de un nuevo juicio por su condena por triple asesinato obtuvo un gran impulso el jueves por parte del Tribunal Supremo de Nueva Jersey, que prometió revisar el caso «de modo acelerado».

La acción anula la de un tribunal de apelación intermedio que a principios de año dictó el juez Samuel A. Larner, del Tribunal Superior, y que denegó un nuevo juicio a Carter y al otro acusado, John Artis.

Carter, ex boxeador de peso medio, dice que es inocente de los asesinatos en un bar de Paterson en junio de 1966 por los que Artis y él fueron condenados en 1967.

Dos testigos clave de la acusación que habían situado a Carter y Artis en la escena del crimen se han retractado de partes sustanciales de su testimonio.

The New York Times

Rubin Huracán Carter y Bob Dylan

CHARLA DE POETAS

Cantidad de charla de poetas por el aire. «Improvisadores», según Ginsberg. Como si el acto de hacer fluir palabragramas fuera una marca dada por Dios en el momento en que apareces resbalando entre los muslos de tu mamá. He visto y oído a Neuwirth sacarse algunas frases notables de lo más alto de su cráneo, eso seguro. Los dos cantaban y hablaban. También montones de punzante sarcasmo. También Allen tiene su propia marca de arreglos por asociación. La lista se alarga y se alarga pero a mí me resulta difícil entender la creencia de que eso está en la sangre y no es un proceso elaborado. Considerando que no hemos nacido con ningún lenguaje de palabras, para empezar, debe de haber algún tipo de sistema de pensamiento al que un poeta pueda engancharse. Durante años. Escribir canciones es incluso otra historia. Incluso más controlada. Según recuerdo, fue el propio Allen el que empezó en la prensa con ese tema de que Dylan fue el primero en llevar la poesía a las máquinas de discos. ¿Qué quería decir? ¿Excluyendo a Hank Williams? ¿A Richard «Rabbit» Brown? ¿A Jimmie Rodgers? Supongo que quería referirse al sentido de la poesía como ampliación de la conciencia a través de la canción o algo así. No consigo entenderlo. Lo que es seguro es que cuando te lo encuentras no hay dudas. Te das cuenta de que en tu cavidad torácica sucede algo que no había sucedido antes. Cuando un hombre es capaz de rimar «alga» con «valga» y hacer que tu corazón pegue un salto… eso es poesía. Y qué pasa con las obras maestras de Johnny Ace en do, la menor, fa y sol que Dylan y Baez interpretan a dúo con sencillez estremecedora. Ahí va un ejemplo de cómo lo arman:

Just let me love tonight
Forget about tomorrow No tears no sorrow
Never let me go.

[Deja sólo que te ame esta noche
olvídate de mañana
nada de lágrimas ni penas
nunca dejes que me vaya.]

Fíjense de qué modo incluso visto en una aburrida página impresa adopta una curva elegante y no desperdicia ninguna palabra. Todavía mejor, vamos al estribillo:

A million times or more, dear
You said we'd never part
But lately I seem
A stranger in your heart.

[Un millón de veces o más, cariño
dijiste que nunca nos separaríamos
pero últimamente parezco
un extraño en tu corazón.]

Naturalmente, se pierde la asombrosa línea descendente de los bajos que marca sus emociones hasta el punto mismo en que llega el corte y se une al verso siguiente. Esto no pretende ser una lección de lírica, sino simplemente un homenaje al señor Ace. Sin embargo, en cuanto a la economía del lenguaje, Dylan y Levy nos han salido realmente con una joya: «Oh, Sister.»

Oh, sister, am I not
A brother to you
And one deserving
Of affection

And is our purpose
Not the same on this earth
To love and follow
His direction.

[Oh, hermana, no soy yo
tu hermano para ti
y uno que merece
afecto

Acaso no es nuestro propósito
el mismo en esta tierra
amar y seguir
esa dirección.]

Cualquier análisis de las letras está destinado a convertirse en un latazo, como el de una discusión en profundidad sobre psicología freudiana, y en cualquier caso pertenece al dominio de los críticos. A mí me interesa el proceso interior, el sistema de intercambio celular que se produce según las palabras van deslizándose del pasado al presente. Una cosa que me atrapa en las canciones de Dylan es cómo hacen surgir imágenes, escenas enteras que se te representan con plenos colores cuando las escuchas. Es un cineasta del instante. Probablemente las escenas no son iguales para todos los que escuchan la misma canción, pero me gustaría saber si alguien ve el mismo parque pequeño, verde y lluvioso, el mismo banco y la misma luz amarilla y la misma pareja de personas que veo yo que salen de «A Simple Twist of Fate». O la misma playa en «Sara» o el mismo bar en «Hurricane» o la misma cabaña en «Hollis Brown» o la misma ventana en «It Ain't Me» o la misma mesa y el mismo cenicero en «Hattie Carroll» o el mismo valle en «One More Cup of Coffee». ¿Cómo se convierten las imágenes en palabras? ¿O cómo se convierten las palabras en imágenes? ¿Y cómo logran hacer que sientas cosas? Es un milagro.

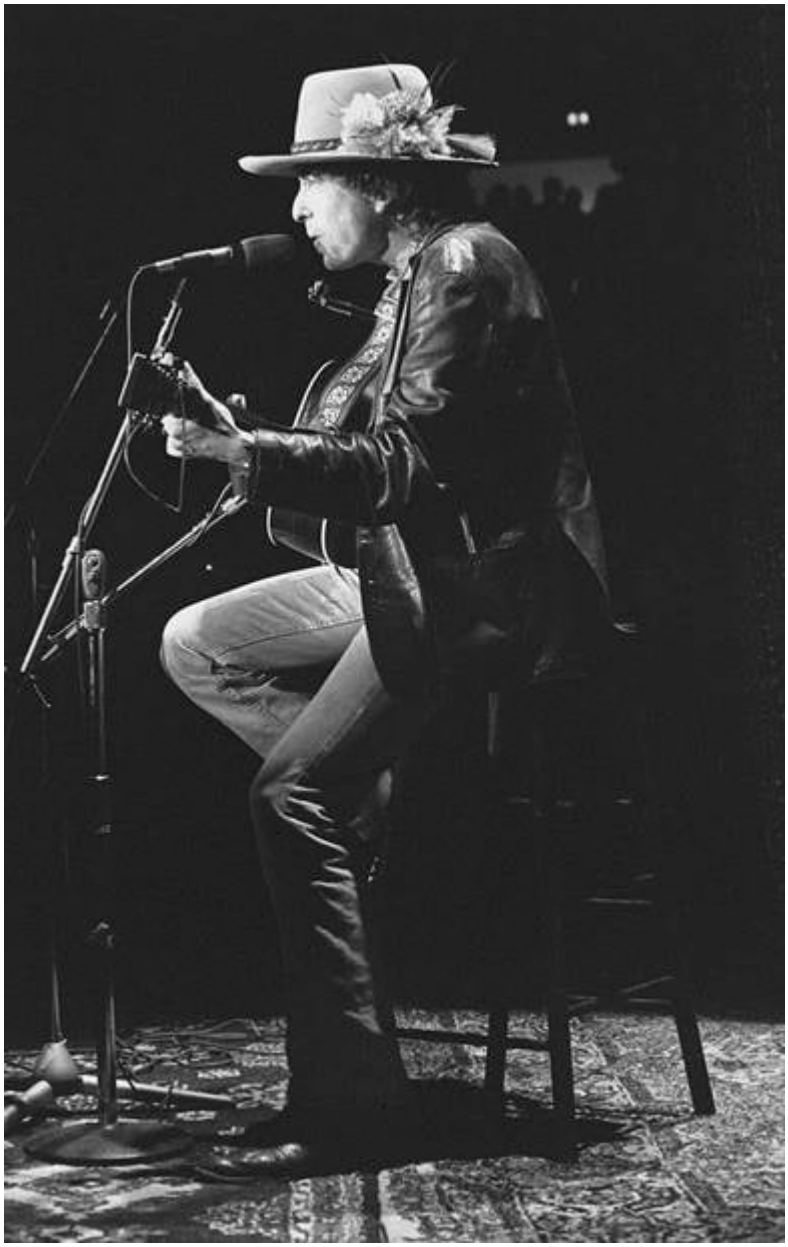
SENTIDO DE LA MEDIDA

Dylan se ha comprado un perro. Del tamaño y forma que le encajan perfectamente. Un cachorro hembra de sabueso. Y en celo, para rematarlo. Suelta gotas rojas por los vestíbulos de los hoteles de moda de aquí a Montreal y vuelta. Se caga en cualquier rincón de la pesadilla de un *maître*. Roba comida de lujo. Arrastra a Dylan como la perra que es. Consigue que la paseen los guardaespaldas negros, «Gary el Apuestas», «Barry el Jevi», «Louie el Pescados». Tiene hambre constantemente, y tal vez también lombrices. Ya en una ocasión anterior vi esta facultad del «Gran D» para reproducir su forma física en el mundo exterior. Un sentido secreto de su propio tamaño y el efecto visual para todos los testigos. La escena es en las pistas cubiertas de tenis del Hotel Seacrest de Falmouth, Massachusetts. Extraña arquitectura a base de verde donde llamean unos conductos gigantes de aire en blanco Lichtenstein colgando del techo. La caverna entera destinada al adicto al tenis con dinero que quemar y la salud en la cabeza. La Rolling Thunder Revue se ha comido todo el espacio con unos gigantescos altavoces negros monstruosos, baterías de focos, un enorme telón de fondo amarillo, instrumentos, amplis, micrófonos, dos cañones de luz Super Trooper montados desde atrás como si fuera artillería antiaérea, una mesa de comedor repleta de café y chucherías y queso cortado y jamón y nueces e higos secos y una máquina de jugar al ping-pong que no necesita monedas y gente pululando por todos los rincones. El escenario está preparado para un «con todo». La pista de tenis ha sido sumergida para este momento. El personal del hotel está invitado a admirarlo desde unas sillas de metal plegables. Va a ser la

primera vez que el espectáculo propiamente dicho tome forma delante de un público. La banda milagrosa de chuletas callejeros de Neuwirth se lanza a hacer sus números. Su capacidad musical no admite dudas. Cada uno por su cuenta podría cargar con una década completa de rock & roll, country/western, boogie-backstep…, lo que quieran. «Completo» es demasiado punk para estos chicos. Pero entonces llega Dylan. Aparece con una Gibson negra en miniatura, pequeña, como un gato, con gafas negras, camisa blanca, y Joan Baez a su lado, exactamente de la misma estatura, con el pelo negro reluciente. Arrancan con «Williams and Zinger» a un extraño compás de tres por cuatro con el acento fuerte puesto en el primer tiempo, para levantar después una serie de notas en stacatto apiñadas en torno a cada frase. La estructura rítmica me recuerda la manera que tenían los petardos Red Devil de explotar solos cuando menos te lo esperabas. Los encendías y echabas a correr y luego, si no explotaban, volvías a acercarte de puntillas a donde estaban. Y entonces, justo cuando te inclinabas para encender la cerilla siguiente, empezaban a estallar todos en una reacción de petardazos en cadena.

Sin embargo, lo que continúa centrando toda mi atención es la serie de complementos que ha escogido. Desde las gafas a la Gibson y la propia Baez. Todo funciona en una zona de hipnosis extrema. No puedes apartar los ojos de esas gafas. Tuve una experiencia similar cuando vi a Ray Charles la primera vez en el instituto. Aquel enloquecido movimiento lateral de la cabeza con el cuello rígido y los lentes que se convertían en un imán visual. De la visión a la ceguera y vuelta a la visión. El personal del hotel adopta posturas de

aficionados al cine. Lo único que falta son las palomitas. No están muy seguros de qué o a quién contemplan. De lo único que están seguros es de los nombres. Lo que aparece frente a ellos es un hombre bajito, ciego y demoníaco que canta palabras extrañas («vacié los ceniceros en un nivel completamente distinto») con una guapa chica mexicana. La perra sabuesa entra y sale trotando entre los manojos de cables de los micrófonos, ajena al ruido, con el hocico pegado al suelo a la caza de alguna corteza. Las cámaras explotan y los Super Troopers parecen a punto de perforar limpiamente unos grandes agujeros en el telón de fondo. Ken, el foto fija, acecha entre bastidores como un cazador de leones. Es notable la aparente falta de esfuerzo con que lo hace todo Dylan. Está en mitad de todo, convirtiendo toda esta locura en algo coherente con su simple presencia.



LA PRIMERA SUPERESTRELLA

T-Bone Burnett, un hombre nada dado a medir sus palabras, revolotea por detrás de mí. Desprende una peculiar aura de locura. Es el único de la gira del que no estoy seguro de que tenga cierto control sobre su lado oscuro violento. No es que dé miedo, es que está loco. Estoy repantigado en un sillón de mimbre, de cara a la zona de ensayos mientras Dylan hace pasar «Hard Rain» como un tornado desmandado. T-Bone no deja de caminar detrás de mí yendo y viniendo en estrechos giros de media vuelta en un espacio de unos tres metros. Pivota los ciento ochenta grados completos sobre el tacón de sus botas vaqueras Tony Lama, se dobla por la cintura y me clava la barbilla en el cuello. Yo no me muevo. Escucho lo que tiene que decir a pesar de que me siento como si me estuvieran atracando en el Lower East Side. Su acento de Texas se me cuela entre los huesos del oído. «Estoy tan orgulloso de ese jodido. La primera superestrella. Me ha dado una razón para vivir. Ahora sólo quiero que me peguen un tiro diez veces al día.» Da media vuelta otra vez, después desaparece en la oscuridad.

Dylan, Ronee Blakely, T-Bone Burnett y Bob Neuwirth

Joni Mitchell, Roger McGuinn y Dylan

ROGER MCGUINN

Roger tiene un teléfono portátil que lleva encima a todas partes, encerrado en un maletín negro que le da toda la aureola de un genio que se echó a perder. Tiene también un ligero aire nervioso que en ciertos restaurantes, unido a su teléfono, hace que parezca un terrorista revolucionario poco convencido de sus motivos. Generalmente viste chistera de seda negra, chaqueta de cazador marrón, pantalones de montar beige, botas de montar y un látigo (el látigo es más para exhibir que para otra cosa). Cuando aparece en el escenario con esta pinta, el público se queda totalmente en suspenso con respecto a su verdadera identidad hasta que Joan Baez lo presenta por su nombre. Luego hace arder el teatro con su «Chestnut Mare» o «Eight Miles High», y generalmente, al final de esto, Burnett lo caza a lazo y lo arrastra del escenario. Nos explica que hasta el año pasado más o menos no había conseguido superar un profundo miedo a que le asesinaran en escena. Dice que normalmente el peligro procedía de la cabina de luces de cada local donde tocaba. Cuando cantaba con los Byrds toda la canción se estaba imaginando las manos del pistolero que saca brillo al cañón con una gamuza y luego el cañón negro del rifle barriendo el escenario a todo lo ancho para encontrar el punto correcto. En el campo de su fantasía también entraban las pistolas. Una pistola con culata de plata perforaba de pronto la masa de cuerpos sin rostro y alcanzaba el blanco. A veces la bala le acertaba y caía redondo, pero el público pensaba que sólo se había desmayado, porque no podían oír el disparo con el ruido de la música. Otras veces la bala rebotaba en la guitarra y le daba a algún otro miembro de la banda. Y otras

veces la bala erraba el tiro sin más. En cualquier caso, sigue vivito y coleando.

GRANDES APUESTAS

Una fuerte sensación recurrente que tengo cuando contemplo a Dylan actuando es la impresión de que se juega Grandes Apuestas. Él dice que «sólo es un músico», y en su interior necesita ese tipo de protección ante las pruebas intelectuales que son una amenaza constante para cualquier artista. Incluso así, no tiene que responder por sí mismo a las repercusiones de su arte en absoluto. Caen sobre nosotros como preguntas y ésa es su esencia. El mito es un medio poderoso porque habla a las emociones y no a la cabeza. Nos traslada a un área de misterio. Creer en algunos mitos es venenoso, pero otros tienen la capacidad de cambiar algo dentro de nosotros, incluso si sólo es durante uno o dos minutos. Dylan crea una atmósfera mítica de la tierra que nos rodea. La tierra por la que caminamos cada día y que nunca vemos hasta que alguien nos la enseña.

MAMA Y SU SALÓN DE LOS SUEÑOS

Springfield, Massachusetts, 7 de noviembre

Aquél fue uno de los días más asombrosos de la gira y parecía haber surgido por pura casualidad. A través de Arlo Guthrie, Ken había contactado con una mujer gitana de ochenta años conocida en el vecindario simplemente por Mama. Llevaba un pequeño bar de comidas, antiguo burdel, allá por el quinto pino de Massachusetts, un lugar llamado Beckett. Entramos allí una tarde templada de sol, después de haber ido parando aquí y allá a lo largo de las carreteras secundarias a fin de dejar unos papelitos blancos clavados en los árboles para que los autobuses los siguieran. «Lay Lady Lay» va surgiendo suavemente de una caseta detrás de un voluminoso manzano. La original camioneta Ford de Guthrie está aparcada delante del local, un sitio que produce inmediatamente una impresión de cosa rara, un aroma a excéntrico. No tiene nada de impresionante, sólo una especie de eclecticismo absoluto en los detalles. Dentro, el espacio de las paredes está ocupado hasta el último centímetro con fotografías antiguas, la mayor parte imágenes de Mama en varias fases de su vida aventurera. En algunas está posando con un grupo de coristas con la guitarra colgada de los hombros, vestida de gitana con todo aparato. En una está bailando muy agarrada a un capitán de barco. Mezclados con las fotos hay toda clase de chismes religiosos: rosarios, crucifijos, vírgenes, últimas cenas, coronas de espinas, etc. Todos ellos hechos de plástico o nadando en esa laminación bidimensional sintética ajada tan usual en el Profundo Sur. Aun así, la cosa no es del todo

deprimente. De hecho, los ricos aromas de los guisos caseros de Mama, que proceden de una cocina diminuta detrás de la barra, lo vuelven todo realmente prometedor y cálido. Nos presentan a Mama de inmediato y ella no se anda con rodeos para dar rienda suelta a su generosa personalidad. Es vírgenes, últimas cenas, coronas de espinas, etc. Todos ellos hechos de plástico o nadando en esa laminación bidimensional sintética ajada tan usual en el Profundo Sur. Aun así, la cosa no es del todo deprimente. De hecho, los ricos aromas de los guisos caseros de Mama, que proceden de una cocina diminuta detrás de la barra, lo vuelven todo realmente prometedor y cálido. Nos presentan a Mama de inmediato y ella no se anda con rodeos para dar rienda suelta a su generosa personalidad. Es una mujer muy voluminosa, no muy alta pero decididamente ancha y carnosa, con el pelo blanco levantado y ondulado, y lleva una de esas *muumuus* hawaianas que termina en algún punto entre las rodillas y los curtidos pies descalzos. Lleva también una diminuta cadena de plata en un tobillo con un corazoncito de plata apoyado en una vena azul. Te mira desde abajo con una expresión a medio camino entre las lágrimas y los mejores deseos. Más tarde, resultará que de repente le entran brotes de llanto y sollozos sin más razón aparente que su recuerdo de algún amor pasado que de pronto asciende hasta el presente. Entonces se rehace inmediatamente y continúa mostrándote algunos de los minúsculos objetos que ha reunido en sus viajes sólo para volver a romper en el mismo delirio, ahogada por la emoción. El resultado es equivalente a andar por un manicomio siguiendo a un pariente con una enfermedad mental leve y benevolente, fingiendo todo el rato que todo está perfecto y enmascarando tus verdaderas reacciones ante esos cambios de humor delirantes. Tiene dos grabaciones de ella cantando sobre las que nos llama la atención, allí mismo, en la máquina de discos. Meto una moneda de cuarto y aprieto los botones. La primera grabación es una cancioncilla interminable en alguna lengua extranjera que suena como una mezcla de italiano y español y que se titula «Mama and God». La máquina de discos está enchufada a un viejo altavoz metálico montado fuera, en el porche delantero, de modo que toda la naturaleza pueda ser partícipe del talento de Mama. Hay algo

fantástico en el modo en que la vida de esta mujer ha evolucionado hasta llevarla a este lugar en el culo del mundo. Su satisfacción con las cosas como están y la manera en que lo ha arrastrado todo a este mundo minúsculo del interior de su Salón. Una rememoración de su pasado que guarda cómodamente a su alrededor sin que le nuble el presente.

Dylan y Mama se saludan

En cuanto aparece Joan Baez, las cosas empiezan a funcionar de verdad. Mama se siente inmediatamente próxima a los rasgos católicos de Joan y rompe en una serie de risitas, sollozos y abrazos a Joan, para luego sujetarla con fuerza por los hombros con ambas manos y mirarla a los ojos, mientras las lágrimas se le deslizan por las mejillas. Aprieta la mano de Joan, se levanta la *muumuu* y echa a correr por un estrecho tramo enmoquetado de escaleras.

-Ven, tengo que enseñarte algo. Algo que quiero que tengas tú. Ven.

Mama arrastra a Baez hasta su alcoba y la hace sentar en la mullida cama azul, justo debajo de un gran cuadro de Cristo en colores, mientras ella revuelve en una cómoda vieja y extrae un traje de novia blanco raído. Hace girar el vestido y se lo tiende a Joan. Hay un instante de silencio de proporciones casi religiosas cuando Mama se acerca lentamente de puntillas a Baez con el vestido.

Joan se debate entre el azoramiento y la emoción al ver la generosidad de la anciana:

-No puedo aceptar esto, Mama. Es suyo.

-Quiero que lo tengas tú. Me pertenecía cuando era una muchacha y ahora quiero que lo tengas tú.

Joan se sumerge en un ropero y empieza a cambiarse mientras Mama sigue revolviendo en otros cajones en busca de más reliquias. Saca unos collares azul brillante con pendientes a juego, broches con piedras, incluso una guitarra verde. Joan emerge del ropero vestida de blanco deslumbrante. El vestido se le ajusta como un guante. Mama empieza a gritar ante esa visión y cubre a Joan de bisutería. Los cámaras se vuelven locos porque les falta película. Los auxiliares corren escaleras arriba y abajo a velocidad atómica intentando recargar los chasis. Cambian las luces. Mama empieza a perorar sobre Dios y Cristo y la «suerte» y la sanación y la medicina y la iglesia y el amor. Joan intenta permanecer firme entre todo ello. Finalmente le pregunta a Mama si le gustaría oír una canción. Mama dice que sí con la cabeza y Joan inicia una cadenciosa melodía country que tiene un efecto hipnótico sobre Mama. Se balancea sobre los talones descalzos con un movimiento lento, los ojos en blanco, las manos cruzadas sobre la curva del estómago, una expresión de puro éxtasis auditivo que se funde por su ancha cara. Los trémolos de Joan resuenan hasta en el último rincón del atestado dormitorio de la anciana. Durante un segundo, todo lo que hay se queda quieto y, simplemente, escucha. Abajo, Dylan y el segundo autobús han llegado. Ya está en medio de una escena improvisada con Ronee Blakely en el bar. Algo acerca de que él es el

groupie de ella. Ella es una cantante famosa, y él la sigue por todo el país sólo para conseguir verla un instante en carne y hueso. Howard está boca abajo en un rincón, chorreando sudor, sujetando la cámara entre las rodillas. Y todo su equipo parece estar en el mismo estado frenético de falta de preparación. El del sonido anda lanzando su equipo por el suelo en un esfuerzo desesperado por poner cinta nueva tiene un efecto hipnótico sobre Mama. Se balancea sobre los talones descalzos con un movimiento lento, los ojos en blanco, las manos cruzadas sobre la curva del estómago, una expresión de puro éxtasis auditivo que se funde por su ancha cara. Los trémolos de Joan resuenan hasta en el último rincón del atestado dormitorio de la anciana. Durante un segundo, todo lo que hay se queda quieto y, simplemente, escucha.

En el Salón de los Sueños

Abajo, Dylan y el segundo autobús han llegado. Ya está en medio de una escena improvisada con Ronee Blakely en el bar. Algo acerca de que él es el groupie de ella. Ella es una cantante famosa, y él la

sigue por todo el país sólo para conseguir verla un instante en carne y hueso. Howard está boca abajo en un rincón, chorreando sudor, sujetando la cámara entre las rodillas. Y todo su equipo parece estar en el mismo estado frenético de falta de preparación. El del sonido anda lanzando su equipo por el suelo en un esfuerzo desesperado por poner cinta nueva en el magnetófono, mientras los chicos de las luces van sujetando los focos a un colgador de sombreros con unas tiras enormes de cinta adhesiva. Dylan anda navegando por su segundo coñac y parece que se lo está pasando bien. Se cambia de una pierna a la otra y va soltándole collejas verbales a Ronee. Ella hace lo que puede por establecer una conversación, pero hay algo forzado en la situación. Entonces, de pronto, Joan Baez despliega su blanca elegancia visionaria y el aire todo se suspende. Aquí es donde la pura casualidad de las cosas se ha impuesto y ha resultado ser mejor que cualquier cosa que hubiéramos podido planear por adelantado. Joan se planta en la barra, en el extremo opuesto a Dylan, y clava sus ojos negros en él. Dylan se encoge ligeramente, pide otro coñac y sonríe de soslayo ante la situación. Las cámaras están rodando, por supuesto. Joan se lanza directamente al asunto.

-¿Por qué mentías siempre?

-Yo nunca he mentido. Eso fue aquel otro tío.

-Ahora estás mintiendo.

Las cámaras zumban. Todos andan de puntillas, exagerando, dándose palmadas de mentira en las rodillas ante lo disparatado del momento. Joan insiste:

-No has parado de llamarme y decirme mentiras.

-Anda, venga ya, tú te crees que todo son chorradas. Admito que algunas cosas son puras chorradas, pero no todas.

-Deja de decir mentiras, Bobby. ¿Quieres que apaguen las cámaras, verdad?

-¿Y qué pasó con aquel novio tuyo?

-No cambies de tema.

-Es por hablar de algo.

Baez le sonríe abiertamente, los dientes relucen blancos por encima del collar azul de Mama.

-¿Qué hubiera pasado si nos hubiéramos casado, Bob?

-Me casé con la mujer que amo.

-Y yo me casé con el hombre que creía amar.

Esto se está convirtiendo o bien en el peor melodrama del mundo o en la mejor confesión cara a cara que se ha filmado nunca. Dylan anda bailando, empapado en coñac, y hace todo lo que puede para esquivar los golpes de Baez al riñón. Y ella se limita a estar allí plantada, lanzándole ironías como bombas de mano. Al fondo, los productores arrugan el ceño. Los músicos se aguantan la risa. Los cámaras van a paso ligero.

-¿Tú no tocabas la guitarra?

-No, eso era el otro tío.

-¿Qué otro tío, Bob?

-Aquel bajito. No me acuerdo de su nombre.

-¡Oh! ¿Te refieres a aquel mocoso judío de Minnesota? Se llamaba Zimmerman.

-Sí.

-¿Por qué te cambiaste de nombre, Bob?

-Por cambiar.

-¿Todavía tocas la guitarra?

-Sí. De vez en cuando. Tenemos una gira.

-Oh, sí, algo he oído. ¿Cómo se llama? ¿Algo que retumba?

-Algo así.

-¿Dónde tocáis?

-En sitios pequeños. Por ahí.

Por fin Arlo anuncia que la cena está preparada. Dylan no tiene hambre. Quiere seguir con el rodaje. Es difícil resistirse a los olores del *gumbo* de pescado de Mama, así que lo aparcamos todo durante un rato y nos lanzamos sobre unos enormes platos del guiso. La verdad es que Bob, ahora, está entusiasmado con la película. Se lleva el plato a otra habitación y monta una escena en que él come con Scarlet Rivera, Ginsberg y Rob Stoner, y Arlo se sienta ante un viejo piano vertical muy baqueteado. Dylan empieza a hablar en la mesa con Scarlet, le pregunta qué pasa en este pueblo. Scarlet lo

pilla inmediatamente y se pone a inventarse un papel de «chica del pueblo». Arlo toca un piano suave, un fondo de película muda para el diálogo. Los equipos de cámaras se están volviendo locos para intentar seguir el ritmo de todo este lío de escenarios, cambios de luces apartando al mismo tiempo los platos de *gumbo* con los codos, y llenando sus tenedores de vez en cuando a la vez que ajustan los ángulos de cámara. Mama va alargándonos postales en blanco y negro de cuando era joven. La escena de la mesa va cogiendo entusiasmo y empieza a convertirse en una secuencia de Mack Sennett a pleno gas, con Jack Elliot que aparece por la ventana cantando cánticos marineros, y luego Ginsberg leyendo algo de *Moby Dick*, y luego Dylan gateando por encima de la mesa, saliendo por la ventana y desapareciendo. Luego aparece Stoner con la guitarra verde haciendo su imitación de Gene Vincent, luego aparece Miller, el perro de Barry, se mete por la ventana, cruza por encima de la mesa entre platos con espinas de pescado y salta al suelo.

Fuera, Joan y Dylan tienen una escena íntima bajo un manzano verde, después bajan hasta un estanque y tiran piedras en el agua, dejando a los cámaras parados a su paso. Todo el asunto se ha desmadrado hasta acabar en esta reacción en cadena de demencia y cachondeo. La película está sucediendo realmente hasta el punto de que casi origina todo este collage de acontecimientos inspiradores. Todo este material no se produciría si no hubiera una cámara delante. O al menos, no de la misma manera.

Súbitamente, ya es de noche y alguien recuerda que tenemos que estar en algún sitio. Otro concierto en algún sitio. El Salón de Mama resplandece en la oscuridad, como si las energías especiales de todo el día se le hubieran transmitido, se hubieran filtrado de algún modo en sus paredes y paneles, lo hicieran latir de vida en mitad de los bosques de Massachusetts. Los conductores de los autobuses salen de su hibernación detrás del volante. Cargamos la impedimenta y otra vez nos ponemos en marcha y dejamos a Mama lavando los platos con su *muumuu.*

SI SE RESUELVE UN MISTERIO

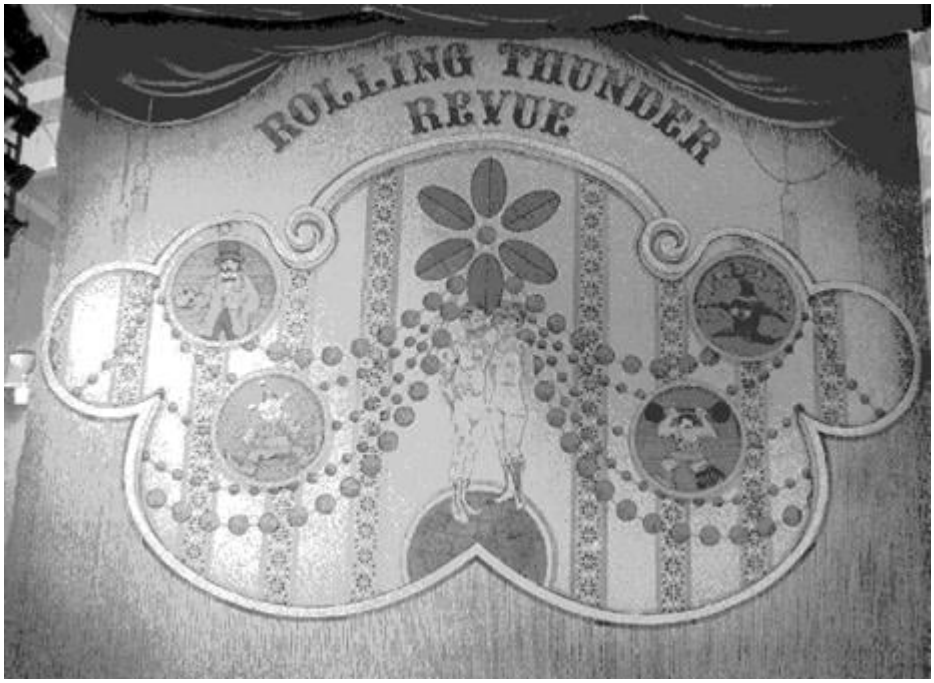
Si se resuelve un misterio, el caso se archiva. En este caso, en el caso de Dylan, el misterio no se resuelve nunca, de modo que el caso sigue en marcha. Sigue produciéndose una y otra vez. Durante años y años. ¿Y quién es este personaje de todos modos?

DURHAM, NEW HAMPSHIRE

Universidad de New Hampshire: la banda callejera punk de Neuwirth suena más resuelta que nunca. «Don't Blame Me» de Steve Soles, «Foreign Love» de T-Bone y «Wasted» de Stoner. ¿Cuántos grupos llevan tantas joyas musicales procedentes de fuentes distintas? Es como si cada uno de los tíos fuera una banda por sí solo. En realidad, cada uno de ellos tiene su propia banda adicional en algún lugar. Y entonces llega el bello yodel cristalino de Ramblin' Jack que te transporta a las Grandes Llanuras. «Good Mornin', Captain.» El «vaquero trascendental». Luego Dylan con la cara blanca se mete con el fraseo de «It Ain't Me», retorciendo la estructura rítmica, alargando los versos hasta el punto de hacerte creer que nunca lo conseguirá. Que nunca podrá encajar esa cosa en la música. Y luego, en el último instante, todo fluye junto. Ronson surge de ninguna parte tirando de sus country&western clásicos. Luego Dylan agarra su Fender eléctrica especial de color naranja y se embarca en una nueva versión de «Williams and Zinger». Mansfield da color con su mandolina. Dylan disparando desde la cadera en «Durango». Se la dedica a Sam Peckinpah. Extraño espasmo con la Fender. En «Isis» se convierte en un bailarín satánico de Haití, sujetando el sombrero como si estuviera a punto de salir arrastrado por un tornado. Crea un tercer cuerpo y lo manda arriba al techo, contemplándolo colgar impotente de las vigas. Stoner entra acuchillando la armonía. Y todo aguanta firme en ese compás cortante del seis por ocho como una de aquellas antiguas tonadas country con violín. Scarlet Rivera, flotando por encima de todo, pasa el arco por el violín como si enhebrara un arpón por el ojo de una

aguja. McGuinn hace «Eight Miles High», un clásico flipe de los sesenta, con Baez bailando boogaloo a toda marcha sentada en el escenario detrás de él. Su pelo negro se agita hasta el punto de convulsión. Se pone de pie y dedica «Virgil Cain» a «un hombre que estaba esta mañana en una barca de pesca y me regaló dos langostas». Dylan vuelve para un segundo número con un pendiente de brillantes colgándole del cuello. «Simple Twist of Fate» hincando con fuerza el duro tacón de su campera en el escenario. Mientras observo ese tacón suyo y veo su precisión y oigo el modo en que resuena con claridad atravesando el suelo, a través de su cuerpo, a través de la canción, dentro del micrófono y saliendo por el pabellón, se me ocurre de repente que todo esto está más allá de la música pop. Esto es un ritual antiguo. La danza de la serarriba al techo, contemplándolo colgar impotente de las vigas. Stoner entra acuchillando la armonía. Y todo aguanta firme en ese compás cortante del seis por ocho como una de aquellas antiguas tonadas country con violín. Scarlet Rivera, flotando por encima de todo, pasa el arco por el violín como si enhebrara un arpón por el ojo de una aguja. McGuinn hace «Eight Miles High», un clásico flipe de los sesenta, con Baez bailando boogaloo a toda marcha sentada en el escenario detrás de él. Su pelo negro se agita hasta el punto de convulsión. Se pone de pie y dedica «Virgil Cain» a «un hombre que estaba esta mañana en una barca de pesca y me regaló dos langostas». Dylan vuelve para un segundo número con un pendiente de brillantes colgándole del cuello. «Simple Twist of Fate» hincando con fuerza el duro tacón de su campera en el escenario. Mientras observo ese tacón suyo y veo su precisión y oigo el modo en que resuena con claridad atravesando el suelo, a través de su cuerpo, a través de la canción, dentro del micrófono y saliendo por el pabellón, se me ocurre de repente que todo esto está más allá de la música pop. Esto es un ritual antiguo. La danza de la serpiente de los indios hopi (antes de que el gobierno les enviase espías con cámaras y magnetófonos) tenía, en su mismo núcleo, la idea de que los danzantes eran mensajeros de este mundo enviados a buscar ayuda a los espíritus de otro mundo. Un mundo por debajo de la tierra, habitado por serpientes. El médium era el tacón del bailarín con el

que aporreaba con ritmo constante y enviaba sus vibraciones humanas a «los de abajo». Si oían sus taconazos, entonces la plegaria tendría respuesta, generalmente en forma de tormenta. Ese trueno que retumba está haciendo ese sonido.



¿DÓNDE VIVE UN HÉROE?

De las fanfarronadas surgieron un montón de héroes de los primeros tiempos americanos. Paul Bunyan, Pecos Bill, todos esos tipos míticos surgieron de «grandes cuentos» fantásticos, la mayor parte basados en la bravuconería masculina y la fuerza sobrehumana. Pecos Bill excavó el Río Grande con las manos desnudas. Paul Bunyan arrancaba árboles gigantescos y se bebía lagos enteros de una sentada. Pero esos tipos fueron absolutamente ficticios. Hubo también los que vivieron de verdad como Jesse James, Billy el Niño, Mickey Free, Búfalo Bill. En torno a ellos crecieron otras historias debidas a una gigantesca brecha de incomunicación entre el impávido intelectual de la Costa Este y los misterios totalmente abiertos del Oeste. Al Este le intrigaban todos aquellos tipos, le producían curiosidad, y el Oeste estaba más que deseoso de suministrárselos junto con todos los «hechos» heroicos adornados de fantasía. De modo que, aun cuando se trataba de hombres reales moviéndose por un entorno real, la mayoría de sus hazañas eran inventadas para satisfacer el hambre y la intriga crecientes de la costa opuesta. Ese hambre nunca se sació. Incluso ahora, cuando las comunicaciones casi han llegado ya a teletransportar las señales del cerebro, hay aún en nosotros un espacio emocional que necesita llenarse. Y sigue siendo el mismo que era entonces. Da igual que la información sobre nuestros héroes esté completamente fabricada, seguimos queriendo creérnosla. Incluso con la llegada de la «desmitificación», nos embriagamos con las idas y venidas de unos pocos individuos. Hay alguien «allí fuera» que hace realmente lo que dentro de nosotros pide a gritos que se haga. Algo que de algún

modo sabemos que está en nosotros, pero que no somos nosotros quienes lo hacemos. Es un héroe. No es un héroe. No es más que un chico o una chica o alguien. Pero son ellos y no nosotros. Son ellos realizando una actuación que tiene sentido total. Sentimos esa misma actuación en nosotros, pero durmiente. Está agazapada y no desarrollada. Así que todos nos aplaudimos a nosotros mismos y en eso se queda todo. «¡Ahí está! ¡Ahí arriba! ¡La humanidad entera en un solo acto!» Y él está haciéndolo. Lo está haciendo funcionar para todos nosotros y lo hace mejor que cualquier otro. No hay nadie que pueda llegar a él en esta esfera en particular. No es exactamente denegación, es revelación. Es como contemplar a Wilt Chamberlain embutir balones por el aro como si se envolviese el almuerzo. Está casi fuera del ámbito de lo posible, pero lo está haciendo de verdad.

CONRAD

DYLAN: ¿Has leído algo de Conrad?

YO: No.

DYLAN: Pues deberías leer a Conrad.

(*Pausa larga*)

YO: ¿Lees mucho?

DYLAN: Algo.

YO: ¿Siempre has leído mucho?

DYLAN: Siempre leo algo.

YO: ¿Dónde consigues los libros?

DYLAN: En las bibliotecas de la gente. Entro en las bibliotecas de la gente y los tienen allí.

PÚBLICO

El público de un concierto tiene cara. Se le ve a punto. Ojos desorbitados. Estimulados por una fuente lejana como en un experimento de laboratorio. Como si el acontecimiento del escenario, la actuación que se contempla y se oye, fuera sólo la imagen en el espejo de algún fenómeno no visto. El único espacio protegido es sobre el escenario. Dylan dice que es el único momento en que se siente solo. Cuando está allá arriba. Cuando es libre de emplear su magia. Nadie puede tocarle. Nadie puede aparecer furtivamente, fingiendo que es sólo un encuentro casual, y vapulear su cerebro, su corazón, su piel, su carne y sus huesos. Todo lo que pueden hacer es imaginarse cómo es. Los ves mirar intensamente su máscara blanca, sus ojos gris verdoso, intentando picotear el misterio. ¿Quién es él entonces? ¿De dónde brota su fuerza? ¿Una aparición? ¿Qué clase de persona conmueve de esa manera? Con el cuello rígido por el soporte de la armónica. Balanceándose de un lado a otro alternativamente. Aguantando un tiempo igual en cada pie. Ahora las botas de vaquero marrones ajadas adquieren la apariencia de enormes patas de cuervo. O de aguilucho. Se convierte en un gallo. Un joven gallo de pelea. La cabeza empequeñecida por el cuerpo. Blanco. Los hombros inclinados como un boxeador de peso mosca. Los pantalones vaqueros caídos sobre las caderas. Bailando para atrás hacia la zona en negro. Caminando hasta salir completamente del cuadro. Ocultándose detrás del negro Rob Stoner. Desapareciendo ante sus propios ojos. Reemergiendo. Llegando al micro en la ultimísima fracción de segundo. En un momento en que cualquier otro artista de la tierra ya lo hubiera reventado. Pero ahora

está sin guitarra. ¿La ha perdido? ¿Ha causado su desmaterialización? ¿Qué tiene en la mano? Entonces, plaf, está sobre ellos antes de que puedan siquiera percibir el choque. La armónica corta el aire como su hermano fantasma. La añade como un personaje a una obra. El público se ha quedado de una pieza. Su cráneo no puede absorberlo. El sonido de arpa es imponente con su valor solitario. Se mete en cada una de las almas a las que llega el sonido. Hace desaparecer el techo y lanza esta masiva química humana a volar en la noche helada. Más allá de todo lo que hubieran podido esperar hace una semana cuando rebuscaban en sus dormitorios siete miserables pavos para comprar una entrada. Aquí está el mago. Ante sus ojos. Pero ahora no son los ojos los que lo ven. Es el corazón. Es el corazón lo que ellos estaban buscando todo el tiempo y ahora se lo ha mostrado como con un juego de manos. Un relámpago de cromo entre los dientes.

HOSTAL DE LA HOSPITALIDAD

Arrinconado en un extremo de este agujero infernal neutro hay un cuarto pequeño con un letrero en la puerta que dice SALA DE JUEGOS. Todo el mundo ha emigrado hacia allí como si fuera un refugio. Joni Mitchell está sentada en el suelo, descalza y con las piernas cruzadas, y escribe algo en una libreta. Se muerde el labio y mira a Rick Danko, que se pelea con una máquina del millón, la golpea con las dos rodillas, después le pega puñetazos en los lados con ambas manos. Juegos enloquecidos de hockey aéreo, discos que vuelan por la habitación y aterrizan en la mesa de billar de alguien. El espíritu animado de la competición se ha apoderado de todos. Andamos siempre encerrados en moteles que están a kilómetros de cualquier sitio. Totalmente aislados, sin vehículo, y sin siquiera un drugstore a una distancia como para ir andando. Las razones para que sea así parecen sobre todo de seguridad, pero después de un tiempo de «aislacionismo» la cosa empieza a cobrarse un precio. El concierto se da en algún tipo de ciudad. El público se nutre de energía e irrumpe en las calles nocturnas con ella. Entonces nosotros nos escabullimos en vehículos sin identificar, estilo agente secreto, hacemos un recorrido a lo largo de las estrechas carreteras secundarias y aterrizamos en otro maravilloso complejo hotelero prefabricado, algunas veces a cien kilómetros del lugar del concierto. Este estilo de «ataque y retirada» constantes empieza realmente a notarse en tu psique al cabo de un tiempo. El «mundo de ahí fuera» adquiere una extraña irrealidad, como si todo se desarrollase en un campo de juego distinto, en otra liga. Y tú te sientes o bien por encima o bien por debajo o apartado a un lado, pero nunca parte de

él. Los titulares del periódico parecen mensajes emitidos desde fuera de las murallas. Incluso los titulares que se refieren a personas de la gira. No hay nada que revele tanto el mito absoluto del periodismo como estar metido en el mundo sobre el que escriben. Esta sensación de estar separado se va colando por todas partes. Hasta pedir comida en un restaurante adquiere un tono distinto de lo habitual, porque estás en compañía de alguien tan conocido que incluso los camareros saben quién es. Y te encuentras a ti mismo inflándote ante el aroma del poder arrogante o vaciándote en una depresión total. Empiezas a desear poder simplemente meterte en la cocina con el camarero y lavar unos cuantos platos o incluso irte con él a su casa y ver la tele en color con su abuela. Lo que sea sólo por recuperar el sabor de «la vida cotidiana normal». La sala de juegos está llegando al límite. Billetes de veinte dólares revolotean sobre las mesas de billar. Pelotas de ping-pong aplastadas contra las paredes. Los guardaespaldas enfrentados a las superestrellas en agrias batallas en las máquinas del millón. Se aceptan apuestas del público. En una esquina está en marcha un póquer descubierto. Después todo se va filtrando hacia los ascensores. La música. A otra noche maratoniana hasta romper el día.

CONJUNTIVITIS

Dave Myers, nuestro operador jefe, ha pillado una conjuntivitis en el ojo que utiliza para la cámara. Aunque debe de resultarle doloroso, eso sólo se suma a la creciente imagen de «bufón» que ha ido adquiriendo el equipo de filmación completo a ojos de los músicos. Una cagada tras otra nos van complicando como si estuviéramos haciendo números preparados para el Gordo y el Flaco. Un hechicero indio llamado Rolling Thunder apareció haciéndose todo el camino desde el Oeste y llevó a cabo una Ceremonia del Tabaco Especial al romper el alba, incluyendo en ella a todas las estrellas principales. Ésta había de ser una secuencia del film a tiro seguro, y el equipo recibió instrucciones precisas de cómo dar con la localización. La descripción era de una mansión «estilo Disney» que «no tiene pérdida», justo saliendo de la carretera principal. Resultó que todas las mansiones tenían un aire «estilo Disney» y el equipo se pasó toda la mañana intentando dar con ésa en particular, pero no la encontraron. Otra vez nos llevamos a todo el mundo a una réplica de aldea de los Peregrinos en medio de una noche gélida, sólo para descubrir que no había electricidad para iluminar los planos y corríamos el riesgo de que las estrellas cogieran una neumonía. Barry Imhoff está fuera de sí de rabia.

-¡Estáis poniendo en peligro mis principios, tíos! ¡Si las cosas siguen así, voy a liquidar del todo el proyecto de la película! ¡Eso es! ¡Ya estoy de eso hasta aquí!

DAVID BLUE

Va apareciendo en diferentes lugares durante la gira. Coge un avión desde algún punto de su propia gira por el Sur cada vez que tiene un hueco. Traje azul de gángster, ojos legañosos, voz ronca, bufanda arrugada, siempre da la impresión de que está tratando de recuperar la salud pero sin conseguirlo del todo. Nos lanza una avalancha de palabras a la hora del desayuno.

-Sí, las groupies siempre se lo toman más a pecho que tú. Te comen vivo. Te copian el estilo y luego le dan la vuelta contra ti. Hey, ¿sabes que Sara, la mujer de Dylan, aparecerá en Niágara? ¿Queréis ver a una tía dura? Pues esperad a que Joni Mitchell y ella se encuentren. Entonces sí que tendréis mierda para la cámara, os lo garantizo. Sara es una chavala majestuosa, una reina, y ahora Joni anda metiéndose en su imperio. Quiero decir que ahora Joni es una reina de verdad. Que está llegando arriba de verdad. Así que esperad hasta que estén delante de la cámara.

Resulta que nunca llegaron a estarlo. Por lo menos mientras yo andaba por allí. En un momento se habló de que las dos harían una especie de escena de sirena griega con los hombres postrados a sus pies, pero eso nunca salió. En algún lugar del viaje hicieron de zorras delante de la cámara, junto con Joan Baez. No sé cómo pasó eso.

ESCENAS POTENCIALES PARA UNA PELÍCULA

Combate de boxeo (Imhoff contra Kemp)

Furgón de tren (Dylan y Jack E.)

Reunión de hermanas (Baez y Blakely)

Jack Elliot: narración sobre los últimos diez años

Burroughs: cortar y pegar revistas (con Dylan en Boston)

E. A. Poe: «Cuervo» (Dylan en Boston)

Wyeth: ragtime para piano (melodrama delante del telón de la Rolling Thunder)

McGuinn: llamar por teléfono a la mujer

Campo de golf: jugar un recorrido completo

«Alabama Song»: el personal completo canta

Salón de billares (Dylan)

Cena de Acción de Gracias: fiesta al aire libre con todo el personal

Partida de póquer (miembros de la banda)

Secuencia ecuestre (Ramblin' Jack, etc.)

Secuencia de superstición (Scarlet, Baez, Ronee)

Scarlet: violín en el bosque

Ensayo acústico (banda)

Escena del milagro

Ginsberg -aula de escuela- da clases de poesía a los poetas

Metraje documental sobre cómo los miembros de la banda entraron en contacto con Neuwirth/Dylan

Secuencia de escucha (Ginsberg, Dylan… escuchando y poniendo nombre a los sonidos)

Ginsberg hablando de religión

Ramblin' Jack hablando sobre diversas formas de viajar: barcos, camiones, caballos

Secuencia de Hablar en Lenguas (Ginsberg, Dylan, Neuwirth)

Allen dirigiendo a todo el personal en una meditación

Secuencia de autostop en carretera

Pesca

Conducción de camión (Jack E.)

John Wilkes Booth (Steve Soles: entre bastidores)

Neuwirth/Dylan

Asesino del Águila: Neuwirth

Artículo «Huracán Carter»

Joni Mitchell

Sacco/Vanzetti

Tienda de donuts (Dylan)

Scarlet en el desván

Napoleón

Burroughs: travelling («Breakers»)

«Thunder lived in the falls»

FANS

Los fans son más peligrosos que un hombre con un arma, porque andan persiguiendo algo invisible. Algún «algo» imaginado. Por lo menos con una pistola sabes a lo que te enfrentas.

EN EL CAMINO DE LOWELL

Allen va delante, en el asiento de al lado del conductor. Algunas de las personas que se sientan en ese lugar, y que saben conducir un coche, se sientan de modo distinto de las que no saben. Allen es uno de los que no saben. Se sienta como de costado, los rizos negros algo canosos dan saltos como muellecitos sobre sus orejas, la cabeza inclinada hacia abajo sobre los *Mexico City Blues* de Kerouac, pilas de otros Kerouac que se le caen de las rodillas: *Dr. Sax, Visiones de Cody, Los vagabundos del Dharma…*, todo un flujo de palabras que pintan unos lugares hacia los que vamos derechos. El primer atisbo de Lowell en un borde de la autopista, es lo contrario de lo que llamaríamos romántico. Esqueletos de edificios negros de ladrillos ahumados, casas de tablones apiñadas, parquecitos cochambrosos, gimnasios marrones. Nos desviamos hacia allí mientras Allen continúa con su narración. Kerouac a saltos por su infancia. Esta vez nos viene siguiendo un reportero del *Rolling Stone* en un Ford Galaxy rojo. Jack, el chófer, hace unas cuantas derrapadas divertidas y deja atrás al sabueso. Paramos en el Salón Nick's, un pequeño y deprimente bar de Massachusetts que es propiedad de Nick Sampas, el cuñado de Kerouac. Dentro hay una especie de movida policial haciendo propaganda al candidato local a alcalde o gobernador o algo así. Bebedores de cerveza con aspecto de curtidos. Todos borrachos a mediodía. Decoración con papel pintado, espaguetis a la carta, pan de ajo. El sitio es verdaderamente ruidoso y en circunstancias diferentes hubiera vuelto paranoico a cualquier palurdo. Sin embargo, todo está preparado para nosotros, y los hermanos Sampas nos reciben con

buen ánimo y auténtica hospitalidad. Nick Sampas tiene cuerpo de caballo percherón y habla como si estuvieras en el extremo opuesto de la sala aun cuando estés justo a su lado. Tony es lo contrario de su hermano. Alto, delgado, de voz suave, en cierto modo te recuerda inmediatamente a William Burroughs. Fuma sin cesar y habla de sus recuerdos de Jack. En la pared, perdida entre docenas de retratos de otra gente del pueblo, hay una polaroid en color de Jack y una chica sacada allí mismo, en Nick's. Tomada como un mes antes de su muerte. Se le ve muy hinchado y como macerado. Nos sirven unos grandes platos de espaguetis y una cerveza fría, mientras pasamos revista a las distintas localizaciones donde queremos aparecer con Tony, que sonríe cuando oye los nombres, como si cada uno le trajera a la mente su propia imagen especial.

Salimos en la gran furgoneta de Tony con la calefacción puesta a toda potencia. A medio camino del cementerio, para visitar la tumba de Kerouac, Tony saca un magnetofón y una cinta especial.

-Esto se grabó en el bar. No creo que lo haya oído nadie fuera de la familia.

Encaja la cinta en su sitio y de inmediato se oye la voz de Jack. Hablando como un fantasma a través del tiempo. Ginsberg lo escucha con una sonrisa. Ahí está, justo dentro de una camioneta, atrapada en su pueblo natal, la voz rasposa y gastada del propio Kerouac. Es evidente que está colocado porque va haciendo asociaciones sin parar, unas veces entonando una vieja canción vaquera, otras marcando el ritmo del lenguaje sobre las rodillas, trenes, borracheras, guardafrenos, California, «el fantasma de medianoche, buena codeína, gritando al tomar la curva, todos los jockeys se marchan en Cadillacs, campos llenos de patatas, el valle de Santa Clara, Morgan Hill, calando en el pasado, fábrica de cemento, parece Kafka, ensaladera del mundo, lo único que tienes que hacer es pillar un aeroplano, llenarlo de mayonesa, volar por encima y soltarla, ahora zumbando hacia el instituto». Nos colamos en el camposanto por unas verjas de hierro negras, están cavando unas nuevas tumbas, nombres viejos sobre piedra: «Mahonney», «O'Keefe», «Killmarten», «Benoit», «Ti-Jean». Nos paramos.

Lowell: notas

Reino de la infancia
pueblo natal - raíces
inocentes - Dr. Sax - orígenes del profeta
lenguaje
nacimiento y muerte en el mismo lugar
renacimiento
vida después - reino después de la muerte
sueño de un mundo fuera
escapar a un mundo más grande
regresar a la seguridad de un mundo pequeño
escapar de la muerte
protección con la religión
superstición
católica
religión/miedo
escapar por los viajes
Ambrose Bierce
Lafcadio Hearn
hablar en lenguas
milagro

Lowell: localizaciones

Tumba
Biblioteca
Instituto
Mill Co.
Iglesia baptista (¿qué santo nos librará?)
Puente de la calle Moody
Almuerzo textil

Orfanato
Gruta
Castillo (Dr. Sax)
Lugar de nacimiento
Salón Nick’s
Salón de billares (jugar con apuestas fuertes - almas y canciones pecados)

CANTANDO SOBRE LA TUMBA

Octubre - Lowell

Allen recita a Shakespeare, el pasaje favorito de Kerouac: «Cómo mi ausencia como un invierno ha sido… ¡qué escalofríos he sentido, qué oscuros días he visto! / ¡Qué desnudez de antiguo diciembre por todas partes!» Es casi justo la época del año en que murió. Árboles enhiestos y desnudos, sábanas de hojas caídas. Dylan y Ginsberg sentados en el suelo, piernas cruzadas, observando una placa de mármol pequeñita, medio enterrada en la hierba: «TI-JEAN [pequeño Jack], JOHN L. KEROUAC, Mar. 12, 1922 - Oct. 21, 1969 - VIDA CON HONOR - SU ESPOSA STELLA, Nov. 11, 1918-.» Dylan va afinando su Martin mientras Ginsberg hace que su pequeño armonio portátil aliente sus notas por el prado. Muy pronto, toma forma un blues lento en el que ambos intercambian versos, y luego Allen se introduce en un poema improvisado a la tierra, al cielo, al día, a Jack, a la vida, a la música, a los gusanos, a los huesos, a los viajes, a los Estados Unidos. Yo intento mirar a los dos tal como se me aparecen en ese momento, sin ninguna idea especial de quién o qué son, sino intentando simplemente verlos allí delante de mí. Y aparecen como hombres corrientes con un propósito secreto en la cabeza. Cada uno de ellos opuesto pero aun así en armonía. Vivos y cantando a los muertos y a los vivos. Sentados directamente en la tierra, encima de huesos, debajo de árboles, y oyendo lo que oyen.

LAS MANOS DE DYLAN

Meñique blanco, arrugado, con articulación doble. Uñas largas que revolotean sobre el armonio de Allen como una criatura con tentáculos. Manos de cuero lechosas, curtidas, que nos dicen más cosas que su cara sobre la música y sobre dónde han estado. Manos antiguas, demoníacas, no humanas, que casi dan miedo.

ESTACIONES

Gruta católica, Lowell, Massachusetts: enorme crucifijo de cemento que sangra en una colina que domina los campos de juego de un orfanato francés. Por detrás, el río serpentea bajo el puente Moody. Dylan escruta el rostro del Cristo. «¿Qué se puede hacer por un tío así?» Unos niños portugueses que han salido de clase, se agolpan en torno a las esculturas barnizadas de las estaciones del Vía Crucis. La lengua de las islas de los mares del Sur resuenan en el aire frío. Viejos franceses desgranando el rosario entre sus dedos planos, arrodillados ante la virgen azul. Ginsberg y Dylan encendiendo candelas votivas en una cueva. Cámaras siguiéndoles por los campos de juego. Críos pequeños, como insectos vivos, zumbando a su alrededor. Pelotas de baloncesto que pasan zumbando junto a su cabeza. Chicos que han llegado de la cultura vudú del grueso océano soleado a la fría y blanca Costa Este. Otros niños ricos enviados desde Manhattan. Cultura católica. Dormitorios en la sexta planta en que se alinean filas de camitas blancas y limpias de pequeño tamaño. Paredes verdes llenas de cruces. Retretes y lavabos bajos. Monjas que caminan hacia la cámara. Caminan por la sala vacía donde un hombre calvo con barba camina a cámara lenta, con los brazos cruzados sobre el pecho, y un *caballero* diminuto sentado en una cama, mirando por una ventana por la que sopla el viento. No se habla. Sólo estar sentados y andar. Sólo el ronroneo de la cámara de 16 milímetros y el arrastrar de la cinta del Nagra.

LOWELL, MASSACHUSETTS

Ahora, frente a unos quemados Kerouac, Cassady y todos los que se fueron al otro mundo, esta vida parece un milagro. Todavía en marcha. Ignorando todo eso. Respetándolo pero no complaciéndose en el remordimiento. Allen y Dylan cantando sobre su tumba. Allen, lleno de vida, esperanza y resurrección. Poetas de esta vida del ahora. Esta vida de aquí. Esta que se vive y es vivida.

Muerto y no lo sé. Vivo y haciendo.
Los vivos tienen una idea muerta.

KEROUAC,
Mexico City Blues

EL INVENTOR

Dylan se ha inventado a sí mismo. Se ha hecho a sí mismo desde cero. Esto es, a partir de las cosas que tiene a su alrededor y dentro. Dylan es un invento de su propia mente. La cuestión no es explicárselo, sino asimilarlo. De todos modos, él se mete en ti, así que, ¿por qué no incorporarlo simplemente? No es el primero que se ha inventado a sí mismo, pero sí es el primero que se ha inventado a Dylan. Nadie se lo inventó antes que él. Ni después. ¿Qué sucede cuando alguien inventa algo fuera de sí mismo, como un avión o un tren de mercancías? La cosa se ve como lo que es. Se ve como algo increíble porque nunca se ha visto antes, pero la gente la absorbe y en ese proceso sus vidas cambian. Pero no andan por ahí intentando entender lo que no es, para siempre. Lo utilizan como un medio para la aventura.

GOAT'S ISLAND, NEWPORT, RHODE ISLAND

Un periodista enfurecido de uno de los periodicuchos locales se ha traído a dos policías para que detengan a Lou Kemp, porque uno de sus guardias de seguridad le «maltrató» ayer por la noche. Al parecer andaba rondando por el hotel en busca de alguna posible exclusiva y se puso a arañar la puerta de Joan Baez a las dos de la mañana. Los de seguridad se lanzaron sobre él y está dispuesto a presentar una denuncia por agresión. Lou es una figura imponente bajo cualquier criterio, pero esta mañana tiene un aspecto especialmente maligno. Los puños embutidos en los bolsillos de cuero negro, la nariz plantada ante la nariz del periodista al borde de noquearlo allí mismo en el vestíbulo del hotel. Ginsberg salta al rescate y le da a Kemp una patada en el culo con su gruesa bota deportiva azul.

-¿Por qué te estás peleando? -le recrimina Ginsberg.

De golpe, la actitud de Kemp se relaja hasta esbozar una sonrisa y se aparta del tembloroso reportero. Los policías permanecen por allí tomando nota, completamente confusos sobre quiénes son exactamente todas estas personas. Allen va ejecutando una danza mientras murmura una oración budista y al fondo se están cargando los autobuses. Reanudamos la marcha, dejando a los policías en una acalorada discusión con el periodista que sigue considerando que no ha obtenido la libra de carne que le corresponde.

TEMOR DE PEREGRINO

No sabían lo que se encontrarían. Así que se metieron en este enorme continente y vararon el barco. Pero estaban cagados de miedo. Aun cuando habían encontrado lo que habían estado buscando, seguían teniendo miedo. Hay locos salvajes desnudos a su alrededor. Hay piratas tuertos que acechan en los puertos, relamiéndose. Hay animales salvajes salvajes. Toda clase de sombras extrañas. Cosas que no se esperaban. Así que ahora rezan con más fuerza que nunca. Levantan fuertes y murallas y arrastran cañones. Reconstruyen Europa sobre una tierra primitiva. Todo está lleno de peligros potenciales. No se fían ni de un alma. Incluso queman como brujas a las de su propia clase. Linchan indios en un santiamén. Disparan a lo loco durante la noche. Saltan ante una sombra. No actúan después de anochecer. Entierran a sus muertos en secreto, en lo más profundo de la noche, para no permitir que el «enemigo» sepa que se están debilitando. Que empiezan a extinguirse. Arriban nuevos barcos para reemplazar a los muertos. Están decididos a continuar. Ya nada va a detenerlos. Contra viento y marea, ellos van a persistir. Van a extenderse pase lo que pase. Pero ahora para empezar ya se han olvidado de por qué vinieron. Hablar con Dios está fuera de cuadro, porque ahora tienen que existir. Ahora simplemente tienen que seguir vivos.

LISTA DE VESTUARIO

3 chalecos de vaquero
- 2 chaquetones de vaquero
- 2 zahones
- 1 chica vaquera
- 1 chica de salón de baile
- 1 chica india
- 1 traje indio
- 1 hechicero
- 1 Napoleón
- 1 Josefina
- 1 Rhett Butler
- 1 Scarlett O'Hara
- 2 guerreras confederadas
- 2 guerreras de la Unión
- 1 corpiño de ángel alas aureola
- 1 capa de gala
- 3 trajes de pionero
- 1 doncella francesa
- 1 Sócrates
- 1 Nefertiti

PROVIDENCE, RHODE ISLAND

El hogar de los Vanderbilt. Extraña sensación de visitar a los fantasmas de la clase privilegiada y nosotros, una clase de nómadas privilegiados, algunas veces cayendo en el estatus de mocoso malcriado. Lleno de oportunidades de yuxtaposiciones radicales con escenas de Jack Elliot vestido de vaquero saludando con la mano a los peones de abajo, desde un balcón a treinta metros. Hectáreas y hectáreas de praderas color esmeralda descienden suavemente hasta el Atlántico azul. Setos esculpidos. Joan Baez aparece detrás, montada a hombros de un gigantesco guardia de seguridad negro que se llama Gene y que, a pesar de los saltos de imaginación obviamente racistas, se parece a Joe Frazier en guapo y con una mirada más inteligente. T-Bone está preparando una salida desde el *tee* en un césped de delante que es el sueño de un furtivo. Falla cuatro veces seguidas con las cámaras en marcha y deja unas cicatrices negras en el prado orgullo del jardinero. En cuanto apagan las cámaras le pega un maravilloso golpe de casi trescientos metros que incluso haría que a Nicklaus se le cayera la baba por el polo Jantzen, luego se deja caer con los brazos abiertos de cara sobre el césped y muerde el polvo. Neuwirth ha dado con un plano vanguardista de sí mismo reptando lentamente sobre el vientre hacia la lente de la cámara en busca de una roca. Ernie Eagle ha roto todas las reglas al dejar la cámara a la altura de la cadera mientras avanzaba hasta lo más profundo del interior del antiguo refugio. (No se permiten cámaras.) Plantamos a Howie Wyeth en los escalones de la casita expresamente construida para los niñitos de los Vanderbilt, justo en medio de dos gárgolas de mármol. Atisba desde

debajo de su gorra calada, leyendo sobre las experiencias de Sir Arthur Conan Doyle con las drogas.

Esto es pura historia. Esto está más allá de cualquier ficción. Para situarnos a nosotros mismos, aunque sólo sea un segundo, en el evanescente tiempo de ocio de los superricos y de los días de antaño en que navegaban hasta aquí en sus yates increíblemente escurridizos desde el puerto de Nueva York y metían en silencio la nariz en esta hierba mullida. Y ahora tenemos esta nueva versión de lo elegante circulando por todo este museo, filmando en secreto hasta lo más profundo de su intimidad, que ahora hace mucho que se fue. Te sacude las células del cerebro convocar la presencia de otra escena dentro de cincuenta años. Quizás entonces sólo haya unas placas negras en el suelo para señalar dónde estuvieron una vez los edificios.

CRIPTA DE HOTEL

No pasa mucho hasta que nuestro propio núcleo adquiere su forma. Quién es quién en la galaxia de las cosas. Una banda pequeña con todas las implicaciones de la Grande. El mundo por el que nos deslizamos como si no estuviera nunca. Pero ahora parece estar del revés. Como que no estamos aquí y a nuestro alrededor la vida sigue en marcha con sus asuntos. La camarera nos sirve y se vuelve a casa. Vuelve a la VIDA REAL. Vuelve con MAMÁ y PAPÁ o el MARIDO o los NIÑOS o todos ellos. Y nosotros sentados. Nosotros sentados comiendo patas de cangrejo en la cripta de un hotel.

BAILE DE MANOS EN EL PEDAL STEEL

La banda está trabajando sobre una lenta melodía country. No podríamos llamarlo ensayo, porque todos se están divirtiendo demasiado. Dylan se sienta en un sillón viejo comiendo un bocadillo de salchicha y contemplándolos a distancia. Mueve la cabeza siguiendo los cambios de acorde. Otros están sentados comiendo algo y apostando cantidades importantes en la máquina de ping-pong. Gary está cosechando un buen botín y lo acrecienta con su pericia y técnica de dedos, empleando ambas manos y lanzando regates mentales al campo de juego, que desafían incluso las leyes de las computadoras. De repente Dylan se pone de pie de un salto, tira la salchicha y sale corriendo directamente hacia la guitarra de slide que nadie está utilizando. Se pone a horcajadas sobre el asiento, pasándose la lengua por los dientes, coge la gruesa barra cromada y empieza a intentar encontrar las notas justas y las escalas que encajan con la melodía. Se vuelven unas cuantas cabezas pero nadie parece esperar gran cosa. La guitarra hawaiana no es exactamente su fuerte. La banda continúa adelante mientras Dylan sigue a la caza de las notas, perdiéndolas por arriba y por abajo. Tiene el volumen bajo para no destrozar toda la progresión que la banda va alcanzando. Se inclina más y más sobre las cuerdas de acero como tratando de ver el propio interior del instrumento, algo en algún sitio entre los espacios, como un mecánico a punto de levantar el motor entero para sacarlo de un coche extranjero pequeño. Sigue trabajando diligentemente otros diez minutos; a

cada momento parece estar a punto de encontrar lo que busca, en un relámpago de inspiración genial. En vez de eso, lo que sucede es que suelta un fuerte suspiro, se echa hacia atrás, sube el volumen y suelta una serie de ruidos aleatorios a lo John Cage. La banda no se inmuta lo más mínimo y cambia inmediatamente a eso. La mano de Dylan va golpeando arriba y abajo a todo lo largo de las cuerdas, la otra mano las pellizca como si pellizcara en un cuenco de chop-suey frío algo alejado. La partida de ping-pong continúa bajo el rugido ensordecedor de este jazz-jambalaya-rock & roll de Nueva Inglaterra.

DANBURY, CONNECTICUT

Necesito urgentemente un coche. En un sitio como Danbury ir andando es sospechoso. Ni siquiera hay veredas de tierra a los lados de la carretera. Intento hacer autostop para recorrer los cinco kilómetros hasta el pueblo, pero acabo yendo a pie todo el camino. Me paro en la farmacia-restaurante del pueblo a tomar unas natillas de chocolate. Tele en color con noticias. Una armería al otro lado de la calle. Cruzo unas palabras con un tío sobre la creciente popularidad de las carreras de galgos en Nueva Inglaterra.

-Van a poner un canódromo nuevo en Connecticut. Pero a los de los caballos no les gusta. Es malo para el negocio.

El cocinero cambia de canal y pone una película de William Bendix.

-Nada de broncas aquí u os dejo la cara llena de dedos -dice William.

Todo el mundo se esconde detrás del *Daily News*. La camarera con marcas de viruelas en la cara fuma, aburrida. El cocinero pasa a la lista de carreras de Belmont. Esto podría ser fácil en los treinta o los cuarenta. Pero no lo es.

Dentro de una reproducción de la ciudad «tal como era entonces». Por la noche. Con chimeneas a fuego bien vivo. Suelos de tierra. Gélido. Mick Ronson en mangas de camisa de rock & roll. Los labios azules. Bobby Neuwirth ha descubierto a un viejo pistolero hermano de un amigo suyo de hace mucho. Lo arrastra hasta aquí entre las sombras intermitentes. Es un tipo enorme y callado. Vestido de Peregrino con barba. Neuwirth jura que es un artista en

el arte de desenfundar la pistola más deprisa que nadie en el mundo entero. Tan rápido de hecho que trataron de llevárselo a Las Vegas sólo para que actuara en un espectáculo contra todos los otros con la intención de jugarse un dinero. Lo citamos para el día siguiente en la playa con las cámaras allí para registrar toda la acción. Y además, encima de su talento manejando la pistola, resulta que es un erudito en H. P. Lovecraft y se conoce hasta el último resquicio de los espeluznantes refugios del viejo en Nueva Inglaterra.

Día siguiente: nos encontramos con él en la playa. Jack Elliot se ha encontrado aislado en lo más alto del mástil de la reproducción del *Mayflower* y no tenemos más remedio que dejarlo allí. Está descalzo y saluda en silencio a todo el público que tiene debajo. Nos vamos hasta una playa de guijarros en la que nuestro pistolero se está preparando para la primera toma. Las cámaras se van centrando en él desde una distancia de unos cincuenta metros. Ya ha hecho sus preparativos y empieza a caminar. Las cámaras ruedan. Llega al punto preciso, saca el cuarenta y cinco de la funda como un rayo, pero de pronto, para consternación de todos los espectadores (especialmente, Neuwirth), DEJA CAER LA JODIDA PISTOLA ALLÍ MISMO, EN LA ARENA.

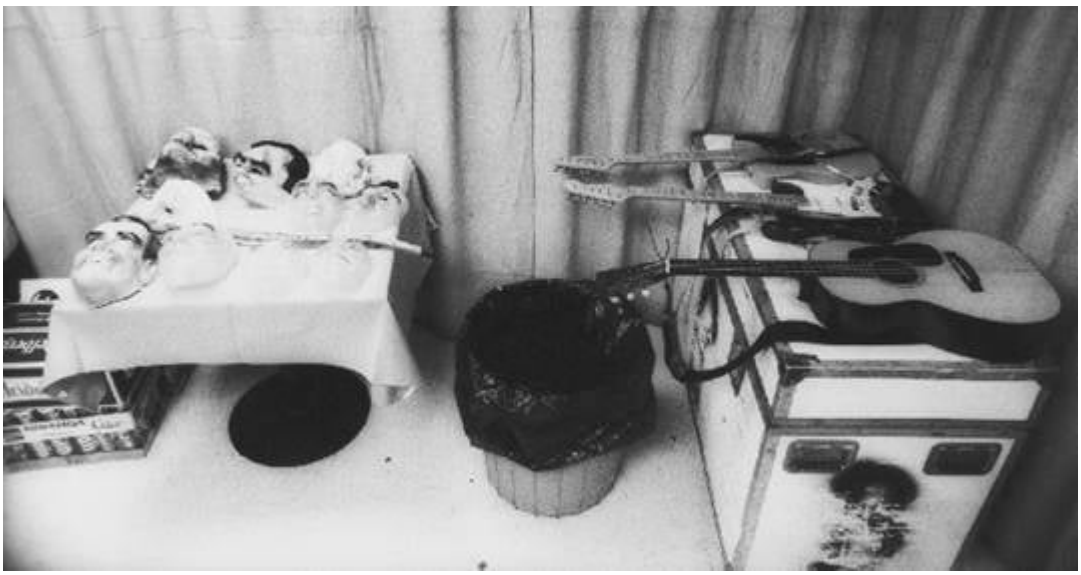
Dylan está deambulando más arriba de la calle, siguiendo a una extraña mujer de la calle vestida con una manta bordada, que lleva un acordeón colgado a la espalda y canta antiguos cánticos marineros desconocidos con una voz medio susurrada.

LIFTING EN LA CALLE CUARENTA Y DOS

Esta noche Dylan aparece con una máscara de goma con su cara que pilló en la calle Cuarenta y dos. La gente se queda estupefacta. Una especie de susurro de pánico se apodera de todo el local. «¿Ha tenido otro accidente? ¿Cirugía plástica?» ¿O se trata de una broma monumental? ¡Un impostor! La voz suena igual. Si es un sustituto, está haciendo un buen trabajo. Sigue durante tres o cuatro canciones con la máscara puesta, después coge la armónica. Intenta tocarla a través de la máscara pero la cosa no funciona, así que se la arranca y la tira allá al fondo, donde están los focos. ¡Aquí le tenemos en carne y hueso! ¡El auténtico! ¡El lifting facial supremo! Es una actuación terrorífica aun cuando no haya sido calculada con esas razones. El público está totalmente atónito y continúa preguntándose si realmente es él o no.

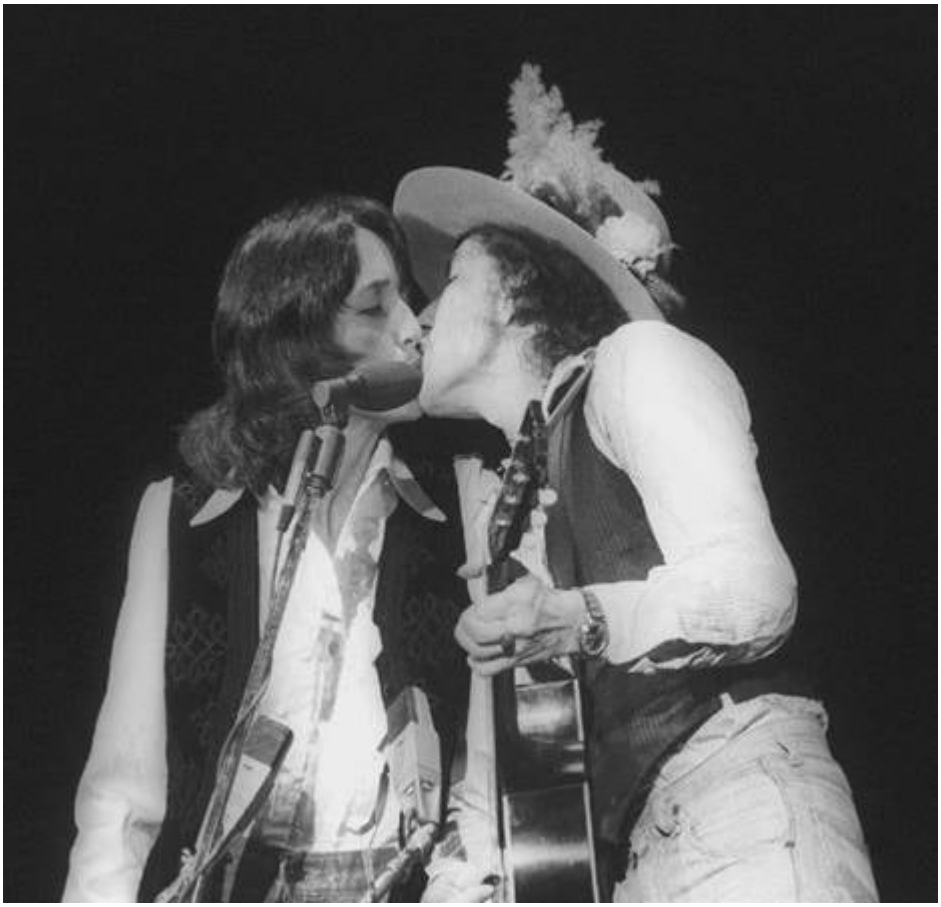
Esta noche Dylan aparece con una máscara de goma con su cara que pilló en la calle Cuarenta y dos. La gente se queda estupefacta. Una especie de susurro de pánico se apodera de todo el local. «¿Ha tenido otro accidente? ¿Cirugía plástica?» ¿O se trata de una broma monumental? ¡Un impostor! La voz suena igual. Si es un sustituto, está haciendo un buen trabajo. Sigue durante tres o cuatro canciones con la máscara puesta, después coge la armónica. Intenta tocarla a través de la máscara pero la cosa no funciona, así que se la arranca y la tira allá al fondo, donde están los focos. ¡Aquí le tenemos en carne y hueso! ¡El auténtico! ¡El lifting facial supremo! Es una actuación terrorífica aun cuando no haya sido calculada con

esas razones. El público está totalmente atónito y continúa preguntándose si realmente es él o no.



EXPLORAR

Toda la tierra está ya descubierta. Puede que algunas partes ocultas de Sudamérica sigan estando fuera de la vista, pero esta tierra de aquí está descubierta. Hasta el último centímetro. Ahora el movimiento es por el espacio interior. Nuevas religiones. Seminarios Erhard. Gurúes. Meditación. El espacio exterior es demasiado caro y sólo está al alcance del gobierno o la gran industria. ¿Dónde encaja la Rolling Thunder en todo esto? Es demasiado sencillo descartarlo como simplemente otra gira divertida en torno a la presencia misteriosa de Dylan. Hay involucrados demasiados elementos que la mantienen navegando en direcciones imprevistas. Aun cuando su primera intención no fuera iniciar una expedición, se está convirtiendo en eso debido a un algo que surge de toda esa gente. Cada uno ha pasado por algo hasta llegar a este punto. Ginsberg no hace todo este viaje porque sí, después de recorrer América de un extremo al otro durante más de cuarenta años. Después de ver a amigos íntimos morir y separarse de él. Después de estar sentado con cadáveres en cremación en las orillas del Ganges. Baez ha pasado noches en un refugio antiaéreo en Hanoi durante el peor ataque aéreo de la guerra, hizo la marcha hasta el Pentágono, todavía sigue creyendo en la fuerza del pacifismo, contempló su «imagen pública» como si perteneciese a otra persona.



Baez y Dylan

Y Dylan no ha estado exactamente en coma todos estos años. Así que, ¿cuál es la historia? Más allá del impacto del carisma individual y la personalidad de todos, algo acecha. Es como si todos pudiéramos olerlo pero ninguno pudiera señalarlo con el dedo. Es casi como si tuviera que ser así para que pueda continuar la búsqueda. Una vez Gregory Corso me definió la poesía como «un sondeo mágico». Me dijo: «Un poeta lo asume todo. El lote entero.» Si la poesía tiene el poder de transformar las emociones del mismo modo que la música, entonces al mismo tiempo tiene que ser descubierta medio en la oscuridad. Se descubre a sí misma. Permite que se la conozca mediante la revelación al poeta. Al ayudar a la gente, Dylan es ayudado también. Esta camaradería crece.

EL FAMOSO TRUCO DEL TELÓN

El escurridizo Jacques Levy, que arrasó en el off-off Broadway hace unos años con su estilo brechtiano directo, es el responsable de por lo menos un acto de desafío teatral. Es un truco que funciona absolutamente. Un número de imagen y sonido con el que hasta el último público de nuestra gira se moja los pantalones. Así es como se hace. Dylan termina la primera parte de su actuación y deja el escenario echando humo. Neuwirth va hasta el micrófono y le dice a la masa gritona que Dylan volverá al cabo de quince minutos. Baja el telón y es el intermedio. Un corte en la actuación. Igual que en la ciudad, sólo que en este caso el público se retira para fumarse unos porrillos en vez de mascar chocolatinas Cadbury de cinco dólares. Pasan los quince minutos. El público vuelve en aluvión a sus asientos plegables de metal. De pronto, las luces se atenúan. El público empieza a rugir, pero entonces algo sucede. Se oyen unas guitarras acústicas en medio del rugido. ¿De dónde vienen? Entonces se introducen dos voces. Un hombre y una mujer. Pero ¿de dónde vienen? El público empieza a escuchar y a calmarse, pero no consiguen ver de dónde nace ese sonido. Se esfuerzan en ver el escenario, pero el telón sigue bajado. Y entonces las voces toman carácter. Es Dylan, sin duda, pero ¿quién es la chica? Y entonces lo comprenden en un relámpago. Lo entienden sólo con los oídos. Ese sonido agudo, totalmente femenino, le acompaña. No sólo le acompaña, sino que se convierte en una sola voz con él. Visiones de Martin Luther King, Washington D.C., 1964, Kennedy, Birmingham, una riada de imágenes que pertenecen a toda una década llega a caballo de las palabras de «Blowing in the Wind». El telón sube

lentamente y allí quedan los dos a la vista. Baez y Dylan, como las manos izquierda y derecha de un poema épico norteamericano. El público se lanza inmediatamente hasta el final. La canción que cantan ellos no puede ni oírse en medio de esa tormenta de emoción. Los cantantes hacen una pantomima frente a aquel océano de aplausos. Baez está perfecta. Como un atleta en forma con su chaqueta negra de terciopelo, su pelo mexicano negro brillante cortado mucho más corto que en sus días de folkie. Parece complementarse con Dylan de una manera que nadie más que cante con él puede hacerlo nunca. Es como si conociera hasta su último movimiento sólo por haber estado allí anteriormente. No tiene necesidad de mirarle los labios para evitar que sus cambios de fraseo la pillen con la guardia bajada. Lo intuye con el propio cuerpo.

CARNE CRUDA

Me invade un extraño miedo, que el público pueda devorar de verdad a Dylan y la banda. Parece muy probable. Paso miedo por ellos. La simple idea de que pueda yo ser testigo de ello. El conjunto del público adopta la forma de un animal. Ya no hay individuos, sólo una masa que palpita, feroz y tentada por la carne cruda. Juntos producen un sonido como un retumbar primitivo. Aplastan los vasos de plástico, muerden las mantas, destrozan botellas en todos los rincones. Salgo de allí deprisa. A la noche.

CATARATAS DEL NIÁGARA

Nos traen un pedido de cien pavos de valiums al Niágara Hilton como si fueran alitas de pollo. El lote completo incluye a un hombrecito de la farmacia que lleva gorra de béisbol azul, abrigo y chanclos de goma. Cada receta servida en su propio sobrecito blanco de farmacia con el nombre del cliente escrito a mano. El médico estuvo aquí esta mañana, despachando en su propia habitación especial, con su propia jeringa especial, embutiendo a todo el mundo cantidad de vitamina B. Yo también me di un toque. No noté nada. Por no decir que me parece El Timo de la Vitamina.

Es probable que éste sea el peor hotel hasta ahora. Uno de esos monstruos que todavía no está terminado pero que se pretende que algún día sea algo verdaderamente fantástico. Se pretende que llegue a ser tan fantástico, de hecho, que, pase lo que pase, cuando tienes una llave en este antro, se te garantiza que no sabrás dónde estás hasta el día que te vayas.

EL ASESINATO DE PASOLINI EN EL PERIÓDICO

13 de noviembre
New Haven, Connecticut

Echó mano al paquete del chaval. Un chaval de diecisiete años. El chaval se cabrea. Ultraje. Lo deja inconsciente a golpes. No sabe a quién le ha pegado. Un viejo salido, nada más. Le pasa por encima de la cabeza con un coche deportivo. New Haven es una ciudad falsa. Dos conciertos, agotadas las localidades. Lleno hasta los topes. La violencia se respira a través de la piel. Tíos de la universidad que van a ver al profeta. Como está cerca de Nueva York, el concierto de New Haven atrae a algunos peces gordos como Albert Grossman, Bill Graham y Patti Smith que aparece con pinta de guerrero samurái en paro. Joni Mitchell viene en avión desde la Costa y se pone en sintonía en el baño. Dylan es magnético. No sólo arrastra a las multitudes, también a las superestrellas. ¿Quién no tocaría con Dylan si se lo pidiera? Hasta Yehudi Menuhin lo haría si Dylan no tuviera ya a un gitano con el violín. Neuwirth anda arriba y abajo del camerino con un dato envenenado. Mordiendo el freno. El maquillaje se le escurre de los ojos. Gruñendo por la atmósfera cargada entre bastidores. No hay duda de que simpatizo con su actitud. A mí me parece que los músicos, pase lo que pase, deberían tener un espacio para ellos donde poder respirar antes de ponerse en marcha de dos a cuatro horas a soltar música ante un público de desconocidos locos de atar. Sería injusto creer que quien consigue

conmover hasta tal punto a los miles de personas que conforman el público en estos conciertos, no pagan un alto precio en términos de su propia energía. Mientras tanto las zonas de bastidores se van llenando deprisa.

JONI MITCHELL

He aquí a alguien que simplemente aparece, simplemente sale con una guitarra normal, una boina y una historia a base de un collage semántico. Y en cada ocasión el local echa humo como un incendio en el monte. Y ella está allí de pie, en medio, fingiendo que afina una guitarra ya bien ajustada, hasta que la cosa se tranquiliza. No hay duda de que el elemento sorpresa, que el público no sepa que ella está en el cartel, tiene parte de culpa en esas explosiones, pero hay algo mucho más importante en el asunto: el hecho de que la gente escucha cada una de sus palabras. Su música no tiene nada de rebelde, pero sus maniobras con las palabras llegan casi al borde de lo increíble. «Tengo en la cabeza un gran dilema y una enorme, enorme, enorme sed.» Parece haber integrado una estructura de jazz única uniendo letras y construcción rítmica, e incluso haber logrado prendar a las masas con ese sonido.

SETECIENTOS KILÓMETROS DE AUTOBÚS

Después del doble concierto en New Haven estamos en el autobús a la una de la mañana, preparados para recorrer setecientos kilómetros hasta Niágara. Gene, el guardaespaldas, recorre los pasillos diciendo que si no consigue una cama para él se cogerá una con alguien dentro. «No me importa. Siempre he dormido con cuatro hermanos y dos hermanas. Me importa un comino.» Una de las chicas de contabilidad se da la vuelta y Gene iza su masiva estructura hasta la litera. La verdad es que estos autobuses son un gran progreso respecto del estilo Greyhound. La mitad de nosotros por lo menos tiene la oportunidad de estar horizontal el tiempo suficiente para pegar unos pocos ronquidos. Nos van pasando unos cuantos sándwiches de pavo y zumo de naranja. Avanzamos en la noche helada entre las improvisaciones de Ginsberg con su armonio, salmodiando un poema funerario de Blake sobre el murmullo del Diesel. Ronson va embutido en un chaquetón de piel de mapache e intenta relajarse. Hacia las cuatro de la mañana cae una tormenta de nieve y el autobús avanza a un trote lento. Los conductores se paran a tomar café. Ahora recuerdo la vida del gitano. Me invade el recuerdo de los días en que trabajaba en un espectáculo ambulante. Actuaciones de una noche en altares de iglesias protestantes. Durmiendo en las alcobas vacías de familias desconocidas. Haciendo la maleta y volviendo a marchar. La simple movilidad te trae el pulso de la gran aventura. Incluso si lo único que hacemos es subir y bajar por Nueva Inglaterra como Lewis y Clark, exploradores perdidos en

busca de los últimos límites, donde la tierra se encuentra con el agua y desaparece de nuevo. Nos metemos en un Ho-Jo's para desayunar al alba, unos donuts envueltos en plástico y un café de color té. Los zombies locales se quedan todos alucinados ante la visión de Ronson con pinta de doble de Marlene Dietrich, maquillaje de ojos azul, cabello rubio ondulado y con laca y el chaquetón de mapache sujeto con arte bajo la mandíbula. Baez está en plena forma y parece recién llegada de una semana de vacaciones en Florida, su risa franca salta por esta avanzadilla del plástico. Sólo pensar que no estamos atrapados para siempre en este tugurio es una gran liberación.

La cola para comer

NOTAS DE AUTOBÚS

Debo a Mel 20
Habitación: 817 - Dave Myers
909 - Larry Johnson

«Estoy tan salido que ni siquiera el agujero de ozono está a salvo.»

Pawcatuck Falmouth
Taunton - R.R.4 (carreras de galgos)

Manuscritos de Kerouac (en poder de su hermano o del banco)
St. Jean Baptiste

«Encantamientos demoníacos»
«Evidencia espectral»
Sentado en el cofre
«Nacimiento monstruoso» (fornicación con el diablo)
«Familiar de bruja»
Mensajero conchabado
Zorzal gato

Bridget Bishop de Salem (condenada por bruja - ahorcada 1692)

Mayflower - Jack/Bob

Roca de Plymouth - Jack/Allen
Filmar pueblo hoguera
Alquimista
Disfraces
Poe
Melville
Ronee sentada en el pecho de Blue
«Just Like a Woman»
Algo de predicador (patillas, pelo blanco)
Predicador a puñetazos
«Algunas cosas no tienen solución.»
«Es un problema de radio.»

STOCKBRIDGE, MASSACHUSETTS

Ronee Blakely me cuenta que ha estado a punto de morir cuatro veces. Una vez en un incendio, otra asfixiada, y otras dos que no puedo recordar. Es mi cumpleaños y estoy sentado delante de tres pasteles, una pluma gigante, una rana de peluche y otros objetos diversos. Se supone que éste es el pueblo natal de Norman Rockwell y el equipo de filmación trata de montar un escenario con Rockwell pintando el retrato de Dylan. Por aquí todo es muy de artes y oficios. El hotel es el Red Lion Inn, uno de esos albergues antiguos de carretera con camas de latón y sogas que cuelgan de las ventanas para las salidas de incendios. Los suelos están combados hasta el punto de hacerte sentir a bordo del *Titanic* y toda la iluminación es a base de velas. Delante mismo, la policía ha capturado a dos rateros adolescentes del pueblo que han robado unos sillones de mimbre antiguos del porche delantero del hotel. Los agentes van sacando metódicamente las sillas del maletero de los chavales y volviendo a colocarlas una a una. El gerente se mantiene al margen, con mirada altiva.

Más tarde, estoy en el comedor en penumbra, solo con Lou Kemp, celebrando una reunión secreta sobre «lo que hace falta para que esta película despegue». Su idea es que traigamos a Coppola o a Orson Welles y que ellos se hagan cargo de todo el rodaje.

-Queremos pesos pesados, ¿entiendes?

Entiendo, pero no estoy de acuerdo.

BURLINGTON, VERMONT

Justo ahora una nube de tormenta ha estallado sobre un aparcamiento de Vermont. Hay autobuses detenidos. Se está llegando a un arreglo con un excéntrico coleccionista de armas para transportar en secreto bajo la lluvia a cierto personaje que puede que haga o no haga movimientos misteriosos de la lengua acompañados de unas antiguas danzas rítmicas de trance para pasto de las MASAS. La sensación es de que el clima ha dejado las cosas del todo abiertas y aun así debido al nivel extremo de fantasía contenido en nuestras filas la atmósfera no es preocupación nuestra. Nos trasladan a Maine. Somos un animal.

SLIM SHADOW,
Zebra Phantom Newsletter

EL SUEÑO DE UN CHAVAL DE VERMONT QUE NO CONSIGUIÓ ENTRADA

«Le observaba sentado en un sofá. Uno de esos sofás mullidos como marrones con trozos mordisqueados por un perro. Ya sabes, relleno que se sale y todo. Justo al lado hay una escupidera de latón. Está sentado de lado en el sofá con una especie de abrigo encima de las piernas. Una gabardina. Le miro bien y tiene el pelo negro. Grasiento. Lleva algo verde en el pecho. Al principio no sé lo que es y luego veo que tiene tetas. Tetas verdes que llevan unos dibujos como si los hubieran hecho con los moldes de una de esas figuras de gelatina. La verdad, las tetas parecen hechas de gelatina verde, como si temblaran por sí solas. Me pide que vaya abajo a buscarle alguna cosa. Un poco de comida o algo así. Me parece que bagels. Sí, quiere bagels. Y un poco de *pemmican*. Cómo se dice… carne curada. Empiezo a irme pero me llama. Resulta muy sexy, como si intentara seducirme o algo. Empiezo a dirigirme hacia él pero estoy algo asustado. Creo que intenta seducirme.».

E. A. POE

Entramos en contacto con un extraño chulo de billar del Lower East Side que al parecer hace unas imitaciones asombrosas de Edgar Allan Poe. Puesto que la gira tiene que aterrizar en Boston, pensamos que sería una oportunidad perfecta para buscar la casa originaria de Poe allí y hacer una escena de Dylan con él. Invitamos al tipo al hotel para ver una muestra de su talento. Entra en la habitación un individuo bajo, calvo, impreciso, con una maletita en la que lleva el traje de Poe. Se retira al cuarto de baño para hacer la transformación. También estamos pensando en la posibilidad de meter de algún modo a Burroughs en esta escena; tal vez él pueda hacer un collage de cortar y pegar con Dylan y Poe. Burroughs quiere el dinero por adelantado y también tener una cena formal con Dylan para poder conocerlo antes de rodar nada. Dylan se resiste a la simple idea. De repente, Edgar Allan Poe surge del cuarto de baño, un tío clavado. Asombroso. Ojos furtivos, levita negra, puños rizados, la esencia absoluta de Poe tal cual. A pesar de que hemos pedido al personaje que recite algo menos conocido que «El cuervo», en cuanto sale del baño empieza con la primera estrofa: «Una vez, en una medianoche tenebrosa, mientras cavilaba débil y cansado…» Ya no hay manera de pararlo. Además, recita completamente hipnotizado. Por su interior corre toda la obsesión demoníaca de Poe. Todo el mundo se aprieta contra las esquinas de la habitación de hotel mientras Poe va declamando su visión paranoica. Es una actuación privada electrizante que, una vez más, no podemos registrar en película. Para cuando llegamos a Boston las cosas están ya tan disparatadas en el departamento de cine que ya

nunca conseguiremos meter a Poe en la acción. El hombre bajito vuelve a hacer la maleta y se marcha.

BURROUGHS

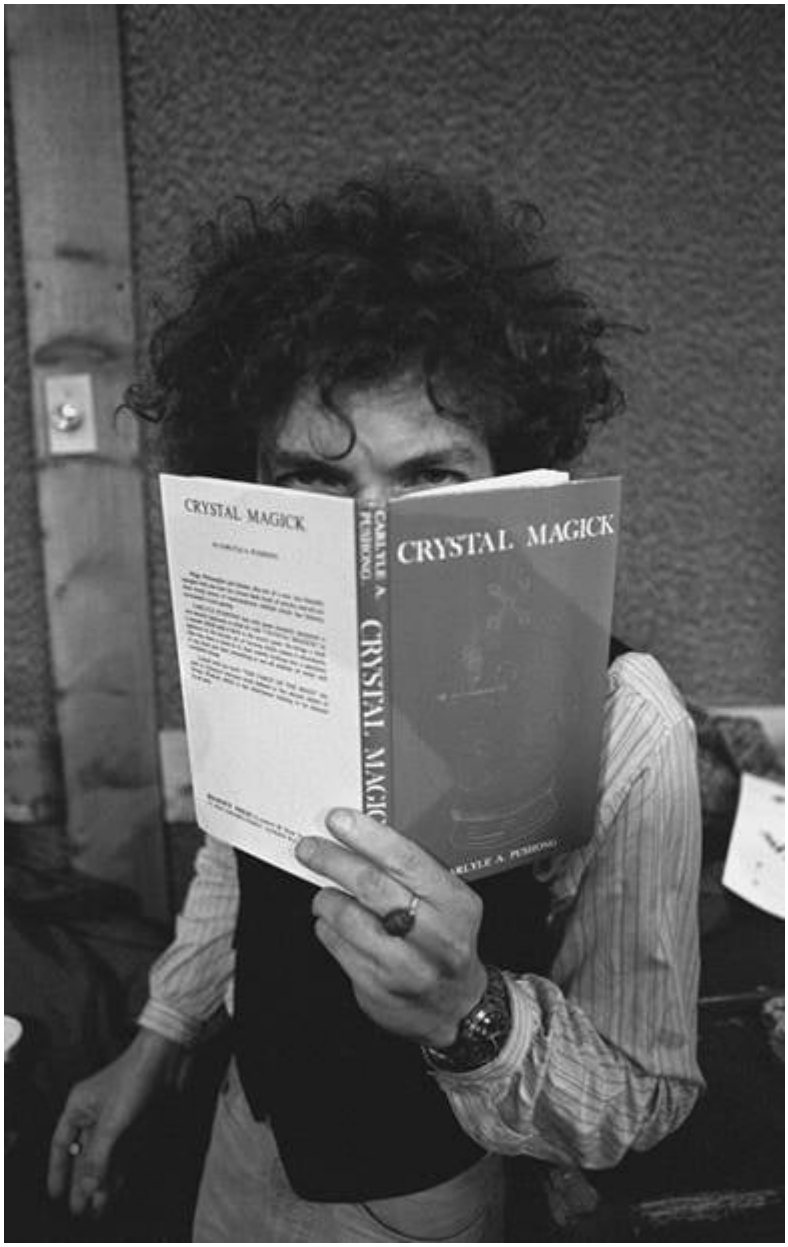
GINSBERG: ¿Y qué hay de Bill Burroughs? Yo creo que quedaría genial en la película.

DYLAN: Pero ¿qué sabe hacer?

GINSBERG: Ser él mismo, simplemente.

EN LA ZONA DE COMBATE

Voy andando por el pavimento de Boston bajo la lluvia, colocado con una medicina extraña que se llama Lomotil, un derivado del opio destinado a curar la descomposición. Hay muchos otros beneficios secundarios imprevistos en estas pildoritas blancas, como son una prolongada percepción del color, una elevada tolerancia al dolor, cierta sensación de predeterminación de toda la actividad muscular, y un tibio resplandor maravilloso en el lóbulo frontal. Justo a mi lado hay un reportero sonado del *Rolling Stone*, un tal Sloman, que me ha forzado a marcharme del concierto de Dylan y acompañarle para tratar de encontrar bajo el chaparrón el lugar donde dan el concierto de los Tubes. Yo llamo a esto «salto de conciertos» o «ir de barrios» en este caso, puesto que nos estamos metiendo de cabeza en un territorio decididamente más peligroso que el que hemos dejado atrás. «La zona de combate», es como lo llama Sloman. Sloman es el maestro supremo de la ordinariez y el mal gusto. Nunca he visto a nadie a su altura. Ni siquiera Harry Katoukas, que era aficionado a intentar suicidarse en escena, con un loro muerto atado a la cabeza. Sloman está en una categoría para él solo. Es de Nueva York, pero de algún modo ha establecido contacto con todos los dueños de todos los locales de striptease, tiendas porno y rincones de mala fama de esta ciudad. Me va metiendo en una entrada tras otra y presentándome a los propietarios como si yo fuera su hermano pequeño perdido hace mucho tiempo. En la barra, detrás de él, bailan rubias con tetas de silicona.



-¿Qué te parece, Sam? ¿Bueno, eh? Un buen par de domingas, ¿eh? Bueno, venga, vámonos de aquí. Quiero enseñarte más cosas. Ven.

Aparecemos otra vez bajo la lluvia.

-Lo que quiero encontrar realmente es a una bollera esquizofrénica de sesenta y tres años que se llama Ethel. Me parece que se llamaba Ethel. Desapareció. ¡Una tía fantástica! ¡Una tía grandiosa! Quería presentársela a Dylan. Entremos aquí.

Nos sumergimos en una sex-shop superiluminada. Todo rebota contra las paredes.

-Vamos a comprarle un regalo a Dylan. Venga.

Se va hacia el fondo de la tienda con el vendedor.

-¿Tenéis algo para regalarle por su cumpleaños a un tío muy especial?

El vendedor se dirige a una pila de cajas amarillas que hay al fondo.

-Bueno, ¿cómo es de especial? ¿Treinta centímetros? ¿Veinticinco? Tiene que darme alguna pista.

Sloman suelta un chillido como de hiena según el vendedor va poniendo sobre el mostrador diversos modelos de prueba. Cajas de consoladores, pollas de plástico con motor, figuras religiosas con miembros que se levantan. Sloman se ríe y va pasándome cada uno de ellos para que los inspeccione.

-¿Qué me dices de éste? ¿Crees que éste le gustará? ¿Qué piensas?

Yo no puedo pensar. El sitio entero da volteretas entre las células de mi cerebro. Mi cuerpo camina hacia la puerta, mi cabeza está en alguna parte del techo, Sloman está comprando un fraile de juguete cuya picha sale de repente entre sus hábitos cuando lo aprietas. Lo que yo no puedo imaginarme es quién iba va a querer apretar un fraile.

Avanzo por la calle lentamente, preguntando a nuestros atracadores potenciales por el sitio donde se celebra el concierto de los Tubes. La mayoría no hablan y se limitan a señalar desde sus brumas un punto más alejado en el asfalto en sombras. Sigo andando. Parece que la cosa se alarga más de lo que debiera. Sloman me alcanza. Su chaqueta filipina de seda está tan calada que el forro parece lo de fuera y lo de fuera parece como si se hubiera fundido con las perneras de los pantalones. Lleva una corbata verde que se está convirtiendo en una soga empapada y sus zapatones blanco y marrón me recuerdan a Emmett Kelly, el payaso. De hecho, toda su figura parece un pretzel mojado disfrazado de ser humano. Gracias a algún milagro llegamos a la sala donde tocan los Tubes, y

de pronto me doy cuenta de que no podía importarme menos lo de ver a los Tubes. No podía importarme menos no llegar a verlos nunca, la verdad. La única razón de haber iniciado siquiera esta visita es porque una de las chicas del rollo es amiga mía de San Francisco y me apetece ver a una amiga. Pero esto se está convirtiendo en una pesadilla. Justo delante de la sala hay dos tíos grandes y musculosos que se las están teniendo, mientras otros tíos musculosos les hacen corro mirando. Hay sangre que corre con la lluvia por los escalones. Nos colamos por detrás de los guardias que también están contemplando los puñetazos. Empezamos a exhibir nuestros pases plastificados de la Rolling Thunder Revue como si fueran acreditaciones de prensa para la Casa Blanca o algo así. Nos dejan entrar en el espectáculo de los monstruos. «Punks blancos drogados.» Es como entrar en una fiesta en una cripta. Aparatos de televisión que relucen por todas partes, sonido distorsionado con violencia que suena como una vaca que patea su placenta y sin saber qué le dio. Un travesti de dos metros y medio subido en unos tacones de plataforma dorados, un mono plateado ceñidísimo, pelo rubio ondulado, y el batería detrás machacando sus instrumentos como si estuviera atrapado en su propio mosquitero. Si se supone que se trata de una sátira, no la pillo. Si no lo es, entonces alguien está muy mal.

Nos abrimos paso hasta los bastidores con nuestros pases e inquirimos sobre Jane de San Francisco.

-¿Quién? Nunca he oído hablar de ella. ¡Y vosotros no tenéis por qué estar aquí de atrás!

-También usa el nombre de Lila la Serpiente.

Pero al tío no le importa:

-¡Largaos de aquí antes de que os abra la cabeza!

Veo por detrás de él que Jane sale del escenario completamente desnuda excepto por un par de botones y unos pantis. La llamo a gritos y nos lleva por una escalera de caracol de hierro hasta el camerino, seguida por otras cuatro chicas igual de desnudas. Sloman no pierde tiempo en desenfundar el juguete del fraile de erección instantánea junto con todo un surtido de otros ingeniosos objetos

sexuales. A las chicas no les impresiona. Inhalamos largas rayas de nieve sobre la funda de un disco. En el sitio hace el calor suficiente para cultivar champiñones y yo tengo la sensación de estar fundiéndome. Abandono a Sloman y vuelvo abrirme paso por en medio del espectáculo terrorífico para regresar al salón de conciertos en el que actúa Dylan. Cruzan por mi mente extraños pensamientos. «¿Qué hacen todos estos chavales viendo esta mierda cuando podían estar oyendo buena música? ¿Les importa algo la buena música? ¿Les interesa algo un puñado de cantantes folclóricos del West Village de los sesenta? Ellos quieren ver acción. Quieren ver sesos que gotean aplastados en el techo. ¿Esto es esa cosa generacional de la que se oye hablar todo el tiempo? ¿Qué está pasando, de todos modos? ¿Ahora ya formo parte de los viejos? ¿Y Dylan? ¿Existen ciertos círculos en los que no se conoce a Dylan? ¿Como a Frank Sinatra? ¿O a Bing Crosby? ¿Vuela el tiempo? ¿Se nos va el tiempo volando por todas partes? ¿Hay alguien que sepa ver lo que está pasando de verdad?» Yo no.

GITANO

Delante de cualquiera de los hoteles elegantes en los que nos alojamos, está siempre aparcada y visible la gran motorhome verde y blanca de Dylan, convirtiendo el sitio que sea en un ambiente de camping de caravanas con marcha. Parece decidido a mantener su condición gitana a cualquier precio. En la avenida Madison, en el corazón de las tiendas de joyería, la caravana ronronea de vida secreta. Justo al otro lado de la calle el círculo completo del Rolling Thunder está refugiado en sus lujosas suites. El «jefe» se sienta en su tráiler observando la marcha del negocio. Algunas veces se oyen débiles sonidos acústicos, el repicar de campanas, un extraño humo azul serpentea por la atmósfera. A un lado de la caravana hay un pequeño cartel de plástico blanco y negro que dice: KEMP FISHERIES. En una ventanilla hay un cartel que anuncia un combate de lucha libre. Nadie podría imaginarse quién está dentro.

BLUES DE CONNECTICUT

Siento que caigo en picado hacia la negatividad. Sólo quiero volver a casa. Estar en las montañas. Junto a los caballos. Junto a mi mujer. De vuelta. La organización de la película ha ido desmoronándose hasta el punto de que ya no tiene forma ni sentido. No hay manera de programar el rodaje del día. Todo está a merced de la energía ocasional. Las ideas vuelan en todas direcciones, pero no hay plan. Reuniones por un tubo. Reuniones en salas estilo ONU, ovales, en las que la sensación de ser importante te inunda más allá de tu control. Más charlas sobre cómo filmar conciertos. Más charlas sobre cómo organizar escenas. Cómo meter a Dylan en la película. Sara. Joni Mitchell. Baez. Es casi como si el mero exceso de tanto talento disponible nos llevara directamente al garete. Nadie sabe por dónde empezar. No nos viene la información de una fuente común. Cada uno se pierde yendo a habitaciones, comedores, recepciones, tiendas de alquiler de coches, autobuses, salas de juego, bares, billares, suites de acogida, ningún sitio. Acaban las reuniones. Nieve en Connecticut. Los autobuses salen hacia el concierto de Hartford. Ahora se nos han unido Rick Danko y Sandy Bull. Como cuchillas de afeitar en un imán. Mi falta de interés me mata. ¿Por qué no me lanzo con ellos a oír toda esa música estupenda? Ya la he oído. Pero no es eso. Es no tener un qué. Ser un parásito de entre bastidores. Correr sin cabeza por los camerinos. Ver como todos se colocan. Regateando entre pilas de locos de los conciertos con mi tarjeta de acreditación de plástico danzando colgada al cuello de una cadena de plata. Recibiendo un gesto de asentimiento de los gorilas de seguridad. Cogiendo puñados de frutos secos, tomando notas como

un medio para seguir cuerdo. Pero no lo estoy. Detrás de todo esto me estoy derrumbando. Mi cuerpo tiembla. Esto es auténticamente ser transportado de vuelta a mediados de los sesenta cuando la metedrina en cristales constituía una dieta completa, con «chaquetas amarillas» de Nembutal y «bellezas negras» de Dexedrina de postre. No tan sólo los sesenta de la imaginación, sino los sesenta auténticos en cuerpo y alma. La sensación de estar hecho polvo. ¡NO QUIERO VOLVER A LOS SESENTA! ¡LOS SESENTA ERAN UNA PUTA MIERDA! ¡LOS SESENTA NUNCA EXISTIERON! Mi única esperanza es ahora la tele en color. El servicio de habitaciones. La inviolabilidad de la suite color pastel con dos camas dobles y nadie dentro. Puerta con cadena. California se fue hace mucho. California está detrás del monte. Los Ángeles arde allá lejos en los periódicos. El Pacífico. Azul. Océano. Allá lejos.

ACTON, MASSACHUSETTS

Neuwirth se está quedando sin voz. Cada vez suena más parecido a una rana toro de parranda. Stoner tiene cagalera. Myers anda con náuseas y yo tampoco me encuentro demasiado bien. Vamos todos apretujados en un Plymouth Fury de alquiler camino del centro médico de Acton. Raven conduce e intenta hacer de enfermera lo mejor que puede. Caemos en el aparcamiento y Neuwirth va echando unas flemas amarillas, mientras Stoner refunfuña diciendo que será mejor que a él no le hagan esperar y que «¿Por qué no hicieron que el médico fuera al hotel?». Una vez dentro, la sala de espera es de una calma irreal en contraste con nuestra alborotada situación intestinal. Un montón de madres sentadas en divanes de tweed leen *Redbook* mientras sus retoños mocosos se amontonan a un lado del acuario. Todo está en completo silencio y a la espera, con excepción de las risitas ahogadas de los críos. A Neuwirth le entra de repente un ataque de tripas y sale dando bandazos hacia el baño gritando: «¡Tengo que cagar! ¿Dónde está el maldito cagadero? ¡Tengo que hacer mayores ahora mismísimo!» Esto tiene un éxito enorme con los del pueblo que le miran largarse a trompicones camino de la parte de atrás del edificio. Stoner, con su traje de rockero negro total, intenta arreglar las cosas en serio con la enfermera y el libro de citas en la recepción.

-No podemos esperar. Tenemos que salir a escena dentro de dos horas. Vaya a decirle al médico que necesitamos inyecciones. Yo no estaré bien de verdad hasta que sienta el acero.

La enfermera forcejea para recuperar el libro de citas y está totalmente horrorizada ante una intrusión tan descarada. Raven

intenta enfriar las cosas, llevándose a Stoner a un sillón y eligiéndole una revista reciente.

-Mira, aquí tienes una sobre cómo construirte un patio embaldosado.

Myers permanece de pie adormilado dando vueltas a su gorro de marinero de punto azul y parpadeando ante toda aquella gente rara. Por fin aparece el médico y todo el mundo corre hacia él excepto Neuwirth, que ha logrado escabullirse por la parte de atrás y desaparecer calle abajo. Raven le llama a gritos desde la puerta principal:

-¡Neuwirth, carajo! ¡El médico ya está listo! ¡Mueve el culo y vuelve aquí!

Neuwirth le grita sin volverse desde la carretera:

-¡Dile que me he muerto! ¡Que es demasiado tarde!

DANBURY, CONNECTICUT

Motel Ethan Allen

Después del concierto, cuando todo el mundo vuelve, se encuentran con que su equipaje, cama y otros artículos personales se han esfumado y en su lugar están el equipaje, la cama y los objetos personales de otra persona. Es una de esas bromas tipo colegio mayor que alguien hace en beneficio de la filmación, pero resulta que en este caso el equipo de rodaje se la pierde por completo. Todos están fuera, filmando un canódromo en algún sitio. En el «salón de acogida» hay un hámster solitario en una jaula verde. Es un animalito peludo, blanco y negro, que lleva una etiqueta al cuello, «El Fantasma Cebra». La priva empieza a fluir en abundancia por el salón de acogida y todo el mundo parece ir poniéndose a tono con Jack Daniel's y licor de café. Ginsberg irrumpe en medio de la fiesta agitando sobre la cabeza unos tebeos de *Iron Man*, el Hombre de Hierro.

-¿Quién ha puesto estos tebeos en mi altar?

Nadie parece reconocer la autoría del abuso. Neuwirth entra de golpe descargando un extintor sobre las rodillas de todos, y Stoner acude raudo al rescate y sujeta el extintor por la garganta. Eso inicia una pelea salvaje en la que Stoner acaba con un corte en el pulgar de la mano de puntear. Entonces se lanza a una larga lamentación sobre cómo esta nueva herida va a afectar a la calidad de la música para lo que queda de gira. Se marcha a buscar tiritas y mercromina. Scarlet anda practicando escalas en el violín arriba y abajo de los pasillos, con un vestido negro largo, serpientes negras pintadas en

las mejillas. El resto del grupo se disuelve camino de sus respectivas habitaciones para ver el partido de baloncesto en la televisión en color.

CAOS EN EL MUSEO DE ARMAS

Estoy en una gran alcantarilla de cemento, en el fondo del lecho de un barranco, desde donde se ve, por encima de la autopista, un museo de armas, y parpadeo en la oscuridad. Ese sitio es propiedad de un quiropráctico muy raro que colecciona toda clase de armas antiguas y de instrumentos de tortura. Muñecas de goma negras con cañones de pistola ocultos en la barriga, de modo que cuando las aprietas te pegan un tiro. Mandalas de cartuchos de rifle incrustados en las tapas de mesa de resina plástica sobre las que los «invitados» liquidan sus elaboradas cenas. Momias y esqueletos de tamaño natural colgados de vigas, rodeados de espadas y machetes. Están tratando de rodar una escena allí dentro con Dylan y Neuwirth. Una especie de arranque de *El halcón maltés*. Empezaron a aparecer clientes para la cena y tenías la sensación de estar en medio de un mal ritual de Vincent Price. Me fui carretera abajo confiando en encontrar uno de esos típicos restaurantes baratos norteamericanos para tomarme un café rápido, pero parece que el restaurante del museo de armas es el único local comercial de la carretera. Oí correr agua y pegué un volantazo a la izquierda y salí del asfalto y me encontré aquí abajo. De lo más tranquilo. Apenas pasan coches. Estamos en Vermont.

LEY DE ARMAS

Tumbado boca arriba en una cama en Massachusetts, estoy mirando el rostro azul de la televisión y aparece un anuncio. Un «anuncio de servicio público». Massachusetts tiene una nueva ley de armas a la que, al parecer, el pueblo todavía no se ha acostumbrado. La escena transcurre en una sala de juicios en la que un muchacho blanco se enfrenta a un juez blanco, subido en un estrado bien alto y ataviado con su toga negra, pelo gris muy distinguido y una expresión que impone. El muchacho dice: «Señoría, lo siento de verdad, no volveré a hacerlo nunca.» El juez le mira desde lo alto: «La *ley* dice que es un año de cárcel si se encuentra un arma de fuego en su posesión, jovencito. Hay carteles por todas partes que lo dicen.» Ahora la cámara hace un zoom y se detiene en un primer plano del rostro del juez. El juez lanza su frase certera directamente a la cámara: «¿No los ha visto *usted*?»

¿Es Boston tan tremendo como dice la prensa? ¿Algún sitio es tremendo si solamente pasas por allí y te vas a otra parte? Parece que la gente se cree los tópicos. Los tópicos crean el ambiente. Los oyes repetir incluso al tomarte una sopa de almejas. «Integración», «leyes de armas», «delitos sexuales», «asesinato». Hombro con hombro con la comunidad intelectual tradicionalmente poderosa. La Sede de la Nación. Las Posaderas, sería más bien. La plaza del mercado de la educación superior. Harvard, Yale, Radcliffe, librerías por todas partes. Librerías, asesinatos, cadena de repercusiones violentas. Equipo de Gestapo para la policía. Sirenas del Tercer Reich. Catedráticos. Jueces. Ley y Escuela. Escuela de leyes. ¡Ley y ORDEN! El Animal Encadenado de la Ciudad. Pueblos dormidos con

playas y langostas. «¡EL DINERO NO HABLA, GRITA!» Barrios residenciales que rezuman dinero. Dylan encaja en este ambiente como un supercontraespía. Un ladrón furtivo en medio de la noche. Desvaneciéndose como el Llanero Solitario. Máscara blanca pintada y una bocanada de corazón.

SLOMAN EN EL VESTÍBULO

Sloman ha vuelto a unirse a nosotros. En primer lugar, nunca he conseguido descubrir del todo cómo entró en contacto con la gira. Hay rumores de que fue Dylan personalmente quien le contrató para escribir un libro sobre la gira. No paran de aparecer artículos sobre la gira en *Rolling Stone, The Village Voice*, incluso en el *New York Times* firmados por él. Imhoff lo echa a patadas de cada hotel en el que se nos presenta. Finalmente, en éste (el Sheraton Inn de Foxboro, Massachusetts), Sloman se ha encabronado ante lo que denomina «maltrato». Anda dando vueltas por el vestíbulo, rabioso, con un gorro de mapache a lo Davy Crockett, las zapatillas de tenis de siempre y una camiseta de Huracán Carter gritando a pleno pulmón:

-¡Estoy harto de que me machaquen! ¡Todo el mundo me machaca! ¡El *Rolling Stone* me machaca! ¡Hasta mi novia me machaca! ¡Estoy harto de ser como un jodido negro!

Todo este follón tiene lugar delante del personal de recepción, todos de pie, muy tensos detrás del mostrador, con pinta de vendedores de entradas para un espectáculo de Disneyland. Dylan se balancea atrás y adelante sobre los talones y sonríe a Sloman. Imhoff incluso se ríe de él. Pregunta a Sloman qué quiere para hacerle feliz. Sloman se pasa de la raya con su lista de peticiones. Las tiene todas garabateadas a lápiz en un trozo de papel y se pone a recitar la lista para que la oiga el hotel entero.

-¡Quiero dietas! ¡Quiero pases! ¡Quiero una tarjeta de acreditación igual que todos los demás! ¿Cómo es que yo no tengo tarjeta? ¡Quiero acceso libre!

Imhoff se vuelve hacia Dylan.

-¿Lo metemos en el autobús del equipo, Bob? Por lo menos de ese modo podemos tenerlo vigilado.

Dylan dice que sí con la cabeza. Sloman se une al autobús. Empieza a dar volteretas por todo el vestíbulo con su novia. Si Dylan se preguntó alguna vez hasta dónde podía llegar un fan para acercarse a él, ahora puede ver a uno en carne y hueso.

TRAS EL RASTRO DE LA LAVANDERÍA

22 de noviembre, Hotel Sheraton Inn, Foxboro, Massachusetts

Sigo el rastro de mi ropa que ha de estar esperándome limpia por algún cuarto de lavandería al otro lado de este Sheraton Inn. La expedición me lleva por salones color calabaza con los marcos de las puertas chocolate, a través de un salón de banquetes cerrado con huéspedes comiendo, cascadas arquitectónicas, música de Muzak, subo por unos escalones esculpidos hasta el césped artificial que rodea la piscina y otra vez vuelvo a los salones color calabaza, ahora al otro lado. Pues bueno, el collage de sonidos desenfrenados en este viaje en particular es extraordinario y su notación comienza desde el vestíbulo relativamente silencioso en contraste con la repentina avalancha de ruidos de vajilla, torrentes de agua, voces que comen, sonido ambiental todo junto en un espacio grande cerrado. Luego, otra vez el contraste al entrar en el vestíbulo por el otro lado y pasar a un relativo silencio. Estoy dentro. Contenido otra vez. Atmósfera cerrada controlada. Temperatura constante por chorro como el aire del autobús Greyhound. Busco mi ropa de la lavandería, pero tengo un grillo en los oídos. ¿Cómo puede ser un grillo el sonido dominante en un espacio cerrado? ¿Cómo puede siquiera haber un grillo en un sitio como éste? El sobresalto hace que me quede allí mismo paralizado. Sólo contemplando el fondo del pasillo. Escuchando, más que mirando. Desde del fondo del vestíbulo

viene derecha hacia mí una chica diminuta en camisón con una muñeca en la mano. Es una niña de verdad. La combinación de esa visión con el grillo supera mi entendimiento. El grillo sigue. Nunca he tenido nada más que relaciones de lo más pacíficas con los grillos. Es uno de mis ruidos favoritos de siempre en todo el planeta. La verdad es que su poder sobre mi psique en general es tan grande que transforma completamente este laberinto de locura hotelera en un paraíso. Me siento flotar sobre el sonido de un grillo solo. La niña ha desaparecido pero el grillo continúa. Encuentro una puerta de vaivén que se abre ante mi ropa limpia apilada sobre una silla de respaldo recto. La visión de mi ropa colocada en un cuarto extraño de cemento, con banda sonora de grillo, a miles de kilómetros de mi casa, es casi demasiado para mi estado general. Empiezo a doblar camisetas, a enrollar calcetines, a doblar vaqueros. Me siento humillado de modo increíble. Quisiera rezarle a ese grillo. Quisiera hablar con el grillo como fuera, pero no lo veo por ninguna parte. No soporto tener que dejar atrás a ese grillo.

BANGOR, MAINE

Maine todavía parece un estado de inocencia. A los policías no se les ve enloquecidos. La verdad es que más bien parecen los últimos residuos de una formalidad que han de mantener porque todos los periódicos proclaman que estas cosas son «situaciones potencialmente explosivas». Dylan aparece con unas enormes cruces blancas dibujadas en las mejillas, acercándose más y más a un hechicero sioux y menos y menos a *Les Enfants du Paradis*. La evolución de su maquillaje en esta gira daría para otro libro entero. En su sombrero crecen ahora flores amarillas con una ramita de pino que tiembla de lado a lado como una pluma de pavo.

Maine todavía parece un estado de inocencia. A los policías no se les ve enloquecidos. La verdad es que más bien parecen los últimos residuos de una formalidad que han de mantener porque todos los periódicos proclaman que estas cosas son «situaciones potencialmente explosivas». Dylan aparece con unas enormes cruces blancas dibujadas en las mejillas, acercándose más y más a un hechicero sioux y menos y menos a *Les Enfants du Paradis*. La evolución de su maquillaje en esta gira daría para otro libro entero. En su sombrero crecen ahora flores amarillas con una ramita de pino que tiembla de lado a lado como una pluma de pavo.

Aquí es sin duda donde la gira toma sentido. Una entrega comunal de energía espiritual a través de la música. Nada de grandes timos promocionales. Nada de tensas preparaciones para situar el espectáculo por encima de todo. Sólo una música increíble que reciben públicos increíblemente pequeños pero que la absorben toda. Por si fuera poco es el día de Acción de Gracias. Fuera hay una tormenta de nieve que hace que el interior esté todavía más sobrecalentado. Casi como un ritual. Si el rock & roll eléctrico ha «evolucionado» hasta un estado de culto al héroe y adulación ciega en algunas esferas, entonces esta Rolling Thunder es su antídoto. La Medicina. Un espectáculo de magia con un Hechicero auténtico, real como la vida misma, que ofrece Medicina del Espíritu auténtica, poderosa de verdad. Dylan no deja de tener sus fanáticos, de eso no hay duda, pero su heroísmo trasciende el mero fenómeno de moda. Se introduce en el misticismo con el sonido de un acorde en mi menor. Porque su misma identidad es un misterio, fuerza que la pregunta «quién» es él pase a «qué» es él. ¿Qué es este entorno extraño, embrujado, que crea sobre el escenario, en los discos, en el cine, en todo lo que toca? ¿De qué mundo bebe y a qué mundo nos

lleva como resultado? Lo tenemos aquí mismo ante nosotros, pero nadie puede tocarlo.

YORK HARBOR, MAINE

Por la mañana. Llamada a la puerta de Dylan. Está dentro, al teléfono, sin camisa, encargando incienso y mirra, jalea real, por conferencia. Salimos y contemplamos una mesa de picnic, el puerto detrás. Un par de barcas langosteras con motores Buick de culata plana se hacen a la mar, perezosamente. Habla sobre la posibilidad de descubrir América. Aquí mismo. Aquí mismo en la mesa de picnic.

-¿Qué te parece? ¡Descubrimos América en un picnic! Vete a buscar a Neuwirth y díselo. Hace un tiempo perfecto para eso. E intenta conseguir una barca para Jack. Meteremos a Jack en la barca con una gorra de capitán y aparecerá dando la vuelta a la punta y nos descubrirá sentados a la mesa de picnic.

Estamos fuera y volando. Se encargan muchas langostas. Contratamos camareras sobre la marcha. Aparecen pescadores de langostas. Al cabo de una hora toda aquella plácida zona junto al mar bulle de movimiento. Ken, el cámara que tiene derechos exclusivos para las fotos de la gira, lleva seis cámaras a motor colgadas del cuello como pesas negras. Todo lo que tiene que hacer es apretar el botón y disparar instantáneas como si fueran ráfagas de metralleta Thompson. Lleva ocho años esperando esta oportunidad, dice. Traen más comida de la cocina y la descargan sobre la mesa de picnic. Magnums de champán. Uno de los pescadores de langostas observa desde un lado con su hijo. Ambos llevan botas de goma y gorras ladeadas y observan a todo el mundo corriendo arriba y abajo.

-La última vez me contrataron para hacer un anuncio de cigarrillos y estuve seis días esperando una puesta de sol adecuada.

Me pagaban bien, pero nunca llegaron a usar la barca. Ahora mismo podría estar recogiendo las trampas.

Es difícil ver los efectos a largo plazo en un proyecto como éste. La fuerza reside en el dinero, en el estrellato promovido por los medios, en el movimiento constante de cualquier cosa y accesible a todo. Las exigencias del momento se satisfacen en cosa de minutos. Si necesitas una barca, sal y págale a un pescador de langostas. Nada está fuera del reino de lo posible.

CORRIENTE DE RESACA

Ahora la sensación es que resulta ridículo hablar de qué clase de película estamos haciendo. El asunto en sí es algo que ha crecido mucho más allá de una película, más allá de las cintas magnetofónicas, más allá de cualquier intento de capturar su totalidad. Ni siquiera hay manera de documentar esto. Todo sucede a la vez en un millón de direcciones distintas. Ahora lo único es permitir que se despliegue de la manera que quiera y limitarse a fluir con él. Seguirle el paso como harías con un caballo de carreras. Darle espacio donde quiera que haga falta. Intentar tenerlo vigilado y seguir abierto a sus subidas y bajadas. Abstenerse de dar alas a la histeria y la locura ante la falta de forma. Pues de todos modos no es algo sin forma. Es simplemente que la mayoría de nosotros no estamos acostumbrados a la forma que está adquiriendo en realidad y tenemos la sensación de que nos está barriendo como la corriente de la resaca.

UN GRANADA BAJO LA LLUVIA

Shelbourne, Vermont, otro complejo turístico en pleno campo al que llegamos después de kilómetros de viaje en autobús y furgoneta. Gente de Nueva Inglaterra vista a través del cristal, mojando colas de langosta en mantequilla. Resplandor de velas en el comedor. Una lluvia constante va cayendo mientras esperamos en los diversos vehículos la señal de ir a nuestras habitaciones. Parece ser que en recepción no tienen claro si habrá habitaciones suficientes para todos. No nos esperaban hasta dentro de un día o dos. Descubro a Sloman acechando por allí en su gran Ford Granada rojo alquilado. En estos momentos, nunca está seguro de si Barry habrá arreglado una habitación para él o si le mandarán de una patada al circuito de los Holiday Inn. Procura no hacerse notar mucho, pero en un coche así es bastante difícil. Me doy cuenta de que ese merodeo suyo durará por lo menos una hora más, de modo que me escabullo del autobús y me abro camino hasta Sloman y su Ford. Nunca he cogido el volante de uno de estos Ford medio deportivos, así que convenzo a Sloman de que me lo deje para dar una vuelta mientras esperamos. Me tiende las llaves y echa a correr para refugiarse del chaparrón. Pues aquí estamos. Desde el instante en que le doy al arranque noto que me invade entero un gran impulso de independencia. No más autobús, no más furgonetas, no más hoteles-zoo. Piso a fondo y dejo unas marcas de goma negra quemada en el aparcamiento. Salgo a las carreteras secundarias. El coche se maneja como un tigre. Un poco estrecho para hacer giros de ciento ochenta grados derrapando, pero si te olvidas de que alguna vez condujiste un Dodge Charger, no está mal. Es una

extraña sensación encontrarte de repente zumbando a través de un pueblo de Vermont en un coche alquilado con carnet de conducir de California y sin ningún destino preciso en mente. Sólo la idea de que ahora mismo podrías dirigirte a cualquier sitio. Al norte, cruzando la frontera, hacia Quebec, Montreal, cualquier viejo lugar. Tardarían días en encontrar tu pista, y para entonces ya estarías en Canadá. «¿Y entonces qué?», me pregunto mientras pasan volando junto a mí por ambos lados filas de tiendas de antigüedades. «Entonces, estarás en Canadá. ¿Y entonces qué? ¿Por qué me siento como si huyese? Todo va perfectamente. No me muero de hambre. Nadie me está agobiando. ¿Qué sucede?» Sigo conduciendo con la esperanza de ver unos billares en el pueblo o incluso un puesto de sándwiches, pero sólo hay tiendas de antigüedades. Paso a toda velocidad frente a ellas, captando atisbos de mecedoras de mimbre, trineos viejos, espejos con marco de roble, patos de reclamo, cestas indias. Un remanso para turistas. Pequeños comercios para el aburrimiento. Para gente bien jubilada que mata el tiempo que le queda. Hago un fuerte derrapaje a un lado de la carretera y me meto por un camino de tierra estrictamente reservado a peatones. El Granada va bailando fandangos en vertical, intentando mantener la suspensión en línea con las rodadas. El camino parece que no llega deprisa a ninguna parte. Derecho por el bosque. Sólo más lluvia y una espesa alfombra de hojas de arce que se va pulverizando bajo las ruedas. Me viene la idea de volver atrás y por lo menos poner las ruedas sobre asfalto duro, pero por alguna razón sigo directamente hacia delante. Ni siquiera hay casas. Ni vacas. Sólo árboles. Poco a poco ese impulso de rebeldía empieza a abandonarme y el Granada se para junto a un pequeño huerto de cerezos. Dejo las luces encendidas, simplemente, y el motor descansando y me quedo sentado mirando a través del parabrisas. Los limpiaparabrisas van dando golpes ellos solos como unos tontos. «Muy bien, ya te has escapado. ¿Y ahora qué?» Sigo sin tener una respuesta.

WATERVILLE, MAINE

Maine es el entorno perfecto para la Rolling Thunder. Todo parece ajustarse a las intenciones de la gira excepto los hoteles pobretones en los que nos aparcan sistemáticamente. Pero una vez fuera de tales confines la sensación real de la tierra se va colando e incluso aparece en el cuadro la gente que vive aquí. Hay un ciego sentado en un extremo de una barra y Dylan está en el otro, soplando coñacs. Se van presentando muy lentamente y se produce una cosa verdaderamente asombrosa. He aquí a alguien que no pretende penetrar en Dylan, que ni siquiera puede verle, que nunca ha visto ni siquiera una foto suya y solamente ha escuchado su música durante todos estos años. Está ahí de pie, mirando ligeramente de costado por encima del hombro de Dylan, con ojos que tienen arrugas de sonreír en las esquinas. Es un músico. La mirada de Dylan lo penetra hasta el fondo. Hablan de cambiarse unas camisas vaqueras. Hablan de ver y oír. No hay demostración alguna de jactancia porque hay un par de ojos de menos. Y lo siguiente es que Dylan, desde lo alto del escenario, dedica una canción al tipo aquel.

El público en Maine es completamente rural. Chicos grandotes que han acudido al concierto desde sus granjas lecheras, nada más acabar de ordeñar, todavía con boñigas de vaca en las botas y monos de trabajo. Son los primeros pueblos en los que sentimos realmente que la presencia de Dylan es un don escaso. El concierto de Augusta libera una energía especial que hasta ahora no había visto. La banda vuela. Dylan toca los instrumentales de espaldas al público formando un círculo con las otras guitarras, como en una danza de la lluvia de los arapahoe. Desde muy arriba, desde las

andanadas laterales, le está viendo su madre con los niños. También la señora Baez está allí arriba. Y esto sucede de verdad. Un espectáculo familiar en pleno quinto pino con la superestrella original del mundo bailando claqué ante un público de chavales campesinos. Dylan acaba sudando a mares. Barry Imhoff le espera fielmente a la salida del escenario con un montón de toallas limpias. Dylan besa a su madre en la mejilla, agarra una toalla y sale trotando camino del camerino con el mástil de la guitarra apuntando al suelo. El local está supercargado. Ni siquiera la gala benéfica para Huracán Carter en el Madison Square Garden tuvo nada mejor que estos pequeños teatros en lo más profundo de un estado que el gobierno califica oficialmente como «área deprimida». Es decir, que no tienen dinero.

DUNKIN’ DONUTS ROSA

La camioneta del equipo de rodaje ha alcanzado un punto de locura histérica después de cuatro horas seguidas de carretera, compartiendo el interior con todo el material y ya casi sin más fanfarronadas sexuales que contar. Aterrizamos en un Dunkin’ Donuts rosa antes de tragarnos los últimos ciento treinta kilómetros. Nuestros cuerpos excitados son acogidos por la visión de dos camareras vestidas enteramente de rosa detrás de una barra rosa con taburetes rosa y una caja registradora rosa montada sobre cromo. La inacabable lista de donuts de todas las combinaciones posibles llega desde el suelo hasta el techo en diversos tonos de rosa -«Barras de Arce, Chocolate de Nueces a la Antigua, Crema de Coco, Polvo de Limón, Crema Pastelera, Relleno de Frambuesa, Vueltas de Manzana»-, de modo que incluso el estómago parece querer huir hacia la salida con sólo imaginar que tales artículos alcancen el velo del paladar. Un puñado de lugareños mojan con unción sus donuts en unas tazas rosas de café color caramelo. Nuestra histeria crece a pequeños saltos, y parece que nos moviésemos como un puñado de soldados danzando por Saigón, en busca de un poquito de acción suplementaria. Debe de ser una mezcla de fatiga y esa extraña sensación liberadora de saber que este sitio es algo permanente para algunas personas y sólo temporal para nosotros. De hecho, resulta irreal pensar de cualquier sitio que es permanente una vez que el movimiento ha echado raíces como modo de vida. Cambiamos unas cuantas palabras con una de las camareras regordetas y le preguntamos qué son varios verdugones rojos que se le resaltan en las muñecas y forman como una pulsera

en la piel. Nos revela que las tiene de jugar al «gallina» con cigarrillos. Me descubro preguntándole si conoce ése en el que se pega un billete de dólar a la muñeca y luego se intenta hacer un agujero quemando con un pitillo. Si logras que el agujero se perfore del todo, puedes guardarte el dólar. Pocos lo consiguen. Ella nunca lo ha probado. No tengo agallas para desafiarla. Cambiamos de tema y hablamos de las posibilidades de robar la caja registradora rosa. Ese juego le va pero nos dice que el encargado ya ha pasado por allí y se ha llevado toda la recaudación.

-Pero lo haría, de todas maneras -declara-. Haría lo que fuera para salir de aquí.

-¿Y adónde irías? -decimos nosotros.

-A cualquier sitio. Me iría con vosotros.

Nos retiramos a toda prisa hacia la furgoneta con la imagen de la chica fregando las migas de donut ante un fondo de color rosa.

LA ÚLTIMA ALDEA SHAKER

Vamos disparados por en medio de la nieve con Jack al volante en busca de la última de las aldeas de los shaker originarios. Los shakers son una secta religiosa de célibes, famosa por la simplicidad de su estilo de vida y la fabricación de muebles. No sé muy bien qué razones hubo para elegir su pueblo como una posible localización, pero todo lo que ahora mismo estoy preparado para hacer es tomar un baño caliente e irme a la cama. El coche está totalmente rodeado de niebla, humo de petardo, tazas de café de plástico que crujen bajo los pies, ropa vieja apretada contra la ventanilla de atrás. Ninguno de nosotros se ha afeitado desde hace una semana y andamos perdidos por las carreteras secundarias. Hacemos un alto y Mel llama por teléfono al jefe de los shakers para hacerles saber que llegaremos tarde. Son ya las diez y su hora de acostarse pasó hace tiempo. Por fin damos con sus casas en un tramo de carretera solitaria. Hermosas obras maestras de arquitectura norteamericana primitiva de grandes tablas blancas. Son realmente de admirar. Especialmente cuando resplandecen en la noche a la luz blanca de la nieve. Los shakers nos están esperando pacientemente en el porche delantero. Una mujer y dos hombres, todos ligeramente por encima de una mediana edad, vestidos con ropa muy sencilla pero que no recuerda para nada un uniforme o hábito religioso. Entre nosotros tres hemos conseguido hacer desaparecer como ocho porros, cada uno del tamaño de un purito, y nuestro modo de salir del coche debe parecerles a estos shakers un tanto inadecuado. Nos las arreglamos para encontrar un paso entre los brillantes montones de nieve y llegar hasta su porche y detenernos. Son gente muy cordial

que no están molestos en absoluto por nuestra tardanza. Nos dan la bienvenida y entramos en un vestíbulo caliente con zócalos de arce machihembrado. Una escalera con barandilla pulida a mano de madera de cerezo. Todo está completamente limpio y restregado. No hay rastro de polvo en ningún sitio, y hasta el último objeto está en su sitio. Es como si sólo porque entremos aquí nos viésemos enfrentados directamente al lado opuesto del ser en el que nos encontramos. Aquí es evidente que todo funciona como un mecanismo de relojería. Un horario riguroso para las actividades del día. Nada se realiza sin un plan. Y nada se emprende salvo las tareas más prácticas. Estamos allí de pie, quitándonos la nieve de los hombros, como tres tramperos de pieles renegados, mientras ellos nos observan. Lo más extraño es que no tengo la sensación de que nos juzguen en modo alguno. No comparan su modo de vida con el nuestro. No parece importarles el aspecto que tenemos ni el hecho de que evidentemente estemos completamente pirados. Seguimos al más viejo de los shakers por el pasillo y llegamos a una cocina inmensa con mesas largas, sillas «originales» hechas a mano y ringleras de cacerolas de cobre colgando de ganchos de latón. Mel intenta dar cierta apariencia de sobria racionalidad ante aquel hombre, pero en realidad todo parece surgir de una pesadilla a lo Charles Dickens.

-Bien, lo que nos gustaría hacer, si ustedes lo aprueban, es que Joan y Bob vengan con unos pocos más y vieran todo este lugar. Sólo para ver si encaja con la idea que tiene Bob de la película.

El mayor de los shakers va asintiendo y sonriendo y balanceándose sobre los talones como si se partiera de risa para sus adentros.

-A nosotros nos parece bien. Estaremos encantados de que vengan.

La mujer interviene y dice que a ella le gustaría agasajar a las estrellas con una comida shaker especial hecha en casa a cambio de que Joan le cante alguna de sus canciones. Poco a poco aquello empieza a dar la sensación de que estamos en el campo equivocado, pero tenemos que seguir haciendo el recorrido completo del lugar,

nos sentimos obligados moralmente después de llegar tan tarde. Les seguimos al piso de arriba, donde hay más shakers sentados en mecedoras, tejiendo o haciendo uno u otro tipo de labor. El shaker mayor nos enseña cuadros y retratos de las personas que fundaron originalmente la aldea.

-Y éste es el hermano Martin, del que tal vez hayan oído hablar en el mundo exterior. Compuso la canción «Es un regalo ser sencillo».

Asentimos con la cabeza y tratamos de empujar la aventura adelante porque el hambre empieza a acuciar. Imágenes de una cena de plástico en un buen restaurante de plástico de toda la vida, en un buen hotel de plástico, inundan nuestro campo de visión. Aun así los shakers siguen su marcha por el viejo edificio gigantesco, deteniéndose en todos los rincones y recovecos para enseñarnos cualquier aguja o dedal que hubiera utilizado alguna de las «hermanas» allá por el mil setecientos en algún lugar. De pronto veo que este lugar entero es un museo. No sólo un museo de objetos: lo que esta gente ha embalsamado es un modo de vida completo en carne y hueso. Todos se han retirado de «la vida ahí fuera, en ese enorme mundo malo y desagradable», prefiriendo conservar una moralidad idealizada del pasado. Todo lo que hay aquí parece ser un enorme apetito de tradición y de la cultura auténtica de este país, y esta gente parece que hubiera respondido a esa necesidad de sí mismos cortando por completo todos los lazos. También Rolling Thunder tiene hambre de algo, pero algo que está en el extremo contrario del camino. Arrojándose personalmente a ello por completo. Husmeando en el pasado para buscar pruebas evidentes que puedan conducirnos a una imagen más verdadera del presente. ¿Cómo hemos llegado a donde estamos ahora? ¿Qué series de acontecimientos se han producido realmente para que estemos nosotros en este punto del tiempo? ¿Dónde estamos exactamente? De camino a tomar nuestra cena en un hotel de plástico.

MONÓLOGO DE DYLAN

Película

«Andaba buscándome a mí mismo en esa tienda de pueblo. Me informaron. Ciertas fuentes me dijeron que aquél era el sitio. No tenía ni idea de por qué. Quiero decir que desde fuera era igual que cualquier otro sitio. Leña para vender, cosas así. Así que entré y les pregunté si me habían visto. Se lo pregunté directamente así. Con lo que me miraron como si estuviera loco y me dijeron que esperase allí mismo. Desaparecieron en los cuartos de atrás y allí estaba yo. Allí de pie sin más. Así que se me empezó a mover el cuerpo mientras esperaba allí. Una especie de baile. Mirando en torno. Golpeando el suelo. Zapateando. Luego empecé a hablar solo como si nadie pudiera oír lo que pretendía. Empecé a oír cosas a mi alrededor. Todo lo que podían ver los ojos y oír los oídos. Hacer listas para mí mismo. Sierras mecánicas, martillos, barritas de queso, barritas de galletas, galletas, jornaleros, predicadores, panteras, clavos, sierras de vaivén, caballos, caballitos de cartón, bancos, fuerabordas, nubes negras, truenos, camiones madereros, carne de cerdo, desayuno, tazas de té, bailarines, Nijinski, buzos, mares profundos, océanos, ríos, ferrocarril, charlatanes, radio, ondas, madres, hijos en la guerra, peligro, ideas, magia, señores de la guerra, bombas fantasma, imitaciones, talleres de maquinaria, galaxias, tortura, búsquedas del tesoro, líderes de banda, Dixieland, cosechas de trigo, tractores, remolques, ingenieros, guardaespaldas, guepardos, México, páramos, vida del desierto, órganos, redobles, ejecuciones, crucifixiones, embalsamamientos, ambulancias, manos

ensangrentadas, trucos, invenciones de la mente, invenciones del cuerpo, artículos de deporte, taxis, imperdibles, cojinetes, repuestos, vejigas, espaldas rotas, reses de cara blanca, explotadores, caseros, camerinos, diamantes, manos largas, carne de gallina, apaches, dingos y monos en el espacio. Y entonces, simplemente, salí corriendo.»

ACCIÓN DE GRACIAS

Holiday Inn

La nostalgia me está pegando fuerte, incluso a pesar de que Barry Imhoff ha hecho todo lo que puede hacer un productor para darle a este Holiday Inn aislado en la nieve un ambiente familiar. Largas mesas colocadas en forma de herradura, con sus manteles blancos y todos los accesorios de la fiesta. Los chavales de Dylan van dando patadas a globos de colores por encima de la cabeza de las camareras cuando zigzaguean hacia las mesas llevando en equilibrio dorados pavos humeantes y fuentes de salsa de arándanos. No es exactamente la «vida en la granja», pero sí que llena los huecos que han ido dejando seis semanas de servicio de habitaciones y hamburguesas «para llevar». Mientras tomamos el plato principal, surge un concurso de lanzadores entre las mesas enfrentadas, a base de nueces de cajuí, huesos de pata de pavo, bolitas blancas de menta para el aliento y un montón de guarniciones surtidas. Lou se lo toma realmente en serio y va perfeccionando tiros curvos bien altos con cebollas a la crema, empleando una cuchara como catapulta. Myers y el resto de la «Segunda Unidad» entran dando pisotones por el frío, quitándose la nieve de encima como en una escena de *Yukong King*. La mayor parte de los pavos ha sido devorada y van a la cocina a buscar sobras. Ahora los chavales han tomado el poder realmente, se meten por debajo de las mesas y se bombardean entre ellos con carcasas de pavo. Dylan, sentado con abrigo y sombrero, va separando lo que queda de los menudillos. Apenas levanta la vista

del plato, como si todo lo que merece la pena verse pudiera perfectamente sólo oírse y sentirse mediante el ambiente. De pronto hay un estruendo en un extremo de la sala y un fuerte rugido entrecortado de Dave Myers, que ha derribado una mesa completa: vasos, plata, fuentes…, el paquete completo. Se pone a golpear con los dos puños y brama: «¡COMIDA! ¡COMIDA!», una y otra vez. Es evidente que no ha encontrado nada en la cocina. Esto se va convirtiendo en un remedo lejano de lo que los Peregrinos tenían en mente. Dylan levanta la vista despacio, observa el caos y luego vuelve a sus menudillos. Las camareras están trayendo pasteles, tartas, pudines y cosas así. Los de la Segunda Unidad enloquecen como monos y se lanzan sobre las ricas golosinas. La madre de Dylan no se priva de repetir y parece que está disfrutando de la vida nómada. El contable trae una pila de certificados veterinarios para los perros, para que puedan cruzar la frontera canadiense. Todo parece estar en orden. Ésta es mi última noche en la gira. Por la mañana saldré para la Gran Manzana en un coche alquilado, mientras la Rolling Thunder cruza hasta Quebec y otros sitios al norte. Me estoy poniendo un poco nervioso con mi maleta. Parece que Peter Orlovsky se ha olvidado en qué autobús la metió. Cazo a Peter y su cola de caballo y salimos a la nieve en busca de los autobuses. Peter tiene un enorme aro con llaves que hace sonar, como si hacerlo sonar con cierto ritmo fuera a lograr que la llave adecuada apareciera por arte de magia entre sus dedos. La ventisca nos pega en la cara como en un anuncio de Marlboro y a pesar de las botas aislantes, la humedad gélida se cuela hasta la piel. Cada autobús tiene unos cuatro enormes compartimentos de equipaje y cada compartimento tiene una llave distinta. Todo este asunto se está convirtiendo en un koan zen con un «poeta beat» al timón, probando cada una de las llaves en la oscuridad, entre la ventisca, en mitad de Maine con una cena de locos a sólo cincuenta metros de allí, con el autobús que saldrá del país dentro de pocas horas, con mi maleta enterrada bajo toneladas de equipos de sonido, y conmigo abandonado en un Holiday Inn. No hay nada demasiado valioso en la maleta; es simplemente la idea de que nos marchemos por caminos separados después de haber viajado tanto juntos. Mi maleta

y yo, quiero decir. Finalmente Peter aparece con la que piensa que es la llave correcta y de inmediato la larga puerta de metal ondulado se alza como la de un garaje del sur de California. Peter empieza a sacar todo el equipaje, una pieza tras otra, a la nieve. La caverna se va haciendo más profunda y oscura, pero sigue sin haber señales de mi maleta. Se pasa la cola de caballo al hombro izquierdo, hace un ruido de «no sé dónde anda», y empieza a meter dentro los equipajes. Repetimos el mismo proceso ocho veces, él va alargándome los bultos, y yo los voy colocando sobre la nieve, y después me los vuelve a dar hasta que finalmente damos con el tesoro en el octavo compartimento. Allí está, en el rincón de más al fondo, bien apoyada justo al lado de una funda de guitarra. Peter resopla.

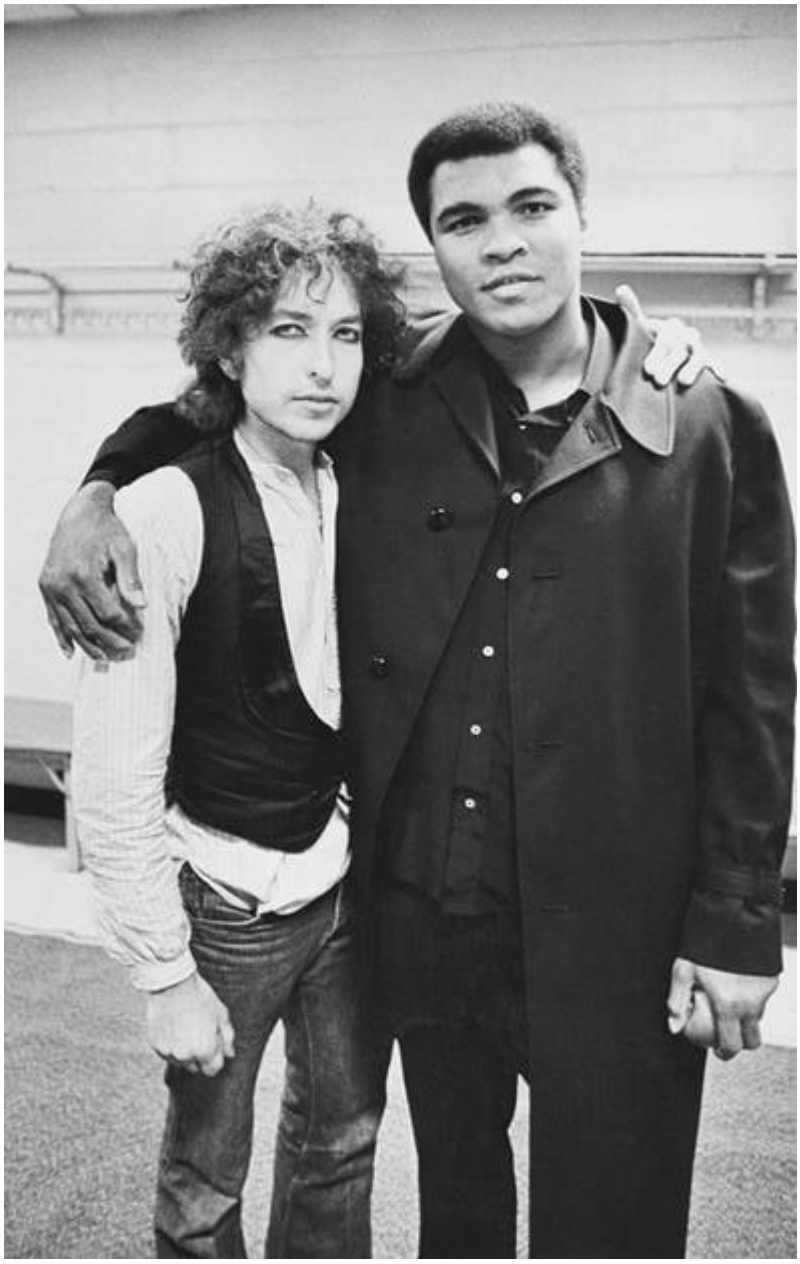
-Menos mal. Que me aspen. Empezaba a pensar que probablemente tuviéramos que empezar a buscarla en el semirremolque.

LA NOCHE DEL HURACÁN

9 de diciembre, Madison Square Garden. Todas las entradas para el concierto se agotan a las cinco horas de abrir la taquilla. La cuestión es, ¿por qué el Madison Square Garden, después de tanto hablar de que el espectáculo se mantuviera en ciudades pequeñas? ¿Por qué terminar eso con un fandango monstruoso en Nueva York? Parece una combinación entre tratar de paliar el coste del dinero perdido en el circuito por Nueva Inglaterra con un genuino interés por ayudar a Rubin Carter. Se presenta como gala benéfica y es seguro que el «interés del público» generado por la presencia de Muhammad Alí y Dylan en el mismo escenario va a filtrarse hasta la cárcel de Nueva Jersey y producir su propia nivelación de la ley. Los periódicos hablan ya de revisiones y nuevos juicios, y no hay duda de que este acontecimiento añadirá un poco de músculo a la causa.

Por la tarde, el Garden está completamente vacío salvo por unos pocos porteros y la banda de Neuwirth haciendo pruebas de sonido. El nivel está demasiado alto, en general, cosa que parece producirse por el impulso de situar la música a todo lo ancho de esta tumba gigantesca después de tocar en tantas salas minúsculas una semana tras otra. Mansfield tiene un oído superfino y no pasa mucho tiempo hasta que las voces se ajustan con la base de fondo. Trepo hasta lo más alto del auditorio en forma de volcán hasta que la banda parece un espectáculo de marionetas en miniatura. No se reconoce la cara de nadie. Sólo algunos gestos sueltos te dan alguna pista de quiénes son. Es muy extraño conocer a esas personas y luego verlas desde el punto de vista del público. El Garden es una pasmosa muestra de arquitectura suspendida. No es hermosa, ni siquiera estética, pero es

imposible no preguntarse cómo se les ocurrió diseñar este techo gargantuesco que parece que cuelgue justo en medio del aire. No hay pilares ni columnas en ninguna parte. Sólo cables que convergen en un distribuidor central y de algún modo sostienen en el aire el edificio entero. Verlo con sólo unas pocas personas dentro aumenta realmente su propia inmensidad. Sigo moviéndome por diferentes lugares del auditorio y me siento unos minutos en cada sitio sólo para ver cómo es. Empiezo a fijarme en ciertas zonas que se van llenando de gente. En una de ellas todos van vestidos de azul. En otra, de blanco. Luego, toda una zona de marrón. Empiezo a descender de la montaña para mirar más de cerca este fenómeno. Resulta que los de azul son policías. Todos sentados dentro de un perímetro definido, sorbiendo de unas tazas de café, con las guerreras abiertas, los pies en el respaldo de las sillas y hablando entre ellos. Los de marrón son acomodadores, que hacen más o menos las mismas cosas que los policías y llevan linternas. Los de blanco son técnicos. Cada sección totalmente separada de las otras secciones como pequeños territorios de un mapa topográfico. Hay en esto algo que me resulta reconfortante, pero no consigo averiguar qué es.



Sigo mi camino hacia los bastidores, imaginando los diferentes ambientes que ha tenido dentro este lugar y lo asombroso que es que continúe sin tener una identidad física propia. No es más que un edificio, tomado por asalto por una multitud, que después vuelve a marcharse. Exhibiciones caninas, rodeos, circos, combates de boxeo, partidos de hockey y baloncesto, espectáculos ecuestres, ballets, actuaciones musicales. El olor a castañas asadas calientes y chucrut me saca de mi ensimismamiento. Barry Imhoff ha vuelto a hacerlo.

Ha contratado en la calle a un vendedor de perritos calientes y a otro de pretzels, y ambos están aquí ofreciendo su mercancía caliente a todo el que la quiera. Ha pasado tiempo desde que tomé un auténtico perrito caliente de Nueva York, con mostaza y chucrut y cebolla, así que me detengo. Mientras espero allí de pie a que el hombrecito gordo levante todos esos pisos entre dos rebanadas blancas sobre un papel de celofán, descubro lo que parece ser un pequeño ejército de negros con trajes de raya diplomática, caras serias, ojos mirando en todas direcciones, y todos pululando en torno a otro negro más alto y más grande, completamente vestido de negro y con mucho aspecto de «campeón del peso pesado del mundo entero». Se me paralizan las manos, una a punto de entrar en el bolsillo en busca de monedas y la otra alargándose en busca del perrito caliente mientras los ojos intentan apartarse de esa visión. Alí es un hombre tranquilo y elegante, mientras todos los otros tíos a su alrededor no paran de hacer girar la cabeza y estirarse los bolsillos. Parecen dispuestos a inventarse la presencia de un asesino, justo aquí mismo, para hacer entender a cualquiera que no están para bromas. Avanzan por el pasillo como una colonia de hormigas obreras rodeando a su reina. El hombrecito gordo de los perritos calientes empieza a murmurar «estoy harto» con acento de Nueva York. Le pago y salgo tropezando hacia los camerinos. Éste debe de ser el puro sistema americano. Nada es importante ni tiene ningún valor hasta que se amplía a unas proporciones «más grande que el natural». «¡Coge la jodida sala más grande de todo el planeta! ¡Consigue al campeón del peso pesado del mundo entero! ¡El cantante folclórico más grande desde Edith Piaf! ¡El fenómeno-poeta-músico más increíble que haya visto nunca el mundo y ponlos a todos juntos delante de la audiencia de carne y hueso más jodidamente numerosa que ha marcado el ritmo con el pie a este lado del Río Grande! ¡Y así tendremos un verdadero espectáculo, tíos! Me apunto.

Cambio el rumbo hacia un camerino que indica GUAM y descanso en un banco de metal. La mesa en medio de la sala parece incapaz de sostener más flores y frutos secos y frutas. Barricas llenas de

latas de cerveza, refrescos metidos en hielo en cada esquina, telegramas de todas partes clavados en la pared. Ginsberg llega dando brincos con traje y corbata y sus juveniles zapatillas de tenis. Es una sensación agradable verle en este ambiente. Como un pequeño soplo de cordura entrando por la puerta.

-Mi padre está ahí fuera. Tiene ochenta años y nunca ha estado en un concierto de rock.

Le pregunto a Allen si no tiene miedo de que a su padre, a esa edad, pueda darle un ataque al corazón.

-¡Noo! Mi padre es poeta.

Se echa a reír y se va y entra bailando en el servicio de hombres. Desde el baño me grita:

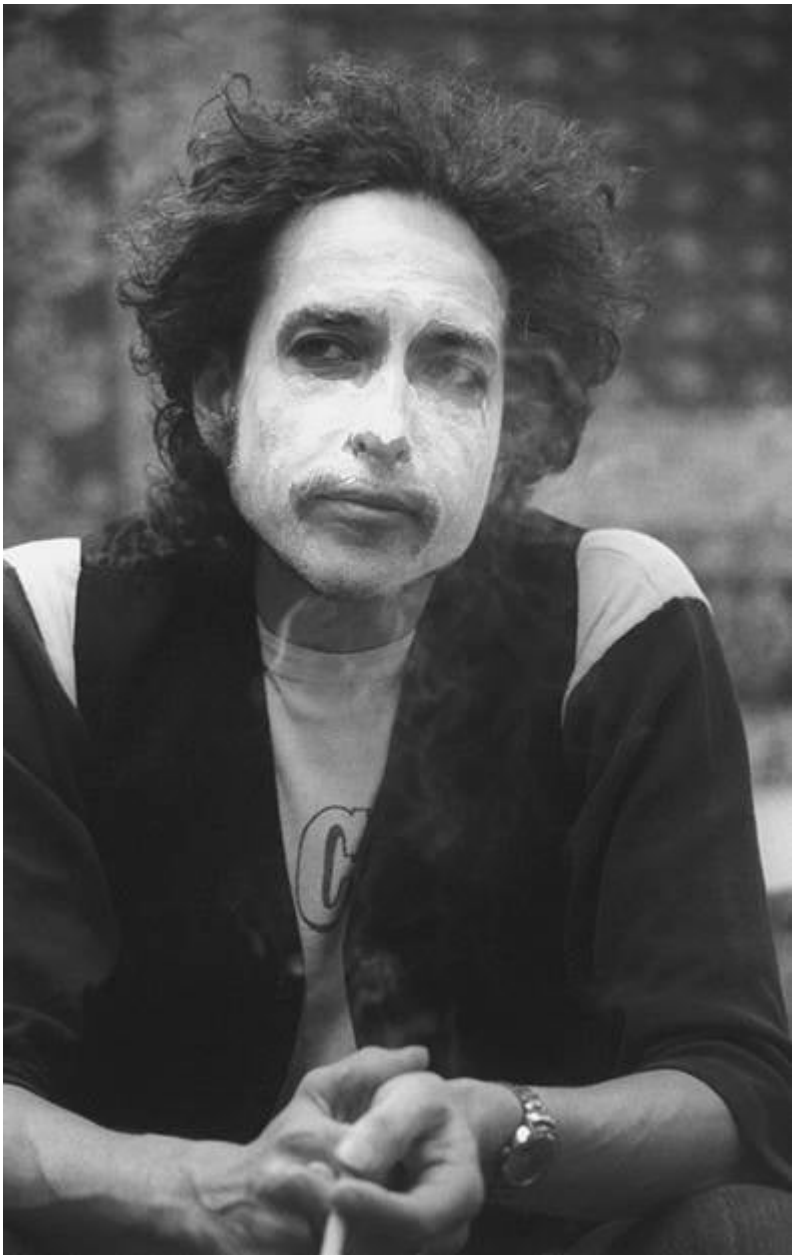
-¡De verdad! ¡Es un auténtico poeta! ¡El otro día hicimos una lectura juntos en una universidad del norte!

Neuwirth se une a nosotros, girando sobre ambos tacones, nervioso como un gato. Ya se ha puesto hecho un manojo de nervios. Gruñe algo ininteligible, gira y gira el cuello como si buscase a alguien, y luego da media vuelta y se va por la puerta. La mayoría de nosotros está cogiendo esta vena de frenesí emocional. No logro recordar que la sensación de tensión fuera así en ningún otro momento de la gira, excepto quizás en el primer concierto de todos en Plymouth. Pero aquello eran más que nada nervios en el estómago, con la esperanza de que el espectáculo despegase con una nota positiva. Y esto otro raya más bien en la ansiedad. Y encima, a última hora, han traído a Roberta Flack porque Aretha Franklin estaba liada con sus compromisos en Los Ángeles. Roberta no disimula que la han escogido como sustituta de la gran Aretha. Aparece con un estilo Hollywood total, moviéndose entre bastidores con un pañuelo brillante, cubierta de joyas y lanzando órdenes a su séquito. Hay un sabor bien definido a tensiones blancos/negros por los bastidores, lo que es otro ingrediente nuevo que faltaba en el menú de Nueva Inglaterra. Nada extraño o violento, simplemente esas dos corrientes de cultura musical totalmente diversas que fluyen juntas sin mezclarse. Casi como si hubieran de darse dos conciertos diferentes en el mismo programa, sin tener nada en

común. No dejo de volver a la idea de que este concierto se da para un hombre negro. A beneficio de un preso negro partiendo de un cantante blanco con apoyos negros. Demasiado difícil de entender. Alí lleva bastante tiempo tratando de reunir apoyos para Carter. Incluso antes que Dylan. Pero hizo falta a Dylan para poner todo esto en marcha.

De vuelta en el auditorio, el público va ocupándolo sistemáticamente, llenando toda la oquedad como un reloj para cocer huevos. Lola, una vieja amiga de la gira que nos abandonó en algún sitio de Vermont, ha vuelto esta noche para el más grande. Se ha roto un tacón de la bota y tiene a un policía doblado por la mitad intentando volver a ponerlo usando la culata de la pistola como martillo. Otro le regala un poco de pegamento y un palito de piruleta. Muy pronto hay tres o cuatro personas apiñadas alrededor de Lola y su bota rota, poniendo su granito de arena. Ninguno de los métodos de reparación parece que funcione y la chica se va poniendo cada vez más nerviosa según se va acercando la hora de la primera actuación. La idea de verse dando saltitos toda la noche con la bota rota, y por otro lado vestida de punta en blanco, la tiene al borde de la histeria. Me ofrezco a ir corriendo a ver si alguna de las mujeres de la gira me presta una bota suelta. Joni Mitchell sólo tiene un par y no se va a separar de ellas, porque tiene que salir al escenario dentro de unos diez minutos. Ronee Blakely lleva puesto un par inglés de cuero negro y tacón alto del que me advierte que son sus favoritas, hechas a mano para que se ajuste a su pequeño pie. Acepta prestarme las botas si le juro sobre una pila de biblias que se las devolveré antes de que termine la noche. Salgo corriendo del camerino con las botas danzando delante de mí, sintiéndome como un corredor de decathlón surrealista. Me abro camino hasta Lola, que ahora está rodeada de «zapateros», y le ofrezco aquellas fantásticas botas. Mete el pie en una de ellas, muy esperanzada de haber encontrado la solución, pero resulta que a la altura del tobillo se encuentra en un callejón sin salida. Con gran determinación continúa haciendo fuerza y tirando hasta que de la bota empieza a brotar un ruidillo de costuras que revientan, que se rajan. No me

siento con fuerzas para decirle que lo deje, pero al final tiene que hacerlo, porque no hay modo de que su pie norteamericano se adapte al estilo inglés. Suelta un suspiro de desánimo y luego intenta dar marcha atrás para descalzarse, pero como ha puesto tanto vigor en sus primeros esfuerzos, ahora la bota está encajada sólidamente en una posición a medio camino que parece que va a ser peor que no tener botas en absoluto. Entonces los otros hombres vuelven a entrar en cuadro. Cada uno agarra el tacón y tira para atrás mientras Lola se agarra a la barandilla, con una expresión que parece que todo el proceso fuera peor que los dolores de parto. Llega ahora el turno del policía que incluso se desabrocha la guerrera azul para intentarlo. Finalmente, la bota acaba con un gran desgarrón en la piel de becerro y todo el forro colgando, hecho trizas. Lola se tumba en un montículo del suelo jadeando y yo cojo la bota antes de que pueda haber más desastres y salgo zumbando de nuevo hacia los camerinos. La cabeza me va dando todo tipo de contorsiones intentando descubrir un modo adecuado de presentar el desaguisado a Ronee. Hago todo el camino metiendo el forro dentro de la bota con la esperanza de que vuelva a pegarse él solo de alguna forma. El camerino está vacío, sólamente está T-Bone que dice que Ronee decidió salir con zapatillas de tenis, puesto que esa noche había «prestado» sus mejores botas. Y allí estoy yo como un ratero pillado in fraganti y decido que el mejor sitio para las botas es detrás de una pila de toallas en un rincón oscuro. Siempre puedo dejar las explicaciones para más tarde. Me vuelvo a toda prisa al auditorio.



Ahora el ambiente ha cambiado por completo con la llegada de la multitud. Hasta el aire es diferente. Nueva York es realmente el campo de pruebas de cualquier experimento. Tan claro como el agua. Si quieres que el mundo se entere de algo, tráelo a Nueva York. Mejor aún, ¡tráetelo al Madison Square Garden!

La banda arranca con «Good Love Is Hard to Find» y el volcán hace erupción. La Rolling Thunder Revue se encuentra metida de cabeza en la voz de más de treinta y cinco mil seres de la tierra que

gritan. Puede que Dylan no sea más que un chaval de Minnesota, pero ésta es su ciudad. No importa cuántos críticos político-musicales encuentran decepcionantes sus últimas letras o su estilo de vida, la gente esta noche, aquí, le dice SÍ con toda su fuerza. ¡Que venga el gamberro que cambió por completo el rostro de la conciencia de la juventud norteamericana de un solo golpe! Por lo general, los músicos parecen obligarse a ir hasta el punto en que la música parece forzada y acelerada en comparación con los conciertos más informales allá por el norte. Ronson, por otra parte, despega de verdad ante esta muchedumbre monstruosa. Su estilo inicial es amplio y teatral, además, porque procede del «rave-up» inglés y de David Bowie. Empieza a descorchar todo el brillo que ha estado reteniendo durante la gira. Una enorme águila de alas desplegadas se lanza al aire enrarecido. Triples giros verticales, enrollándose en la cuerda de la guitarra como una boa constrictor, rasgueando la guitarra a golpes tremendos con el brazo entero. Pelo rubio platino disparado en todas direcciones. Después, plantado en el escenario, con las piernas rígidas, pavoneándose a lo macho Frankenstein, agitando ferozmente el mástil de la guitarra con la mano en los trastes como si estrangulase a un hermano más débil. Sin perder ni una nota en ningún momento. Haciendo sonar a través de cada movimiento unos versos geniales, inspiradores, volviendo a fundirse luego con el fondo en apoyo de los otros músicos. Parece que la piel de Neuwirth está a punto de estallar de la pura tensión. La voz se le quiebra en cada canción. Pero, no obstante, la banda la mantiene unida. De principio a fin es la música la que hace que todo esto suceda. La sólida experiencia que hay detrás de cada miembro de la banda. Joni Mitchell otra vez pone en ebullición a todo el local con sólo aparecer. Desde donde estoy yo sentado la veo increíblemente pequeña. Como una niñita vulnerable que intenta cantar una canción que ha escrito ante una enorme sala de estar llena de adultos. Una de las frases introductorias típicas de Neuwirth en cada concierto ha sido «bienvenidos a su sala de estar», y esta noche es la primera en que he visto realmente qué quería decir. El escenario rueda y entonces presentan a Muhammad Alí. Esto se está convirtiendo en un estudio sobre traumas emocionales. Es difícil de

creer que el espacio pueda contener más histeria de la que ya contiene, pero Alí es nitroglicerina dondequiera que aparezca y esta noche no es una excepción. Tranquiliza al público y empieza con una de sus frases informales que te hacen sentir como si te hablase a ti personalmente y no a varios miles:

-¿Sabéis? Cuando me pidieron que viniera aquí esta noche, me preguntaba quién era ese tal Bob Dylan. Entonces aparecí y vi que toda esta gente viene y paga dinero, y pienso: este Bob Dylan debe tener algo. Yo creía que era el único que podía llenar este sitio hasta arriba. ¿Habéis venido todas aquí esta noche para ver a Bob Dylan, chicas? -Enorme ovación que atruena el auditorio-. Muy bien, muy bien. Aunque no es tan guapetón como yo, tenéis que admitirlo. Pero ahora sólo quiero decir que es un placer ver a tal cantidad de gente aquí esta noche, especialmente cuando es por la causa de ayudar a un hombre negro que está en la cárcel. Porque todo el mundo sabe que tenéis el carácter y las conexiones para lograr la protección.

Y aquí llega el auténtico teatro. Un ayudante de Alí sale al escenario llevando un teléfono. Alguien le interrumpe al micrófono y le susurra al oído. Todo el número ha sido planeado con mucha anticipación, pero lo representan como si sucediera en ese mismo momento. Alí sale de detrás del hombre y coge el micrófono.

-Me acaban de decir que tenemos una llamada de teléfono muy especial aquí mismo, y que nos la han pasado directamente desde Nueva Jersey por orden del gobernador. Tenemos al aparato al señor

Rubin Huracán Carter y vosotros podréis oír su voz mientras habla conmigo.

Alí coge el teléfono y se oye la voz de Carter como si llegase a través de miles de kilómetros de cable submarino. Suena muchísimo más lejos que Nueva Jersey pero llega perfectamente clara y elocuente. De hecho, Huracán Carter suena más presente a través de su voz solo que la mayoría de las personas de carne y hueso que hay aquí. Toda la realidad de su encarcelamiento y nuestra libertad resuenan fuerte y claro.

-Estoy aquí sentado en la cárcel y pensando que es un acto auténticamente revolucionario que tanta gente del mundo de fuera se reúna por alguien que está en la cárcel.

Alí sigue teniendo presente al público e intenta aligerar la cosa.

-Escucha, Rubin, prométeme sólo una cosa. Si sales de ahí, no vengas directo a desafiarme por el título, ¿vale?

Rubin continúa, él no tiene que halagar a un público al que ni siquiera tiene delante.

-Bueno, más en serio, os hablo desde el fondo de las tripas de una penitenciaría de Nueva Jersey.

El diálogo continúa y el público escucha a Carter con un interés sorprendente, aun cuando estén esperando todavía la aparición de Dylan. La voz solitaria continúa navegando por todos los rincones del local como un fantasma. La imaginación trabaja a doble ritmo haciendo surgir imágenes de ese hombre, que está encerrado y habla desde un teléfono en algún lugar a una audiencia que ni siquiera puede ver. La llamada de teléfono termina y Alí pasa rápidamente al siguiente número de histrionismo.

-Y ahora, señoras y caballeros, quisiera presentarles esta noche al próximo presidente de los Estados Unidos.

¿Qué pasa ahora? Nadie está preparado para esto. Dylan está entre bastidores preparado para salir y hacer la segunda parte del espectáculo y Alí sigue allí fuera aburriendo a todo el mundo.

-Bien, ya sabéis que soy muy conocido por mis predicciones. Y si no hubiera sido porque ese hombre me metió en su avión privado en

el último momento, esta noche no hubiera podido estar aquí con vosotros.

Alí escucha el ruido de un abucheo masivo cuando su «candidato» blanco aparece como de la nada, con aspecto de ser un cruce entre Howard Hughes y el ex alcalde de Nueva York Lindsay. El abucheo continúa y sube de volumen y de intensidad cuando el hombre intenta decir unas palabras por su propia cuenta. Es una demostración lamentable de falta de oportunidad y totalmente fuera de lugar en relación con lo que ha venido siendo este concierto y toda la gira. El «próximo presidente de los Estados Unidos» consigue meter unas tres palabras en medio del creciente estruendo que lo rechaza y luego se escabulle avergonzado del escenario. Para entonces ya todo el mundo está reclamando a Dylan. Como de costumbre, éste aparece sin más. Nadie le anuncia, simplemente aparece allí con la cabeza ligeramente hacia abajo, el penacho agitado, el maquillaje blanco más espeso de lo habitual y empieza a cantar. Siempre consigue hacerse con el público de ese modo. Sabe que está ahí fuera mucho antes de que lo sepan ellos y los sorprende cada vez. Ahora, todo el auditorio atruena de nuevo. Se balancea sobre los talones, haciendo un dúo con Neuwirth en «My Masterpiece». El martilleo de la batería de Wyeth machaca los tiempos del cuatro por cuatro. Tiene una mano derecha increíble. Marca los acentos y luego, para añadir color, da media docena de toques a dos o tres platillos entre golpe y golpe. Un batería como éste suele pasar completamente desapercibido, porque le falta el brillo evidente de unos tipos más atléticos que saltan alrededor del instrumento utilizando el doble de músculos de lo necesario. Howie se sienta allí como si condujera un Impala del 58, avanzando a toda velocidad por la autopista mientras sus brazos y sus piernas siguen el esquema con el mínimo esfuerzo.

A media actuación, Joan Baez ha elaborado un numerito de «groupie» en el que llega corriendo al escenario con unos pantalones azules muy cortos, peluca rubia y tacones de aguja. Los guardias de seguridad colaboran en el número y la arrastran fuera del escenario mientras ella grita y patalea. Luego organiza un

auténtico número sorpresa y aparece vestida totalmente igual que Dylan. Durante un momento crees que estás viendo doble hasta que intenta cantar igual que él. Entonces, todo el número se deshace. Es como una aparición en el escenario. Los dos son de la misma altura, de ojos oscuros que penetran desde un maquillaje blanco lunar. El mismo sombrero de ala dura, chaleco negro. Hay tantas mezclas de imaginería que se te ocurren, como los payasos franceses, como un charlatán de feria, como los juglares, como el vudú, que los ojos se te quedan completamente enganchados y casi te olvidas de que la música sigue sonando todo ese tiempo. Abajo, a un lado del escenario, uno de los policías me pregunta cuál de los dos es Dylan. Se lo señalo.

-¿Quiere decir ese tío con ese sombrero tan raro? ¡Pero si acabo de hablar con él!

Da un codazo a otro de los policías que tiene al lado.

-¡Eh, acabo de hablar con Bob Dylan! Ni siquiera sabía que era él.

El de al lado le dice que se tranquilice y escuche la música. Hasta los policías llevan ahora el ritmo de la banda con sus porras. El local entero es como un solo organismo gigantesco que canturrea. Creí que había dejado todo esto atrás en el lejano norte de Maine, pero aquí estoy. No hay modo de marcharse de ésta. No hay modo de que nadie niegue el poder de este acontecimiento.

De regreso en el camerino, Dylan entra a toda prisa quitándose el soporte de la armónica del cuello, con el maquillaje chorreando en largos churretones, los ojos rojos que se le salen.

-¡Han absuelto a Rubin! ¡Estará fuera en Navidad!

Soy el único que está allí y no sé qué decir. Simplemente nos miramos el uno al otro. Desearía tener algo que responderle pero no encuentro nada. No me sale nada. Se da la vuelta y vuelve a marcharse corriendo por la puerta.

EN LAS TRIPAS DEL GARDEN

En una fila de veinte metros de largo, se van montando tacos humeantes de vapor con todos sus aditamentos mexicanos. El montacargas va descargando pilas de gente para la fiesta en lo que se llama el Foro Fieltro (bautizado así en honor del señor Fieltro, no del tejido). Dylan se mueve con movimientos lentos en medio de una masa coagulada de parásitos, tirando del sombrero como si fuera Lindbergh nada más regresar. Su sombrero vaquero gris de caballero con las plumas bailando es lo único que se ve de él. De vez en cuando un pedacito de chaqueta roja con manos rosadas que la agarran. Aquí están las estrellas de cine, escupiendo cerveza en los pasillos atacados de un gozo histérico. El lugar arde de energía desencadenada. Escapamos de algún modo y nos zambullimos en la caravana metida en un garaje. Decididamente, Dylan es un artista escabulléndose. Nunca he visto a otro igual. Se desvanece en el aire. Tal que así. Y ahora ya está al volante de esta cosa, que desde dentro, si no vieras al conductor y el volante, podría pasar por un *ashram* de California. Está oscuro, en este garaje, pero aun así puedes entrever el sombrero de ala ancha al volante. Varias cabezas más van llenando el suelo libre. Todos callados. Me tomo un respiro en el retrete portátil y saco medio cuerpo intentando ver por dónde vamos. Como si así se pudiera verificar la situación de algún modo. La parte de atrás está llena de mujeres estrambóticas que lían petardos de costo sentadas en un colchón grueso. La casa rodante se mueve, pero continuamos rodeados de espacio negro. Da bandazos como uno de aquellos viejos furgones de patatas que nunca consiguieron que les funcionasen los amortiguadores. No me

puedo creer que esté conduciendo de verdad este artefacto justo después de cuatro horas completas de tremebunda magia musical. A pesar de que la velada ha quedado algo estropeada por la presencia del candidato presidencial de Muhammad Alí y los manejos tipo comercial entre bastidores de Roberta Flack y compañía, para la Rolling Thunder el Madison Square Garden ha sido la culminación de algo, sin la menor duda. Ahora llegamos ya a las calles y empieza a acelerar el monstruo hasta casi ochenta, que realmente es mover el culo para un apartamento con ruedas. Nubes azules de humo de porro nublan las ventanillas, pero aún puede captarse la vida exterior. Estoy perdiendo el rastro del tiempo y el espacio, pero tengo la impresión de que gracias a algún milagro de navegación andamos hacia el centro de la ciudad. Bob frena el trasto y se para en medio de la calzada. Ésta es ahora la situación. Cada uno de los de dentro de este vehículo voluminoso está sólo para este viaje. Pero Dylan ha vuelto a irse y sólo estamos nosotros. Igual que pasaba antes de que nos subiésemos. En las calles hace frío y la tremenda diferencia entre el útero sobre ruedas y este cemento duro sería suficiente para mandar a cualquier hombre honrado de vuelta a Montana. Pero todos estamos enfervorizados y vamos en busca de acción. Bajamos a un restaurante italiano en un sótano con guardias de seguridad plantados ante la puerta. Gary, el corredor de apuestas, retrata a todo el mundo con los ojos. Los cala en un instante. Separa los buenos de los malos como lo haría un técnico experimentado de cadena de montaje. No se le escapa ni uno. Y si alguno lo intenta, tiene varias combinaciones de golpes al riñón y al solomillo que te garantizan una muesca en tu recuerdo. Una vez cometí la equivocación de ponerme unos guantes en un Howard Johnson y dejarle a él con los puños desnudos. Salí de aquélla con un moretón en las costillas del tamaño de una medusa adulta. Dentro, el sitio parece preparado únicamente para servir pizzas y vino y nada más. La máquina de discos está puesta a todo volumen con un popurrí de Hank Snow. O por lo menos da esa sensación. La sensación de que está nevando en mi cerebro. El sitio también tiene una parte arriba que es incluso más oscura, e incita a estrechar las relaciones. La mujer de alguien está gritando y a Ronson dos joyitas

de adolescentes le arrastran al lavabo de hombres. Así es la vida. Vuelvo al piso de abajo. No estoy seguro de lo que siento. Se supone que esto marca el final de algo. Esta noche. La última vez que se junta toda esta gente después de tanto tiempo viajando en grupo. Y sin embargo no parece que se haya terminado. Sólo que va cogiendo el ritmo.

«RUBIN CARTER LIBRE BAJO FIANZA»

Paterson, Nueva Jersey (U.P.I.) - Ayer, nueve años después de ser condenados por un triple asesinato que dijeron no haber cometido, el ex boxeador de peso medio Rubin «Huracán» Carter y John Artis fueron puestos en libertad bajo fianza.

La fianza -veinte mil dólares para Carter y quince mil para Artis- fue depositada por el Fondo Nacional para la Defensa de Carter-Artis.

Durante la vista de la fianza, Carter y Artis estuvieron acompañados por el campeón de peso pesado Muhammad Alí, que ha dirigido el movimiento para liberarles junto con los cantantes Bob Dylan y Joan Baez.

El miércoles, el Tribunal Supremo de Nueva Jersey les concedió que tendrían un nuevo juicio invocando las promesas de lenidad de la fiscalía para Bradley y Bello, acusados de un robo en el momento del asesinato.

San Francisco Examiner,
21 de marzo de 1976

«GEOGRAFÍA DE UN SOÑADOR DE CABALLOS»

Nueva York

Esta noche estreno una obra titulada *Geografía de un soñador de caballos*, en el Manhattan Theatre Club. Es uno de esos locales modestos del off-Broadway con unas noventa localidades. Dylan y Sara quieren venir, así que estoy esperando en el vestíbulo del hotel que el Cadillac descapotable nos traslade a todos hasta el teatro. Fuera se detiene la gran autocaravana de Dylan, que baja de un salto. El estómago me da un vuelco completo cuando le veo acercarse al hotel. La idea de tenerlo sentado entre el público es más una pesadilla que una bendición. Entra por las puertas giratorias y luego se pone a dar vueltas por el vestíbulo leyendo todas las plaquitas de las paredes que explican «qué hacer en caso de incendio», los menús del desayuno del servicio de habitaciones y los indicadores de los ascensores. Hace un alto ante uno de esos cartelitos lo bastante largo como para escurrirme de su lado hasta la calle y llamar un taxi. Ya es suficiente con saber que lo tendré allí y no hace falta ir con él en el mismo coche.

Una vez en el teatro, me entero de que esta función es exclusiva para la prensa, y todos los críticos andan soplando martinis en el bar. Genial, un público repleto de críticos más Bob Dylan. Peor imposible. Es imposible escapar de esa sensación de Juicio Final que siempre acompaña a una noche de estreno, pero ésta está resultando un poco más profunda de lo habitual. Empiezo a tomar

una copa de coñac tras otra, con la esperanza de acabar con cierto entumecimiento de los nervios. Una chica que hace seis años que no veía se me acerca llena de nostalgia. Esto es peor que tener un buen full frente a un posible póquer de ases. Y para colmo, el llamado telón se mantiene abajo en espera de Dylan, que llega tarde. Aparece muy arreglado, junto con Neuwirth, Kemp, Sara y Gary Shafner. Ocupan una fila entera. Empieza la obra y se produce un silencio total en la sala. La obra no pretende ser una tragedia griega, pero con la gente de la prensa nunca se sabe qué enfoque le darán. En este caso, es una «ciudad cadáver». Ni un ruido en todo el local. Sólo los actores peleándose, con la esperanza de notar algún signo de vida y aliento ahí abajo en la oscuridad. Dylan empieza a removerse como si alguien le hubiera dado una mala noticia y se encuentra aquí encerrado en este rollo de teatro. Yo estoy de pie al fondo, entre los pasillos de las butacas, confiando en que un terremoto o algún otro «acto divino» termine bruscamente con todo esto, pero no sucede nada. Sólo ese mismo doloroso silencio en el aire. No tengo nada contra el silencio, pero este silencio es del malo.

Salgo zumbando por la puerta trasera y entro en una gran sala a oscuras donde sólo hay un piano. Todavía oigo a los actores empujando las frases de la pieza teatral como si fueran un tren de mercancías averiado a punto de soltarse en cualquier momento. Sigue sin oírse nada por parte del público. Estoy avergonzado en la oscuridad. «¿Por qué ha tenido que venir a ver la obra? ¿Por qué no podía haber ido a ver cualquiera de las otras? Una de esas que tienen música, por ejemplo. ¡Una de esas en las que el público se ríe!» Estoy casi a punto de cortarlo todo de una vez sin más cuando llega Jacques Levy, el director de la obra, saltando como un oso y con un porro gigante encendido y una sonrisa a lo Burt Lancaster en la cara.

-Aquí tienes algo para el dolor, Sam.

Le pego un buen viaje al petardo en venganza. Todo mi yo se pregunta qué razón hay para querer poner una palabra sobre un papel. Si eso es la auténtica verdad del asunto, ¿por qué molestarse? ¿Por qué tomarse la molestia de hacer que venga la

gente y pague su buen dinero para sentarse a ver algo que ni siquiera le relaja? Entonces mi cabeza salta a la idea de que todos ellos son críticos. Veteranos curtidos a los que aburre hasta la muerte cualquier cosa que no pegue fuego a sus asientos. Ni siquiera eso funciona. De algún modo tengo que permanecer aquí y hacer frente a toda la agonía que supone ser un acontecimiento público. Algo que haces totalmente en privado se pone al descubierto de repente. Está ahí expuesto abiertamente, y hasta el último aspecto de ello se presenta ante ti de un modo que nunca hace la máquina de escribir. Lo ves como lo que es verdaderamente, y no del modo en que lo imaginaste.

Llega el descanso y me peleo con la escalera hasta el bar, dándome cuenta de que llevo un colocón alucinante. El viaje escaleras abajo parece que dura cuatro horas, y para cuando llego al bar el espacio está hasta los topes de público. No puedo imaginar cómo llegaron antes que yo. Y ahora que están ahí, ya no tengo muchas ganas de entrar, así que doy media vuelta y empiezo a subir otra vez las escaleras. Y de algún modo, en medio de todo esto, estoy convencido de que Dylan se ha marchado del teatro. Ya no siento su presencia y no parece probable que se haya quedado para ver una cosa que le hace perder el tiempo. La otra noche fue a ver una obra de Piñero y se marchó a la mitad, así que, ¿por qué no iba a marcharse de la mía? Voy intentando ralentizar mi mente lo bastante como para al menos llegar arriba de las escaleras de una pieza.

Ahora el público vuelve a desfilar para ver el segundo acto. Me siento como si me hubieran atrapado en una burbuja del tiempo. «¿Ya se ha terminado el entreacto? ¡Si sólo he llegado arriba de las escaleras!» Observo las caras serias que regresan lentamente para pasar otra hora de tortura. Parece un documental sobre experimentos de lobotomía. Dylan no está. No lo veo en ningún sitio. Ahora estoy seguro de que ha hecho otro de sus números de desaparición mágica. Disolverse sin dejar rastro. Intento tranquilizarme. «Está bien. Puedo aguantarlo. Para mí es bueno. Puedo aguantarlo. Es bueno para mí probar la derrota.» Entonces lo

veo aparecer saliendo del baño. Abre la puerta de un empujón como en una escena de salón en *Solo ante el peligro*, embutiéndose una botella de priva en un bolsillo mientras juguetea con unos papeles. Ha estado garabateando notas toda la obra, pidiendo prestados lápices a los de la fila de delante. Ahora parece que intenta archivarlos en algún orden misterioso por todos los bolsillos de la chaqueta. No deja de cambiar las notas a diferentes bolsillos, zigzagueando la mano hacia la puerta del teatro. Me ve allí de pie y se detiene como intentando enfocar bien algunos pensamientos.

-Oye, Sam, ¿y qué le pasa a ese tío de la obra, por cierto? ¿Llega a escaparse?

No consigo encontrar ninguna respuesta pero salgo del paso con algo como:

-Ésa es una razón para ver el segundo acto.

Se queda mirando al suelo flexionando ligeramente las rodillas como si estuviera a punto de tirarse al agua de cabeza.

-Oye, ¿y cómo es que llamaste a ese caballo de la obra Sara D?

-Es el nombre de un perro de carreras inglés. -De repente se me pasa por la cabeza que también es el nombre de su mujer-. Quiero decir, que es el nombre de un galgo. Un galgo de verdad. Ya sabes, esos de esa raza que corren en los canódromos.

Sonríe y se desliza por la puerta haciendo casi un giro a la izquierda en la cabina de luces. No sé qué hacer conmigo mismo. No tengo especiales ganas de salir a la calle en este estado mental y sin duda no me siento como para aventurarme a entrar de nuevo al horror de un segundo acto. Vuelvo a irme a la sala del piano.

El silencio del segundo acto es todavía más penetrante que el primero. Permanezco unos diez minutos en la sala del piano a oscuras antes de entrar de nuevo al teatro contemplando las filas de críticos. Dos de los «pesos pesados» de los periódicos más importantes están completamente dormidos, dando cabezadas sobre el abrigo que tienen pulcramente doblado en el regazo. Los que han conseguido permanecer conscientes miran la obra con dedicación, como si fuese una de esas maquetas preparadas para enseñar cómo hacen sus túneles las hormigas. En ese momento de la obra un

médico gordo está a punto de meterle un pinchazo con una jeringa hipodérmica al protagonista. Dylan está en la última fila.

-¡Un momento!

¿A quién le grita? ¿A los actores?

-¡Un minuto! ¿Por qué le pone la inyección? ¡No tendrían que ponérsela! ¡Tendrían que ponérsela al otro tío! ¡Que se la pongan al otro tío!

Lou Kemp está tratando de hacer que se siente de nuevo en su localidad. Los críticos que duermen sueltan ronquidos en medio de sus sueños. Pero algo se entremezcla en su estado comatoso. Dylan lucha por librarse de la mano con que le sujeta Kemp. Neuwirth le dice que se calle. ¡Por fin pasa algo! Los actores siguen recitando sus papeles como si nada hubiese sucedido. Y finalmente comienza la secuencia a lo Sam Peckinpah, con pistolas y ketchup por todo el escenario. Dylan vuelve a pegar un salto.

-¡NO TENGO POR QUÉ VER ESTO! ¡NO HE VENIDO AQUÍ PARA VER ESTO!

Lou le agarra otra vez por el borde de la chaqueta y da un tirón para atrás que casi lo saca limpiamente de la fila de asientos. Sara no presta atención. Está sentada, majestuosa y tranquila, mirando al frente. Dylan pelea como un gato para escaparse de Gary, Lou y Neuwirth que intentan mantenerlo en su butaca. Es un final perfecto. Una explosión entre el público a juego con la del escenario. Atacan la escopeta, salta la sangre y Dylan no puede más.

-¡NO TIENEN QUE PONERLE LA INYECCIÓN A ÉL! ¡SE LA TIENEN QUE PONER AL OTRO TÍO!

Vuelvo la vista hacia las filas de críticos. De pronto todos han vuelto a la vida, todos destapan desesperados sus bolígrafos y apuntan cosas como locos en la oscuridad. La obra termina y Dylan se lanza por el pasillo en busca de la salida. Los críticos no saben cómo interpretar aquello. ¿Se habrán perdido algo? ¿Quién es ese hombre enmascarado que acaba de pasar corriendo junto a ellos con una chaqueta roja y un sombrero de gaucho gritando a pleno pulmón? ¿Ha terminado ya la obra?

COLOFÓN

La gira por Nueva Inglaterra de la Rolling Thunder Revue tuvo lugar en el otoño de 1975. Bob Dylan contrató a Sam Shepard para escribir diálogos para una película que se proponían hacer durante la gira; este *Rolling Thunder: con Bob Dylan en la carretera* es la crónica de aquel viaje. Las fotografías son todas de Ken Regan, que fue el fotógrafo oficial de la Rolling Thunder Revue.

La gira por Nueva Inglaterra de la Rolling Thunder Revue
tuvo lugar en el otoño de 1975. Bob Dylan contrató a Sam Shepard para escribir diálogos para una película que se proponían hacer durante la gira; este *Rolling Thunder* es la crónica de aquel viaje. Las fotografías son todas de Ken Regan, que fue el fotógrafo oficial de la Rolling Thunder Revue.